ANALES DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA

REVISTA TRIMESTRAL

AÑO III | GUATEMALA, C. A., MARZO DE 1926 | TOMO III

OFICINAS:
11 CALLE PONIENTE, Nº 2.
SUBSCRIPCION:
2 QUETZALES POR AÑO

NUMERO 3

DIRECTOR DEL PRESENTE NÚMERO:
LICENCIADO
J. ANTONIO VILLACORTA C.

ANALES DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA

SUMARIO

Página

IMPRESO EN LA TIPOGRAFIA NACIONAL - GUATEMALA, C. A.

De Guatemala a Río Dulce pasando por Quiriguá

Excursión científica organizada por la Sociedad de Geografía e Historia.— Crónica por el socio Flavio Guillén

El día quince de febrero, a las siete menos cuarto, fecha y hora prefijadas, el tren del Norte, con un crujir de esperezamiento, partió llevando, de expreso, una selecta comitiva, ansiosa por conocer la maravilla arqueológica de Quiriguá y el prodigio natural que los geógrafos llaman Río Dulce.

Un aspecto de la línea férrea del Norte.—Guatemala.

Toda la excursión, homogénea en cultura y científicos anhelos, se había agrupado y constituído bajo los auspicios de la Sociedad Nacional de Geografía e Historia, de reputación benemérita, por la calidad de sus componentes y por los ideales patrióticos de que ha dado ya pruebas. El año antepasado, organizó, con buen suceso, una expedición a la antigua Iximché, para colocar allá una placa que hablase de la fundación de la primera capital, en el cuarto centenario de su erección. Los excursionistas fueron exclusivamente, los socios con sus familias, y, el buen éxito prometido, reveló a la Sociedad que una segunda expedición, con elementos extraños, infundiría entusiasmos por el estudio de la Geografía histórica, como quedó demostrado en la reciente visita que nos ocupa

y que superó incomparablemente a la primera, en manifestaciones inesperadas de todos los órdenes y que habremos de señalar en esta descripción del viaje.

Apenas se abandona la ciudad, la sucesión de paisajes va poniendo incentivos desconocidos en las pupilas habituadas al cotidiano e invariable cuadro de las vidas monótonas. Por eso, el armazón férreo del Puente de las Vacas, hecho tristemente célebre por innúmeros suicidas, es el primer asunto de una grata contemplación, cuando ante la vista, contrastan los dos espectáculos en competencia: uno, lo que puede hacer el ingeniero científico, allanando abismos; otro lo que pudo la naturaleza: cavar una profunda torrentera con solo la perseverancia de un río.

El par de rieles desciende continuamente en proporciones insensibles, desde la altura urbana de 1,480 metros, hasta la marina del Puerto, situado a 200 millas de la capital. Las cerranías encadenadas van lentamente sirviendo de estribaciones a la cordillera andina y los horizontes abren sus cuadrantes poco a poco, hasta cerrar el círculo que gravita sobre las playas. Los riachuelos de las cañadas angostas suman sus afluencias hasta formar un río mayor que pasa por el Agua Caliente, donde una empresa nacional está destilando el gasol que nos librará de importar más gasolina. El aire ambiente va ganando en calor, y con él la vegetación ostenta otras especies más atrevidas y fructíferas; el mango vestido de hojas relumbrantes y cargado de frutos que ofrecerán color, olor y miel; el naranjo, adornado de nupcias y mil arbustos anónimos que no dan flores, pero ofrecen follajes coloridos que parecen ramilletes colosales. En las quiebras y recodos, donde las vegas se ensanchan, el cañaveral rodea a las chozas humeantes, en que el trapiche primitivo estruja los tallos sacarinos, al esfuerzo de yuntas que babean su fastidio anudando las colas en corbatas sobre las ancas.

De repente un poblado, El Progreso, entre las quiebras de seca pedrería. Casuchas cercadas de palos tuertos y dentro de las cercas las aves de corral, las más amigas del hombre, puesto que le dan diario sustento. La cañada se abre algo más, hasta ser valle estrecho; los cerros comienzan a ponerse el traje de primavera y los pericos, tan verdes como los árboles cruzan el aire fingiendo una rama que se deshoja. Vuelvo a ver el precioso *tenocté,* árbol amigo de mi infancia y que me sedujo siempre por su erguida rectitud de prócer, y porque, fiel al calendario, bota todas sus hojas el miércoles de ceniza, como diciéndoles que son polvo y polvo revertible al suelo, para quedar prendido de flores rosas, a razón de una corola odorante por cada una de sus hojas desprendidas. He ahí un símbolo de la obligación de florecer, en algo, precepto natural que descuidan casi todos los humanos.

San Agustín Acasaguastlán, se retrata en el río que desde allí se denomina Motagua. Cómo contrasta, la riqueza que supone el cristal azulado de sus ondas, con la pobreza, casi miseria, de los campos adyacentes. Es que hace falta allí, la turbina irrigadora, el aeromotor de bombas, o siquiera el tornillo que inventó Arquímedes para elevar el agua, desde hace veintidós siglos. Las cercas de los predios están for-

madas por cirios cácteos llamados aquí "órganos" acaso porque recuerdan los cilindros paralelos del instrumento armónico. Sólo ellos, los mendigos del yermo, son capaces de medrar y enverdecer la vía polvorienta, con sus tallos rectos y sus brazos de candelabro pascual.

Pero la vegetación pugna por triunfar, y, más abajo los saucedos bordan umbrías de una frescura que se adivina y envidia; las palmeras espinosas comienzan a tupir sus batallones en combates con el viento y los maizales tiernos dan olas de un verde que azulea. Adelante, se presiente el poblado a quien denuncia un campanario de torrecillas que simulan centinelas con las armas terciadas. ¡Zacapa! ¡Zacapa! gritan todos, felices de considerar que allí el tren nos abandonará un rato para tomar suculento almuerzo meridiano y en cuyo lapso el rodar del hierro sobre el hierro dejará de amartillar nuestros oídos ya atacados de sordera.

FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Jardines de Quiriguá.—Estación de ese nombre en la línea férrea del Atlántico.

El almuerzo es espléndido, o el hambre así nos lo presenta. Salones llenos de damas y caballeros y hasta el largo corredor transformado en refectorio animadísimo de gente parlanchina y bullanguera. A la media hora justa, el monstruo pita, fuma, se estira y nos avisa con su escándalo que hay que partir a Quiriguá, de donde nos separan 43 millas, sobre las 95 que llevamos recorridas.

Abandonamos Zacapa, seguramente llamada *Zacatl ápam* por los mexicanos de Ahuizotl, que allí encontraron una llanura engramada, o quizás de *Sac ápam*, esto es, tierra blanquecina.

Las bananeras comienzan a demostrar cómo el capital extranjero puede transformar nuestros eriales, de un modo que no saben los tímidos capitalistas nacionales. He ahí una ventaja y un peligro, una riqueza

que no es nuestra, pero que sería miseria en poder nuestro. La compañía frutera norteamericana, arranca de ahí tesoros que nosotros hemos sido incapaces de extraer.

Puntualmente, en la hora prevista arribamos a Quiriguá, hoy centro de inmensas plantaciones, con casas de *confort* y lujo, un Hospital modelo y jardines orientales. Y ayer (un ayer muy remoto que se perdió en la historia) probable capital de un reino populoso, dependiente de Palenque o Yucatán ,o metrópoli soberana de una civilización que para afirmarse y creerse, basta con la documentación de piedra que el tiempo ha respetado a medias, pues los templos yacen derruidos, pero en los monolitos colosales, la epigrafía legible habla en idioma muerto, algo de misteriosas grandezas, quizás de una ciencia muy avanzada, acaso de hechos trascendentales, o de teogonías puestas en una biblia cuyas páginas son rocas que aun retan al rodar de los siglos.

La Dirección de la Compañía Frutera tuvo la fineza de preparar el campo de observaciones, desyerbando los sitios y haciendo fácil el acceso al anfiteatro sagrado, que dista unas mil yardas de la finca.

Allí, el Licenciado don Antonio Villacorta, disertó amplia y detalladamente sobre cada uno de los tesoros arqueológicos y sobre la probable traducción de los intrincados jeroglíficos. El público, atento y devoto como en misa.

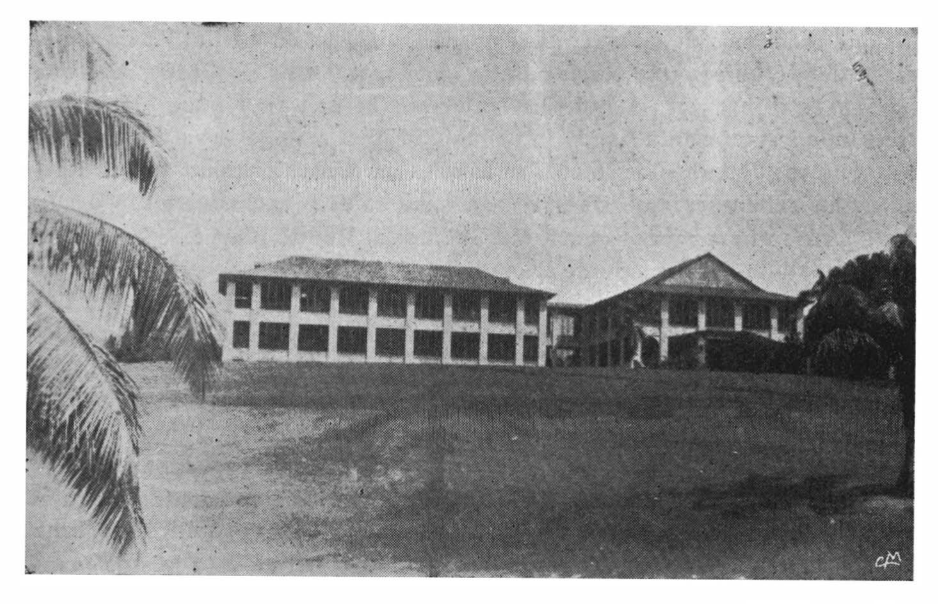
El terreno, aplanado y firme se presenta como una plaza, a cuyo rededor los obeliscos sembrados, demarcaban el atrio de dos grandes templos situados a poca distancia uno del otro. Cada obelisco, monolítico afecta la forma de un paralelepípedo de altura demasiada para su base que se entierra en el suelo. Las columnas son desiguales todas, en elevación y escrituras. Una, yace acostada, vencida tal vez a las sacudidas de algún terremoto de los que de tiempo en tiempo, conmueven el Andes guatemalteco. Otros peñones redondeados y de baja altura, ofrecen inscripciones, menos hondas o parecen representar figuras de escuerzos y reptiles.

Para ascender a los templos hay que trepar por las laderas de una colina en cuya planicie, subsisten las paredes piramidales, abatidas por el peso de una vegetación que arraigó entre las peñas de los muros. No es posible, por los vestigios, reconstruír, ni siquiera mentalmente las formas de aquellos edificios consagrados a la religión o a la astronomía. El primero, deja ver alguna semejanza en su base con las pirámides mexicanas de Tenam y Cholula, aterradas sus graderías por los indígenas para que los españoles les tomasen por montículos y no llevasen a cabo actos que los místicos aborígenes tomaban como profanaciones.

La mejor columna del llano, con más de cinco metros de altura y medio aguzada sin llegar a cono ni a pirámide, ofrece decoración más tupida, fina y clara y más primor en la ejecución o elección de asuntos. Labrada por sus cuatro caras, la espalda presenta motivos de ornamentación, no comunes, como las grecas palencanas y un derrame de frutos curvilíneos cual mazorcas de cacao, más largas que las mayores conoci-

das, de suerte que se asemejan también a una manojada de plátanos. Así opinaron varios asistentes; pero yo me callé el absurdo en que incurrieron, pues tales frutos no fueron conocidos en la América precolombina.

¿De dónde y cómo fueron llevados a aquel atrio columnas tan colosales y pesadas, que aun hoy, con las omnipotencias de nuestra mecánica, nos darían mucho trabajo el remover o trasportar? Esta era la interrogación que nos hacíamos todos, sin que nadie haya acertado con la solución lógica, tanto más que, en muchas leguas a la redonda, no existen canteras de esa especie ni se han hallado trozos de tan gigantes dimensiones. La roca es una arenisca maciza que difiere de las molares por una coloración rojiza de óxido ferruginoso. Su densidad no debe ser mucho mayor que la del barro calcinado. Por lo cual, de admitir alguna inseguridad, yo optaría por que los indios primitivos sabían petrificar la arcilla por el procedimiento que las aguas calizas emplean en las lajas de algunos ríos.



FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Hospital de Quiriguá.—De los mejores en la República de Guatemala.

¿Será posible que algún día, el jeroglífico hoy mudo, se transforme en frase castellana? A mí me parece casi imposible, pues aunque se encontrase el valor alfabético o ideográfico del signo, el idioma de la palabra ha sido ya muerto y sepultado desde los tiempos en que Colón tocó esas playas. Pero no se debe negar la posibilidad, en absoluto, cuando se piensa en que los enigmas pétreos de Asia y Egipto fueron fielmente traducidos por un Anquetil Duperron y un Champolion que descubrieron las respectivas claves.

Terminada nuestra inspección científica, que más lo parecía religiosa por la veneración y silencio con que veíamos y palpábamos, tornamos al verde altozano en que la hacienda frutera, nos esperaba con un *lunch,* algo más que confortable. Sobre la rampa de grama rasurada en

que los edificios se elevan, todos los excursionistas, un tanto fatigados y sudorosos, echamos los cuerpos a la grama que brindaba frescura. Mientras el sol occíduo rodaba entre los picos del Andes y la luna circular subía por sobre el lejano horizonte marino. Y sentados en la alfombra primaveral, los grupos de mujeres bellas y caballeros intelectuales, devorábamos las viandas que en sendos platos de cartón y vasos de papel impermeable, los buenos yanquis nos habían distribuído con un tenedor metálico y una cuchara, por toda herramienta.

La verdad que estos rubios hijos de Tío Samuel, saben ser amables y obsequiosos con la novedad de su sentido práctico. No comíamos, sino que devorábamos, con el aperitivo del ejercicio y del oxígeno campestre, que si alguna impureza contenía allí, era la fragancia de las flores y los perfumes parisienses de las cultas excursionistas.

Yo, que en terribles artículos acababa de rajar a Tío Samuel imperialista, quería allí dar de abrazos a sus rubios hijos, los que vienen a trabajar con nosotros y nos dan pruebas de estimación galante, como las que recibimos de ellos, en el tren, en Quiriguá, en su flotilla de vapores y donde quiera que les fué dado el obsequiarnos. ¿Quién dice que hay razas diferentes, cuando las entremezcla una fina educación y las confunde la cortesanía? ¡Ah, la urbanidad bien arraigada va a hacer por los hombres de todos los colores, más obra de confraternidad que el derecho y las religiones, que siempre son nacionales y exclusivistas!

A las nueve menos cuarto llegábamos al Puerto marítimo bautizado con el apellido del Presidente Dictador que de tantos progresos dotó a su Patria. Puerto Barrios estaba de gala, aguardando nuestro ingreso. Los hoteles nos brindaron albergue y las marimbas, las dulzuras de sus placas de madera que cantan como pájaros.

En tanto que todos se acostaban, yo conduje de la mano a Fernán, muchacho primogénito que se impacientaba por conocer el mar. Desde el muelle, donde grandes y pequeñas embarcaciones reposaban de sus viajes, yo dije así a mi acompañante, que por primera vez contemplaba el piélago, peinado con peine de auras y alisado con cosmético de luna llena: "Míralo. No pienses que todos los mares tienen esta misma mansedumbre de laguna. Por conseguirla igual, México gastó sesenta millones en sus rompeolas de Veracruz y Salina Cruz. Y aquí, Dios la dió gratis, con solo adelantar aquella lengua de tierra que en tus mapas se llama Punta de Manabique. Guatemala posee así, mil privilegios que por serlo de gracia celeste, no los admira en lo que valen.... (Y por rematar la frase añadí corriendo abajo la voz): Guatemala se me antoja una mujer tan rica que ningún caso hace de sus joyas".

El día 16 amaneció esplendente. Los ciento cincuenta y seis excursionistas (1) que salimos de Guatemala, aumentamos en gran número, con habitantes del Puerto que se agregaron a la expedición naval para pasar

---

(1) Lic. Eladio Menéndez, Sra. Ester de Menéndez, Dr. Carlos Federico Mora, Sra. Rosa C. de Mora, Lic. Salvador Falla, Srita, Catalina Falla, Lic. José Falla, Celso de León, Mercedes C. de León, Lic. Eduardo Castellanos C., Lic. Darío Molina P., Sra. Elvira de Molina, J. Víctor Sánchez, Srita. Victoria Sánchez, Lic. Faustino Padilla, Sra. María C. de Padilla, Srita. Maty Padilla, Dr. Alberto García Gómez, Roberto Hoegg, Juana de Hoegg, Alfredo Herbruger h., Giocondo Granai, Dr. Luis Lazo A., Srita. María

el día en aguas del Río Dulce. La Compañía Frutera y la del Ferrocarril de Verapaz pusieron a las órdenes de los viajantes, sus vapores ligeros, ya que, de Barrios a Lívingston y San Felipe no se necesitaban piezas de mayor calado. El "Atlantic", el "Caribe", el "Pasco" y cinco vaporcitos más, arrojando fumaradas por las narices de sus chimeneas, entonaron un coro de sirenas que alegraban el aire cristalino del mar con ondas en vez de olas. "El Quetzal", digamos el buque insignia, presidía el desfile llevando en su interior a dos Ministros del Gabinete, el de Educación, Doctor Mora, y el de Gobernación y Justicia, Licenciado Menéndez: los diez miembros de la Sociedad de Geografía, la señora esposa del General Chacón, Presidente de la República, un sacerdote católico, el Padre Novi y un grupo indeterminado de Profesores y periodistas.

Dirigidas las proras rumbo a Lívingston, nos acompañaban, encima, las parvadas de gaviotas, y, abajo, rasgando la sábana cerúlea, los peces voladores, con alas para el aire y para el agua. Lívingston, llamado así desde hace cerca de un siglo, en honor al gran publicista norteamericano de ese apellido, es una villa pintoresca de casitas, prendidas a una elevada colina, sombreada toda ella de palmeras. La banda musical del Puerto, nos dió una alegre bienvenida.

Allí abandonamos el océano para penetrar en el famosísimo Río Dulce, pero las aguas no establecen la menor frontera de separación, al grado que, millas adentro, uno ignora si el mar se ha metido a la tierra o es el río el internado en el mar. Sólo parecen demostrar la vía fluvial, las dos cerranías muy juntas y entre cuya cañada el agua no se ve deslizar. Dos cerranías altas y vestidas totalmente de follaje esmeralda, erguidas y festoneadas como dos altares levantados al cielo. Los vapores, en fila dejan oír el jadeo de sus máquinas, porque los tripulantes no hablamos una palabra, sobrecogidos de arrobamiento místico, ante el

---

Lazo, Srita. Julia Lazo, Srita. Alicia Topke, Srita. Concha Contreras, Srita. Dolores Contreras, Srita. Alicia Contreras, Federico Kopper, Lic. Felipe Valenzuela, J. Víctor Alonso, Juan Mora Aguilar, Adolfo Gómez R., Otto Fischler, Olivia de Fischler, Srita. Hilda Fischler, Gilberto Salazar E., G. M. Staebler, María de Staebler, Srita. Adela Staebler, Dr. Ernesto Mencos, Dr. Manuel Arroyo, Manuel F. Alvarado, Jesús R. de Alvarado, Srita. María Olga Alvarado R., Gerardo Alvarado R., Rosa Urréjola, Clemencia de Herrarte, Dr. Eduardo Cáceres, Eduardo Cáceres L., Guillermo Toruño, Rosa Goicolea, Elisa G. de Sánchez Latour, Srita. Carmen Delgado, Pedro Mijangos Cárdenas, Guillermo Rosales A., Emilio Bauer, Dr. Ramón Tejada A., Tadeo Sosa, Carlos Mérida, Alberto Aguilar, Dr. Guillermo Mata A., Alicia v. de Rodríguez, Srita. Graciela Rodríguez, Dr. Eduardo González, Víctor Manuel Aguilar, Prof. Miguel Morazán, Francisco Herrarte, Fernando Romero, J. M. Isaac Sierra, Carlota F. de Sierra, Srita. Luz Camey, Fernando Olivero, Manuel Oliva, Julio Dubois, Raquel de Dubois, Lic. Eugenio Silva Peña, María de Silva Peña, Srita. Isabel Silva Peña, Alfredo Silva P., Jesús S. de Silva, Julio Silva Peña, Ricardo Silva P., Lic. Ranferí Aguilar, José F. Pellecer, Gustavo Pellecer, Luis F. Pellecer, Lic. J. Antonio Villacorta C., Ernestina de Villacorta, Antonio Villacorta, h., Carlos Villacorta, Alberto Aparicio P., Bertha Singermann, Rubén Stolek, Luis Quintanilla, César Brañas ("El Imparcial"), Lic. Carlos Rodríguez Cerna ("D. de C. A."), J. Fernando Juárez A. ("El Liberal"), Lic. Salvador Corleto (Excelsior"), Alberto Córdova ("D. de G."), Lic. Ricardo Peralta h. ("El Día"), Juan Manuel Sevilla ("El Sol"), David E. Sapper, Kaete de Sapper, Flavio Rodas N., Lic. Angel González, Susana de González, Srita. Carmen Sánchez, Carmen de Sánchez, Nicolás Reyes O., Carlos Matheu, Arturo Quiñónez, Gral. Pedro Zamora Castellanos, Gral. José Víctor Mejía, Srita. Ana R. Espinosa, Herculano Espinosa, Ovidio Rodas, Emilio Barrios P., Josefina de Chacón, Rosario C. de Castañeda. Fernando Castañeda, Flavio Guillén, J. A. Dalton, Enrique Fernández, Ramiro Rivera, Mario Zamora, Srita. Amalia Cosenza, ("Studium, Revista"), Pbro. Eugenio Novi, Sra. Matilde P. v. Gómez, Srita. Matilde Gómez, Jorge Alvarado, Gerardo Díaz, Rodolfo Guardia, Alberto Asturias A., Roberto Castillo, Dr. Rufino G. Rosal, Srita. Marta Romero, Domingo Paniagua, María Teresa de Calderón, Srita. Amalia González R., J. Luis Legrand, Dr. Francisco Asturias, Miguel Ravelo, Rubén Morales, Srita. Annieliese Kleiner, Srita. Victoria Espinosa, Srita. Margot Cosenza, Roberto Aylward, Aurelio Meléndez S., Antonino Guzmán, Augusto Mayorga.

espectáculo jamás contemplado antes, en la vida. Ningún pincel ni verbo alguno, podrían trasladar en colores o palabras el cuadro maravilloso, que, dejando al espíritu humano como en éxtasis, resulta, sencillamente indescriptible. La cañada se abre de repente y el agua azul se ensancha aprisionando isletas de vegetación risueña, poetizada aun por la rustiquez de cabañas que humean....

¿Por qué se llama aquél con el nombre de Río Dulce?, preguntó a la Sociedad de Geografía su ilustrado y entusiasta miembro el caballero alemán don David Sapper. Si todos los ríos terrestres conducen agua dulce, es verdad que cabe preguntar: ¿por qué ese nombre? Debe de ser, contesta el señor Sapper en su interesante conferencia sobre el Río, porque el adjetivo "dulce" no se refiere a su consabida significación física, sino al sentido moral de bellísimo, ameno, lindo y sublime.

FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Quiriguá. Los excursionistas viitan las ruinas en la tarde del 15 de febrero de 1927.

El señor Sapper, europeo y conocedor de muchos sitios del planeta, cree con la autoridad de otros connacionales suyos, que el Río Dulce, es el lugar más bello de la tierra.

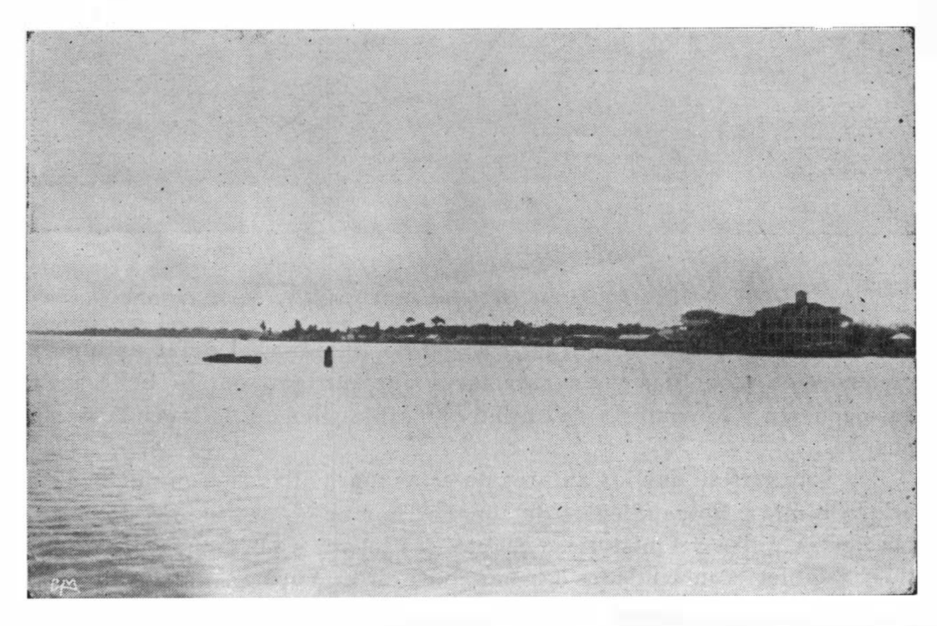
El tiempo, que se torna lluvioso, no nos permite llegar hasta el Fuerte de San Felipe y la noticia no me entristece, porque detesto de los lugares que hayan alguna vez servido de presidios políticos, como aconteció con ese castillo, en las postrimerías de la dominación española, y aun después; allí fué confinado el rey de nuestros fabulistas.

Tornamos hélices para la vuelta, saboreando excelentes sandwichs (emparedados, en buen castellano) rociaditos con aguas refrigerantes de las que embotelladas llamamos con el idiotismo de aguas minerales, cual si las hubiese de otros reinos.

Desembarcamos en Lívingston y recorremos la población subiendo por la calle pendiente y alta, bajo un sol que sin ser una vergüenza, nos saca a todos, los colores a la cara. Pero no faltó algo que es vergüenza. Y es que, deseando mi bella acompañante, tomar un *ginger ale,* no me recibieron, para pagar, ni los billetes que aquí circulan, ni los quetzales broncíneos, que traen impreso el respaldo de la nación. No señor, ahí la gente, de color casi toda, no recibe sino oro yanqui o aunque sea inglés y rechaza la moneda de que es fiador el Gobierno nacional. ¡Una isla extranjera en pleno territorio guatemalteco! Lo presenció la bella acompañante a que aludo, la señora Berta Singerman, maga de la recitación que sabe dar a los versos un espíritu de vida, emoción y sentimiento.

Entrando la noche, entramos de regreso al Puerto. Un piscolabis y un refrigerio, y, a los carros del tren que volvió bridas con su carga selecta de intelectuales, bajo el arrullo de la luna, y horas después, de las estrellas. En Zacapa, a media noche, cena de minuta especial para viajeros, no opípara, pero sí confortante. Allí, en el comedor, el Profesor D. Miguel Morazán, anunciado por mí, dió las gracias, en nombre de todos, a los organizadores y jefes morales de la excursión, a saber: Licenciado Villacorta, don David Sapper y Licenciado don Salvador Falla. Aplausos y vítores de todos.

Y a las siete de la mañana nos disolvíamos los hermanos de cuarenta y ocho horas, hermanos en amor a la ciencia, al país y sus bellezas; hermanos en el espíritu de cordialidad y en el común propósito de hacernos mutuamente como lo conseguimos, las horas muy felices. Y nos despedimos con la misma cantidad de tristeza en que trasmuta cada corazón las alegrías que han pasado.



FOT. CARLOS A. VILLACORTA

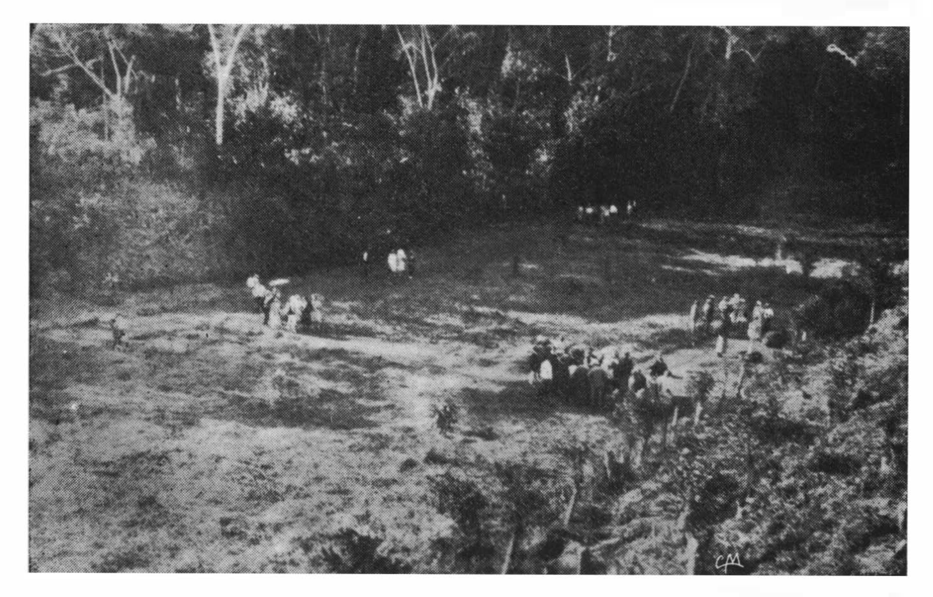
Hotel de Puerto Barrios. A lo lejos: La Punta de Manabique.

QUIRIGUA

Conferencia pronunciada en el campo de las ruinas, por el socio activo Licdo. J. ANTONIO VILLACORTA C. el 15 de febrero de 1927.

1.—Antigüedad de esa población maya. 2.—Descubrimiento de sus ruinas. 3.—El actual sitio arqueológico. 4.—Descripción de las Estelas y animales monolíticos. 5.—Restos de los edificios conocidos con el nombre de Casas Viejas.

1.—Estamos en presencia de monumentos arqueológicos sobre los cuales ha pasado el hálito de los siglos, envolviéndolos en el misterio de una antigüedad ignota, sin que podamos precisar la historia legenda-



FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Quiriguá.—En el campo de las ruinas. Vista hacia el Sur.

ria del pueblo que desafió a la inteligencia humana, al dejar esculpida en enormes monolitos y en caracteres que intrigan por la belleza de su ejecución y lo sombrío de su impenetrable silencio, la leyenda de su pasado.

Sabemos sí, que los autores de estas maravillas fueron pueblos de origen ulmeca, descendientes de aquellos hombres que venidos de remotas tierras, quizá del misterioso Egipto, (1) tal vez de la sumergida Atlántida, establecieron ciudades tan notables en el Yucatán mexicano y en el Petén guatemalteco, que han sido comparadas con las más sobresa-

(1) Le Plongeon: "The monuments of mayas".—1886.

lientes de la antigüedad clásica, y cuya vida pretérita es motivo de continua investigación en los modernos tiempos.

Difícil es determinar la época en que llegaron aquí por vez primera aquellos hombres de recia contextura, como lo fueron los pueblos que lucharon con una naturaleza en aparente desorden, por las continuas transformaciones de sus elementos, que buscaban su natural equilibrio, hasta llegar a permitir la subsistencia de sociedades humanas más o menos organizadas para la vida inicial de una cultura.

Las leyendas conservadas en el famoso *Manuscrito de Chichicastenango* (1) nos hablan de inmigraciones a las tierras tropicales, de clanes mayas y toltecas, que abandonando las costas del tempestuoso Golfo Mexicano, partieron con su bagaje de tradiciones, de esperanzas y de penas, hacia lugares más propicios para su vida trashumante, en

FOT CARLOS A. VILLACORTA C.

Quiriguá.—El campo de las ruinas, visto hacia el Norte.

que hallaron un sol vivificador y tierras de maravillosa fertilidad, en el suelo de Guatemala. La tradición nos cuenta que aquellos clanes, al perder la unidad de su lenguaje, en las ardientes marismas por donde corren entrelazados los brazos en que se divide ya para desembocar el caudaloso Usumacinta, separáronse en dos corrientes migratorias, tomando la una hacia el Nordeste al mando de *Zamná,* jefe y sacerdote a la vez, que fué el fundador de Mayapán, ciudad principal durante mucho tiempo en la península yucateca, en donde prosperó la cultura maya, lo mismo que en *Chichén Itzá, Izamá, Champotón, Tikal,* etc.; mientras la otra se internó entre los bosques de Guatemala, al mando de los cuatro legendarios capitanes, *Balam Quitzé, Balam Akap, Majucutaj* e *Iquí Balam,*

(1) Véase la novísima edición de esta obra, Sánchez & Guise. Guatemala, 1927.

que presenciaron la salida del sol en las cumbres del monte *Jacagüitz,* y desaparecieron misteriosamente, no sin dejar los fundamentos de la nación quiché, cuya cultura se refleja en el referido manuscrito.

El arqueólogo Charles P. Bowditch determinó hipotéticamente la cronología de las ciudades mayas, de acuerdo con los libros de *Chilan Balam,* en la siguiente forma:

Fundación de Yaxchllán (Menché Tinamit)..	75	años	antes	de	J. C.
Fundación de Palenque..................	15	"	"	"	"
Fundación de Copán	34	"	después	"	"
Abandono de Palenque..................	73	"	"	"	"
Fundación de Piedras Negras	74	"	"	"	"
Abandono de Piedras Negras	109	"	"	"	"
Fundación de Quiriguá..	195	"	"	"	"
Abandono de Copán	231	"	"	"	"
Abandono de Quiriguá	292	"	"	"	"
Fundación de Seibal, Petén....	298	"	"	"	"
Fundación de Chichén Itzá	348	"	"	"	"

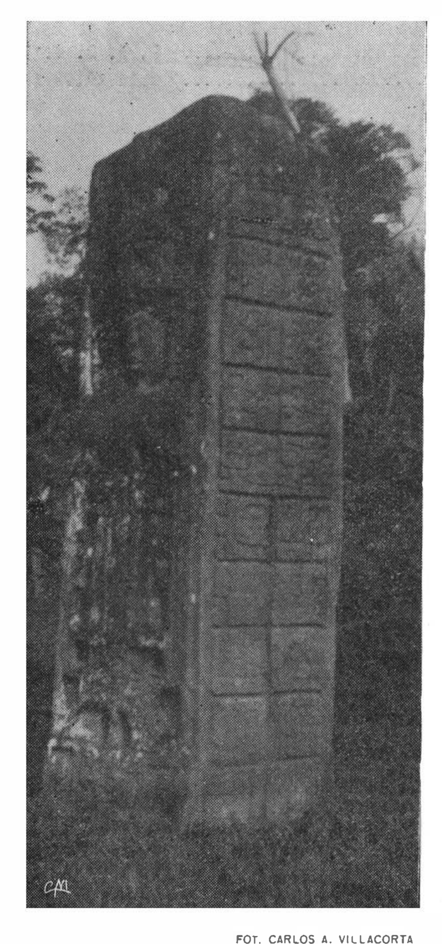
FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Quiriguá.—Animal monolítico *a.* "Cabeza de serpiente".

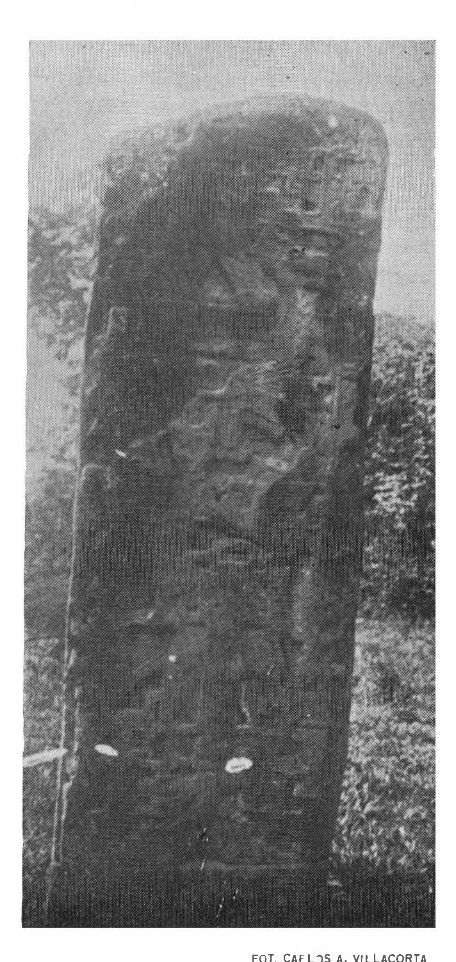
cálculo que hace remontar la fundación de la ciudad en cuyas ruinas nos hallamos, a 1,700 años de nuestros días, habiendo sido dicho acontecimiento, por consiguiente, sincrónico de los triunfos de Septimio Severo sobre Clodio Albino y Percenio Niger, jefes de los pretorianos de Occidente y de Oriente, que le disputaban el dominio del Imperio romano.

Estudios recientes llevados a cabo por el americanista Mr. Silvanus G. Morley, hánle permitido exponer la idea, bastante acertada, de que algunos de aquellos clanes procedentes de las regiones *Huasteca* y *Totonaca,* sobre las costas del Golfo de México, entre los 20° y 22° de latitud Norte, emigraron hacia el Este, habiendo dejado en Tuxtla, de

Veracruz, un recuerdo de su estancia, en una ya célebre estatuilla con inscripciones clásicamente mayas, y que es la más antigua reliquia de esa civilización, conocida hasta la fecha; clanes que en su peregrinación penetraron en los bosques de Tabasco y del Petén, habiendo fundado en este último sitio la ciudad de *Uaxactum,* al Nordeste y a poca distancia de donde lo fuera un poco más tarde la famosa *Tikal;* y avanzando hacia el Sur por las tierras que riegan los ríos *Cancuén* y *Polochic,* pasaron al Oeste del lago de Izabal y atravesando las montañas de El Mico y las



Quiriguá.—Estela A. Lados del Sur y del Este.



FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Quiriguá.—Estela A. Lado del Norte.

aguas del río Motagua llegaron a un lugar, en plena selva, donde fundaron a Copán (1), de la que procedieron probablemente, según otro americanista notable, Mr. Herbert J. Spinden (2), los pobladores de *Quiriguá,* que fué posiblemente una colonia en donde se refugiaron sus pobladores al abandonar aquella ciudad por causas que ignoramos, todo lo cual pasó, según dicho autor, en el período que llama del

(1) Morley: "The inscription at Copán".—Pág. 404.
(2) Spinden: "A study of maya art".—Pág. 175.

Viejo Imperio (1), ocupando el primer lugar en el orden de su fundación, *Uaxactum,* el segundo *Tikal,* el tercero *Copán,* el décimocuarto *Quiriguá* y el último *Quen Santo.*

Fueron entonces estudiadas cuidadosamente las estelas de origen maya, y hecha la comparación de sus series iniciales más antiguas con las fechas de la cronología europea, se ha podido establecer, hasta donde es posible, el tiempo de la fundación, lo mismo que los períodos de prosperidad y las épocas en que desaparecieron cada una de las ciudades mayas, a que dichos estudios se refieren.

500
450
400
350
300
250
200
150
100 — Período antiguo
50
0
50
100
150
250
300
350
400 — Período medio
450
500
550 — Período moderno
600
(Viejo Imperio)
650
700
750
800
850
900
950
1000
(Nuevo Imperio)

Estatuilla de Tuxtla....	8. 6. 2. 4.17.
1—Uaxactum........................	8.14.10.13.15.
2—Tikal......	9 2.13. 0. 0.
3—Copán.......	9.10. 0. 0. 0.
4—Piedras Negras	9.10.10. 0. 0.
5—Naranjo	9.10.10. 0. 0.
6 —Altar de Sacrificios........	9.10 10. 0. 0.
7—Palenque........................	9 10.10. 0. 0.
8—Nakún..........	9 11. 0. 0. 0.
9 Yaxá	9 11. 5. 0. 0.
10—Yaxchil n......................	9.11. 3 10.13.
1 —Tzendales............	9 13. 0. 0. 0.
12—Chichén Itzá....................	9.13 10. 0. 0.
13—Tzinté	9 14 0 0. 0.
14 QUIRIGUA	9 14.13. 0. 0.
15—La Honradez.....................	9.15. 0. 0. 0.
16—Seibal..........................	9.15 10 0. 0.
17—El Cayo	9.17. 0. 0. 0.
18—Los Higos.......................	9.17. 0. 0. 0.
19—Ixkún	9.17. 0. 0. 0.
20—Lamar...................... ...	9.17.10. 0. 0.
21—Cancuén.........................	9.17.10. 0. 0.
22—Aguas Calientes	9.17.10. 0. 0.
23—Flores...........................	10. 0. 0. 0. 0.
24—Ucanal	10. 0. 0. 0. 0.
25—Benque Viejo	10. 0. 0. 0. 0.
26—Quen Santo.....	10. 2. 0. 0. 0.

2.—Ninguna referencia hacen los cronistas coloniales de las monumentales ruinas de *Quiriguá;* no parece sino que el manto del olvido hubiera cubierto entre sus pliegues la asombrosa civilización de la ciudad

(1) Morley: "The inscription at Copán."—Pág. 433.

ribereña del Motagua; ninguna relación se escribió durante el primer tercio del siglo XIX; sólo sí se sabía que existían en este sitio montículos, al parecer artificiales, perdidos en la enmaraña de bosques cuyas tupidas frondas apenas dejaban atravesar los rayos del sol entre lianas y plantas trepadoras, que hacían más dificultuso el arribo al sitio legendario, donde en tiempos remotos había vivido un pueblo que supo dejar memoria de él en curiosos monumentos.

No fué sino hasta el año 1840 en que el arqueólogo Catherwood las visitó por vez primera, habiendo hecho el bosquejo de dos de sus monolitos y escrito la pequeña relación que figura en el libro de Mr. John L. Stephens, su compañero de estudio, que a la sazón se hallaba en San Salvador, libro que fué publicado en Londres un año más tarde. Mr. Catherwood había hecho el viaje hasta *Quiriguá* desde Guatemala, por Chiquimula y el río Motagua. (1)

FCT. CARLOS A. VILLACORTA

Quiriguá.—Animal monolítico B., visto por el Sur.

Catorce años después, en 1857, el Doctor Karl Scherzer, de paso por Guatemala, visitó también esos lugares y escribió corta descripción de los monumentos que logró entrever, y cuenta en ella que los campesinos le habían referido, que, dos años antes, una crecida del Motagua había derribado algunos de los monumentos.

Pero en 1881 llegó a Lívingston, procedente de Inglaterra, el Doctor Alfred P. Maudsley, con el propósito de explorar la región de *Quiriguá,* y remontando el río Dulce arribó a la villa de Izabal, de donde partió hacia el Sur, atravesando la Sierra de las Minas, hasta la hacienda de "El Mico", y llegó a la aldea de *Quiriguá* acompañado por algunos lugareños. (2)

---

(1) Stephens: "Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatán". Tomo II. Pág. 118.
(2) A. P. Maudsley: "Archaelogi: Biologia Centrali Americana"-V. II. 1899-1902.

Mr. Maudsley dice, que su ansiedad por visitar las ruinas era inmensa, pero grande fué su desilusión cuando a su llegada no vió sino algo semejante a tres grandes troncos de árboles viejos y musgosos, cubiertos por una enmaraña de enredaderas y parásitas, al rededor de los cuales la maleza había sido separada en el espacio de algunos cuantos pies; pero aproximándose y haciendo minuciosa inspección comprobó que, lo que tomara por tres troncos, eran tres monumentos de piedra. Allí permaneció el ilustre explorador tres días y durante ellos examinó y fotografió cinco estelas y dos animales monolíticos. Maudsley visitó de nuevo *Quiriguá* en 1882, y habiendo desbrozado la montaña los trabajadores llevados al efecto, pudo estudiar todas las inscripciones jeroglíficas de uno de los monumentos derribados.

A un nuevo viaje hecho en 1883 le acompañaron los agrimensores Blockley y Giuntini y veinte mozos verapaceños. Entonces comenzaron a moldear los monumentos, con objeto de llevar a Europa copias exactas de sus inscripciones para su estudio; operación aquella llena de incomodidades, que se prolongó hasta mediados de ese año. Entonces también fué cuando se obtuvieron las magníficas fotografías de monumentos y altares que figuran en el notable libro que años más tarde publicaron en Londres los señores F. Ducane Godman y Osbert Salvín, con el título de "Biología Centrali-americana".

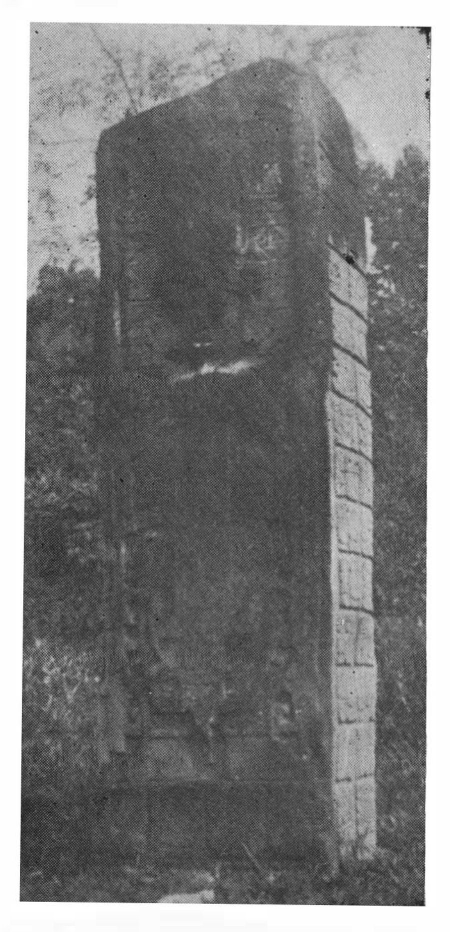
El infatigable explorador hizo un cuarto viaje a *Quiriguá*, viniendo de Londres en 1894, trayendo consigo los dibujos de las inscripciones hechos allá por el señor E. Lambert y señorita Ana Hurter, copiadas del vaciado en yeso que ahora figura en el Museo de South Kensington, y con objeto de cotejarlos con sus originales. Acompañaban al señor Maudsley en ese viaje, el ingeniero Mr. Price, que levantaría el plano general del sitio arqueológico de *Quiriguá*, y el verapacense Gorgonio López contratado para hacer el moldeado de las curiosas estelas. Todos ellos enfermaron entonces por lo que Maudsley y Price retornaron a Inglaterra, y López a Cobán.

Tres viajes más hizo el señor Maudsley al sitio arqueológico de *Quiriguá*, con objeto de completar sus estudios y notas gráficas para la monumental obra sobre dichas ruinas mayas, y otras de México y Guatemala, que figuran en ella.

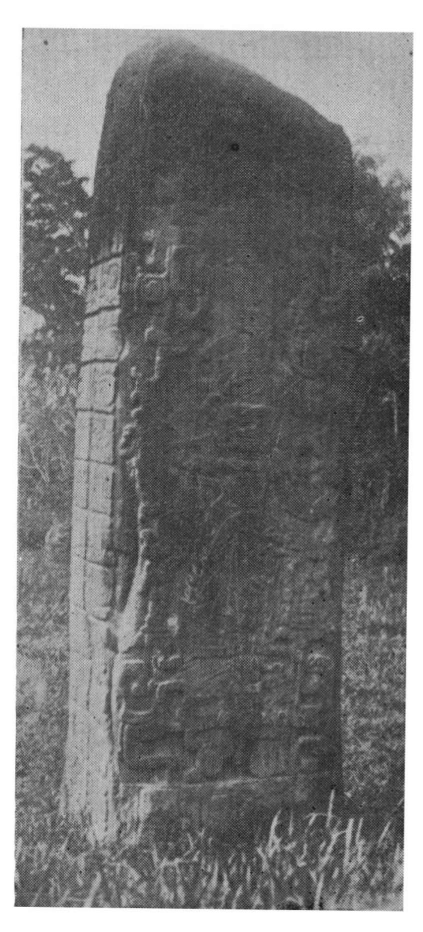
El distinguido arqueólogo norteamericano Mr. Silvanus G. Morley visitó las ruinas de Quiriguá en 1910 y 1911 estudiando prolijamente las inscripciones jeroglíficas de estelas y monumentos, en comparación con las investigaciones que llevaba a cabo en *Copán* y en otros lugares mayas de Guatemala. El señor Morley es el descubridor de las importantísimas ruinas de *Uaxactum*, en el Petén, en el año 1917, que tanto han llamado la atención del mundo sabio, por contenerse en ellas el más antiguo observatorio solar del viejo imperio maya.

3.—Ahora el viaje se hace cómoda y rápidamente. La línea férrea del Norte nos ha puesto en pocas horas a las puertas del sagrado recinto, donde el alma se expande al considerar que esos monumentos esculpidos por humanos seres han sobrevivido a los siglos, y que es deber nuestro conservarlos para que sean admirados por las generaciones futuras.

El sitio arqueológico se extiende de Norte a Sur en el banco izquierdo del río Motagua, del que dista apenas novecientas yardas. Una serie de montículos artificiales lo limitan por el Oriente, quedando al Norte una terraza compuesta de pequeñas piedras, en la que ya no se nota trabajo alguno de albañilería, mientras que al Sur un magnífico grupo de terraplenes, terrazas y declives contiene los restos de edificios de piedra canteada, llena en parte de curiosos jeroglíficos, dominando todo el sistema el templo principal, que se alzaba sobre alto montecillo.



Quiriguá.—Estela C. Lados del Sur y del Este.



Quiriguá.—Estela C. Lados del Este y del Norte.

FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Tales construcciones limitan la plaza grande de *Quiriguá*, que es precisamente el sagrado lugar en donde nos encontramos. La población debe haberse extendido en contorno de ella, en multitud de casas de endeble construcción, que la voracidad de los siglos se ha encargado de consumir.

Aquí se reunía el pueblo cuando celebraba festejos en honor de sus dioses y de sus héroes, llevándolos sobre andas profusamente adornadas con plumas de quetzal, mientras hombres, mujeres y niños, atavia-

dos con lujosos trajes, agitaban plumachos y banderolas y caminaban acompasadamente al son de sus marciales instrumentos. Aquí se rendía culto a *Cuculán,* el *Quetzalcoatl* tolteca, cuando todos los sacerdotes se reunían y con ellos muchedumbre considerable, después de haberse preparado con ayunos y abstinencias. La noche precedente al día de la fiesta salía en procesión con gran número de comediantes de la casa del príncipe y avanzaba lentamente en dirección al templo que se había adornado previamente, sobre el cual flotaban banderolas y en donde se mostraría el ídolo sobre tapices de follaje. Habiendo encendido el fuego nuevo, quemaban incienso en muchos lugares haciendo ofrendas de carne cocida, sin sal ni pimienta, con bebida de habas y pepitas de calabaza. Los señores, lo mismo que los que habían observado el ritual ayuno, pasaban allí sin volver a sus casas cinco días y cinco noches en oraciones, quemandocopal y bailando danzas sagradas. Durante ese tiempo losjuglares iban de una a otra de las casas de los nobles, representando sus comedias y recogiendo ofrendas; al cabo de los cinco días llevaban los dones recogidos de esta suerte al templo y allí los distribuían entre los señores, los sacerdotes y los danzarines. Después de lo cual las banderas y los ídolos eran llevados de nuevo a la casa del príncipe. Era creencia general que *Cuculkán* bajaba del cielo el último

FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Quiriguá.—Estela D. Lados del Este y Sur.

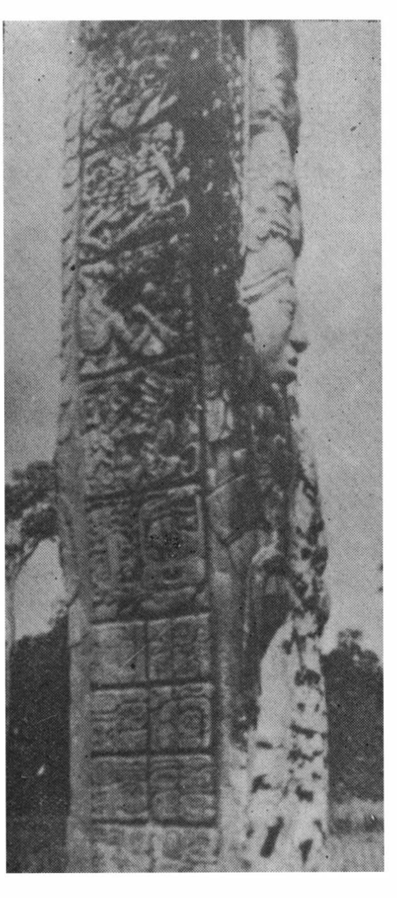
FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Quiriguá.—Estela D. Lado del Norte.

día de la fiesta y recibía en persona los sacrificios, las penitencias y las ofrendas que se le consagraban. Tal era la fiesta que llamaban *Chic-Kabán.* (1)

Aquí era celebrada la vuelta de la Primavera en el mes *Pop;* la fiesta de *Pocán* en honor de *Izamná* en el mes *Uo,* y las de *Acanum, Zuj-juy* y *Tabai,* los dioses penates, lo mismo que la de la Infancia en el mes *Ixmol,* la de la fabricación de los ídolos en el mes *Yax,* y en el mes *Pax,* la gran fiesta de *Cuculkán* llamada, *Pacún-Chac.* (2)

FOT. CARLOS A. VILLACORTA
Quiriguá.—Detalle de la Estela D. Lado Norte.



FOT. CARLOS A. VILLACORTA
Quiriguá.—Detalle de la Estela D. Lado oriental

Parece que la plaza principal estaba pavimentada con piedras lisas recogidas en el lecho del río, y debajo de ese pavimento debió existir una delgada capa de piedras irregulares y menudas, a través de las cuales se filtraba el agua de las lluvias.

Los arqueólogos han clasificado los monumentos de *Quiriguá* en dos categorías: estelas y altares o animales monolíticos; las primeras son nueve, los segundos siete, habiendo además una piedra circular, señalándolos, para mejor distinguirlos, con las letras del alfabeto.

---

(1) Diego Landa: "Cosas de Yucatán". Edición Brasseur, 1864. Pág. 301-303.
(2) Beuchat: "Manual de Arqueología Americana". Pág. 401.

a) *Cabeza de serpiente.* Figura la enorme cabeza de una serpiente entre cuyas fauces abiertas se encuentra un rostro humano. Es una representación de *Cuculkán,* el *Quetzalcoatl* tolteca, o sea la serpiente cubierta de plumas de quetzal. Otra piedra semejante fué encontrada en el departamento de Chimaltenango y se halla en poder de don Francisco Sosa.

Estela A.—Es un paralelepípedo de piedra de 4 m. 26 cm. de altura, 1 m. 21 cm. de ancho y 0.96 cm. de espesor. Los lados laterales contienen, como las demás, series iniciales, secundarias e inscripciones jeroglíficas. La cara del Sur presenta una figura humana cuyos pies descansan sobre un pedestal casi borrado. El rostro hierático está coronado por una gigantesca máscara, adornada a cada lado por sendas caras de perfil vueltas hacia afuera. Cabezas de culebra con lenguas y adornos en espiral completan la parte esculpida de la estela.

FOT CARLOS A. VILLACORTA

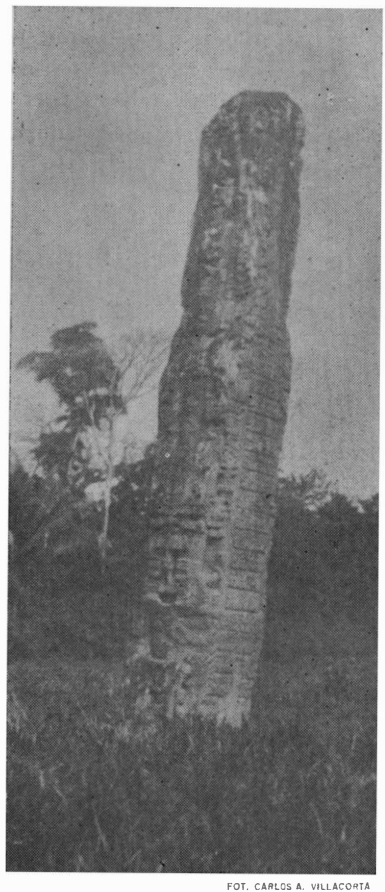
Quiriguá.—Estela E (caída). Estela F (vertical).

En la cara del Norte, bastante deteriorada, la figura principal es mitad hombre, mital jaguar: manos y patas son de este animal. La cara está de perfil, sobre el ojo se distingue la figura esbozada de una hacha, la rodilla izquierda medio doblada mantiene el talón del pie algo levantado.

Monolito B: El Dragón.—Enorme animal monolítico de 4 m. 2½ cm. en su mayor longitud, 3 m. 35 cm. de anchura y 1 m. 92½ cm. de elevación. Representa un dragón cuya mandíbula superior levantada deja ver enormes dientes debajo de los cuales aparece un busto humano coronado por grotesca máscara. Los ojos del animal enormemente abiertos están cruzados por bandas astronómicas. En el lado izquierdo se notan perfectamente los brazos adornados con dos cuadrados de escritura

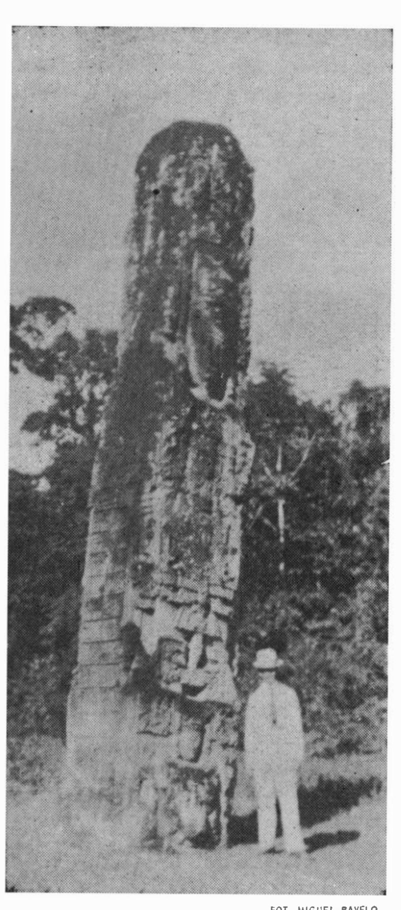
jeroglífca, siendo uno solo el que se encuentra en la pierna del animal. En la curvatura de la rodilla tiene un roleo semejante al del codo. En el lado derecho un curioso roleo ocupa el lugar de la pierna, y el brazo está cubierto de jeroglíficos, lo mismo que la espalda, cuyo esculpido está bastante deteriorado.

Estela C.—Su altura es de 3 m. 98 cm., su anchura de casi 1 m. 28 cm. y su espesor de 84 cm. En la cara del Sur los pies de la figura huma-



FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Quiriguá. — Estela F. Lado del Norte.



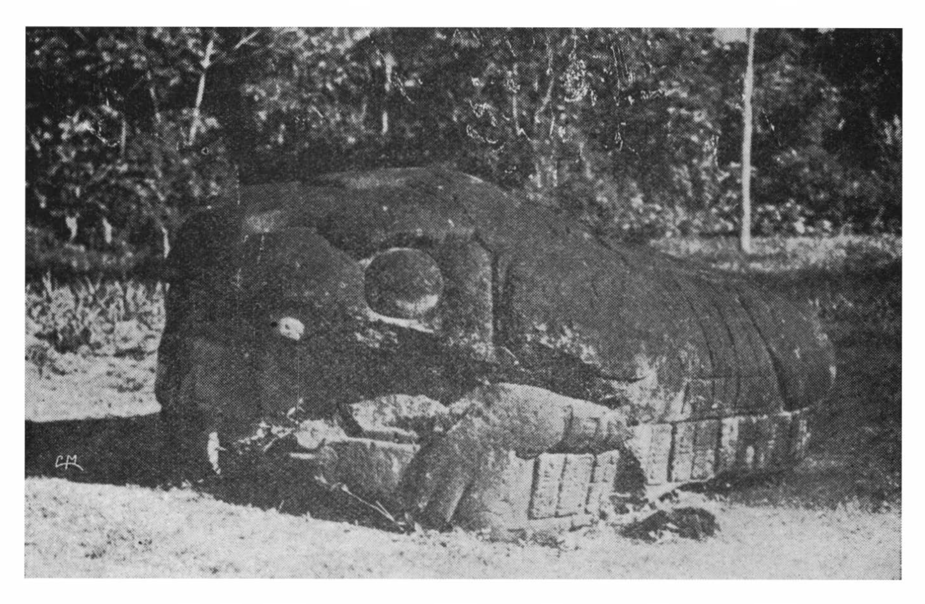
FOT. MIGUEL RAVELO

Quiriguá.—Estela F. Lado del Sur.

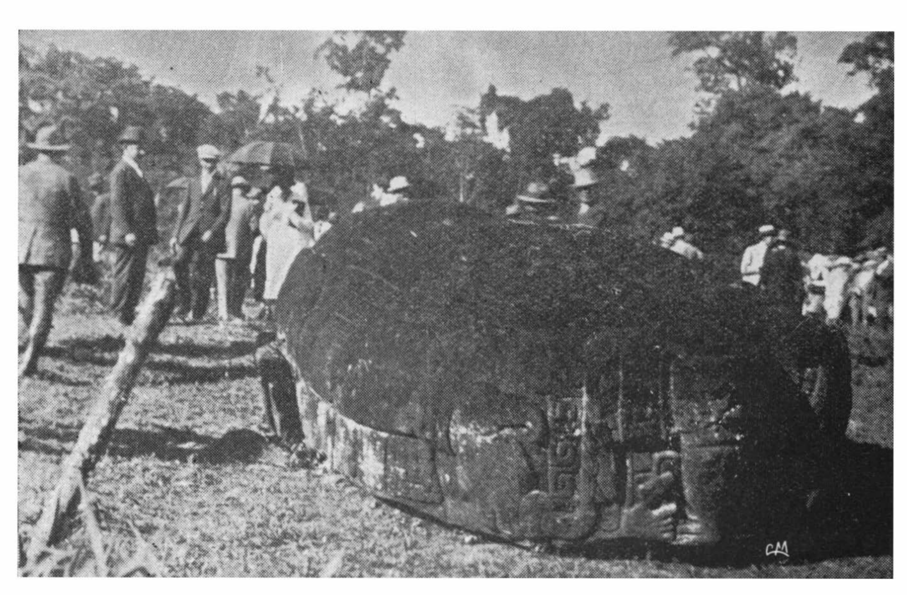
na descansan sobre un pedestal formado por cuatro *glifos.* La cabeza está, como en la anterior, coronada por una máscara grotesca rodeada de *glifos* y volutas de plumas.

En la parte del Norte, la figura principal, bastante borrosa, está erguida también sobre cuatro *glifos* que le sirven de pedestal, el talón del pie derecho algo levantado, siendo las extremidades humanas y no de jaguar. Una serpiente con plumas se distingue en la parte alta del monumento.

Estela D.—Majestuosa piedra de 5 m. 98 cm. de altura, 1 m. 23 cm. de ancho en la base y 86½ cm. de espesor. Sobre un pedestal en que figura una enorme y grotesca cabeza, descansa la figura principal, que sostiene en la mano izquierda un escudo borlado y en la derecha un



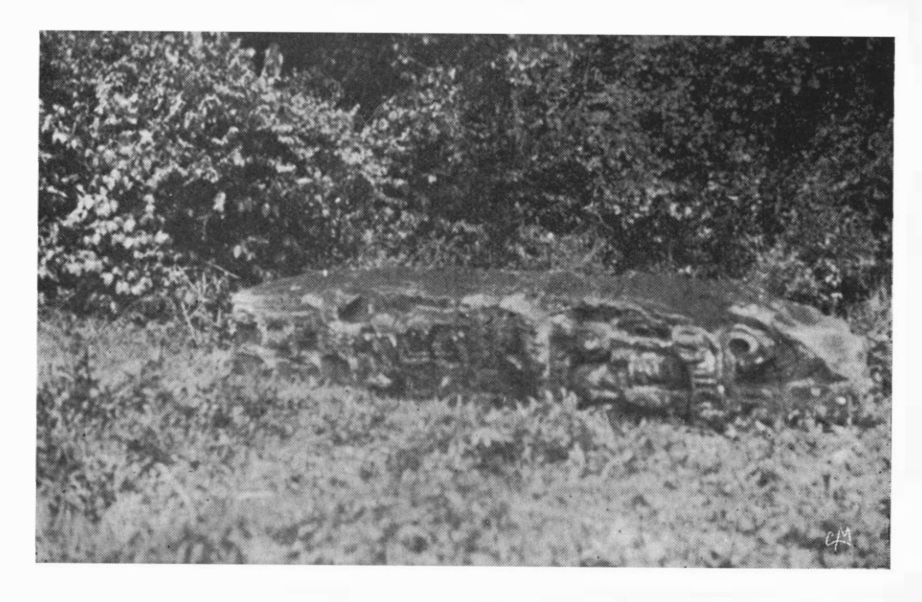
Quiriguá.—Animal monolítico G. "El Armadillo", visto por el Norte. FOT. CARLOS A. VILLACORTA



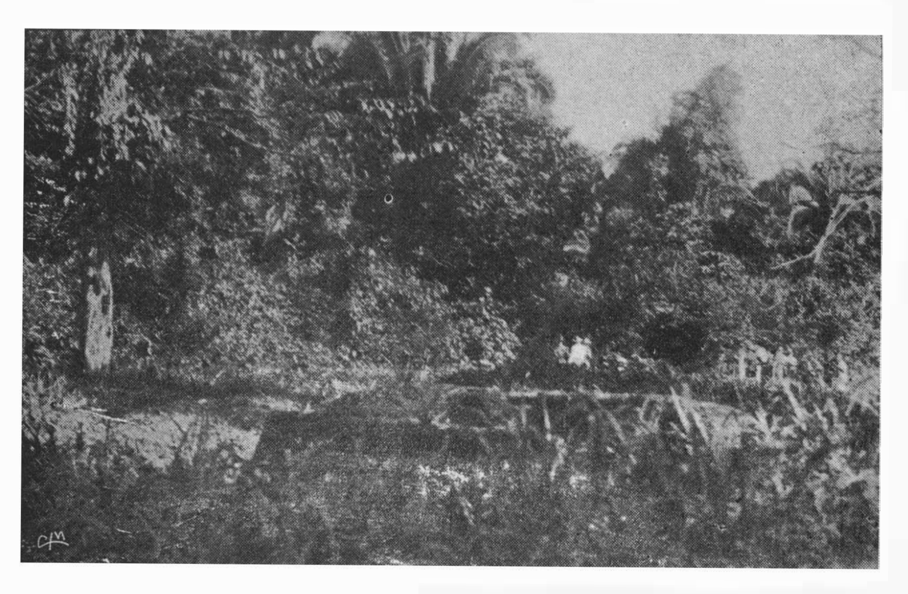
Quiriguá.—Animal monolítico G., visto por el Sur. FOT. CARLOS A. VILLACORTA

maniquí con cetro. Del cinto cuelga un delantal profusamente bordado y la cabeza humana de aspecto hierático se halla coronada por una especie de alta mitra, que hace recordar las figuras asirias, y sobre la cual se destaca un penacho de tres plumas. Ajorcas y ligas adornan las rodillas, y las sandalias son lujosas.

En el lado del Norte, el pedestal figura una grotesca cabeza aplastada, y sobre ella se yergue la consabida figura humana, cuya faz se halla adornada con volutas y orejeras, y coronada por una tiara formada por dos enormes mascarones, sobre los que se distinguen otros, decora-



Quiriguá.—Estela H (caída). Lado oriental. FOT. CARLOS A. VILLACORTA

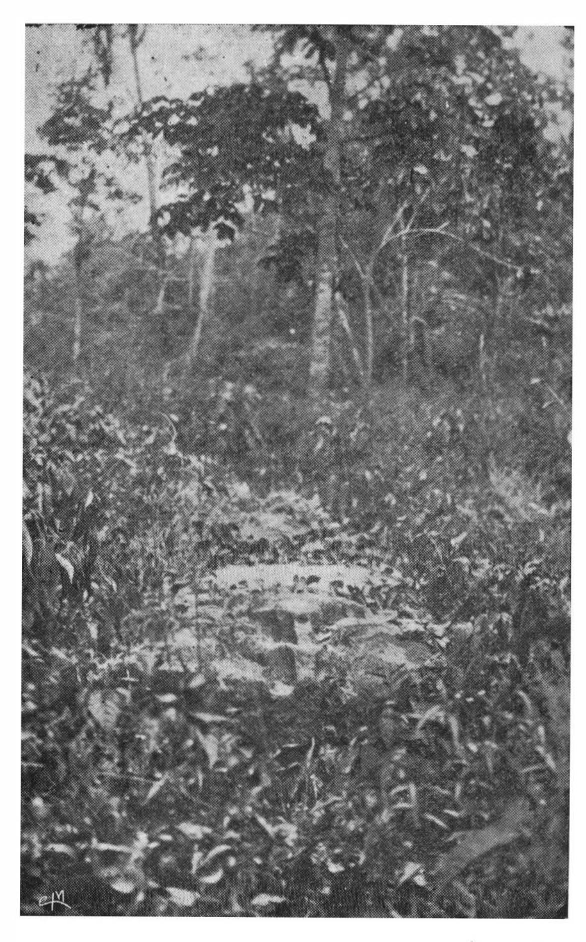


Quiriguá.—Estela I (caída). FOT. CARLOS A. VILLACORTA

dos de glifos y roleos. La mano izquierda sostiene un escudo y la derecha un maniquí con cetro. En cada lado de la estela hay seis cuadrados de jeroglíficos que son series iniciales, y abajo dos líneas verticales de escritura jeroglífica, aun no descifrada.

Estela E.—Es la más conocida, porque generalmente figura en libros y folletos. Tiene 7 m. 62 cm. de elevación, 1 m. 23 cm. de anchura y 99 cm. de espesor. Hasta hace poco estaba considerablemente inclinada hacia el Nordeste; ahora yace caída.

La cara del Sur contiene una figura humana, cuyos pies ricamente adornados descansan sobre una cornisa que a su vez cubre una máscara grotesca. La cabeza de la figura principal se halla cubierta con la tradicional tiara, arriba de la que se destingue otra cabeza más pequeña. La mano derecha sostiene un maniquí con cetro y la mano izquierda un escudo borlado.



FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Quiriguá.—Estela J (caída).

Casi en la misma posición se halla la figura humana del lado opuesto, que por su inclinación se conservó mejor. Cuando se hizo el moldeado de esa figura se vió que la nariz tenía una rajadura a lo largo de la base, desprendiéndose con el molde, pero se notó que era antiquísima y que el artífice la había remendado añadiendo una piecesita de piedra como alma, entre ambos pedazos separados. El señor Giuntini, compañero de Maudsley, logró colocarla en su lugar, pegándola con cemento.

Estela F.—Es la más hermosa y minuciosamente decorada de todas las estelas de Quiriguá. Mide 7 m. 33 cm. de altura, 1 m. 34½ cm. de ancho y 89 cm. de espesor.

Del lado Sur, se destaca una cabeza enorme debajo de la cual aparece un busto humano con las manos en alto y las palmas hacia afuera. Debajo se destaca otra máscara adornada a cada lado con alas cubiertas de plumas. Estas tres figuras sirven de pedestal a la escultura humana que presenta las manos levantadas sosteniendo el pectoral, haciendo descansar los pulgares en los ornamentos bordados de los hombros. Un curioso esculpido de flecos y borlas que encierra una cara casi perfecta se halla alrededor de los brazos. La parte superior del traje

está profusamente decorada. Un filete semejando una cadena sostiene dos grotescas máscaras que sirven de corona a la cabeza principal, y plumachos de quetzal completan el adorno superior, destacándose en lo más alto del monumento la cabeza de una serpiente.

En la cara del Norte una enorme calavera sirve de pedestal, sobre un busto humano que tiene las manos en alto, encima del ornamento. La figura principal sostiene en la mano derecha un maniquí con cetro y con la izquierda un borlado escudo, estando el traje profusamente adornado. El plumacho de un trabajo delicado, que se destaca en la parte alta del monumento, es una joya arqueológica del arte maya, la más perfecta de todas las de *Quiriguá.*

FOT. CARLOS A. VILLACORTA

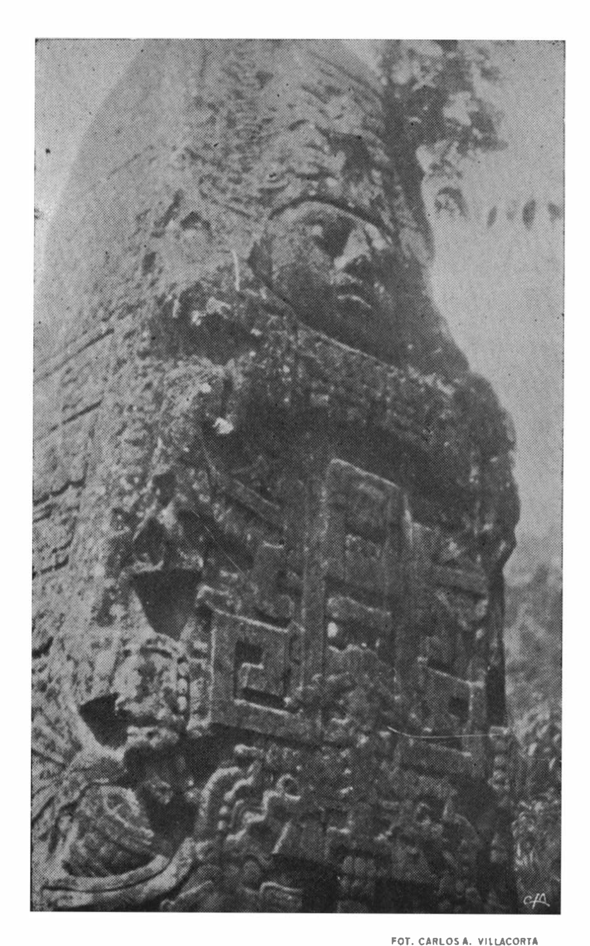
Quiriguá.—Estela K "El Enano". Lado del Oeste.

Animal monolítico G "El Armadillo".—Monolito de 4 m. 42½ cm. de largo, 2 m. 62½ cm. de ancho y 1 m. 28 cm. de elevación, en el frente. Tres losas planas de granito sostienen este monumento, que se conoce con el nombre de *El Armadillo,* porque las inscripciones y los adornos figuran la concha escamosa de dicho animal. Las patas delanteras y trasceras están adornadas, en muñecas y muslos, con ligas y brazaletes, y esculpidos en idéntica posición en que lo fueran la del monumento del *Dragón,* ya explicado. Por el frente se distingue la boca abierta del animal, de la que emerge una cabeza humana, lo mismo que en la parte posterior, en la que se destaca un busto con las manos sobre los hombros. Volutas esparcidas en todas direcciones adornan el lomo, y entre brazos y piernas hay grabadas inscripciones jeroglíficas.

Estela H. — Está derribada. Una enorme cara grotesca sirve de pedestal a una figura humana cuyos pies descansan sobre aquél. Las manos de la escultura parecen tocar el pecho de la misma sobre el cual se destaca la cabeza que sostiene en la parte alta la mandí-

bula superior de una calavera, todo enmarcado en una ancha corona de volutas y adornos en cortina, de la que penden sendas borlas que le sirven de orejeras. Las inscripciones jeroglíficas de este monumento están casi borradas por el tiempo. Tiene la estela 5 m. 18 cm. de largo, 1 m. 32 cm. de ancho y 91½ cm. de espesor.

Estela I.—Es una de las estelas más primorosamente decoradas. La cara del frente contiene una figura humana esculpida en alto relieve, cuyos pies descansan sobre un zócalo no terminado de adornar. Un lujoso traje lleno de orlas y volutas cubre el cuerpo, cuya mano derecha sostiene un maniquí con cetro. La hierática faz de la figura está enmarcada entre los complicados adornos de un tocado alto, que tiene como centro la mandíbula superior de una calavera, que sostiene tres volutas de donde caen, a un lado y a otro, chorreras de plumas de quetzal, formando las interiores algo así como un resplandor divergente. De las orejeras salen borlas que caen sobre los hombros de la figura.



FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Quiriguá.—Estela K "El Enano". Detalle del lado oriental.

En el otro lado se destacan, dentro de un marco de plumas, varias figuras geométricas, quizá astronómicas, que forman ángulos rectilíneos, dentro de los que se halla sentada, sobre la cabeza de una serpiente que se yergue hacia arriba, una figura humana con las piernas recojidas al estilo oriental. El alto tocado de la referida figura sobresale del marco, terminando en plumeros de los que brota una grotesca máscara, y sobre todo ello se esparcen volutas de formas regulares completando el adorno del bellísimo monumento.

Estela J.—También yace caída y rota. Tiene 5 m. 4 cm. de largo, 1 m. 28 cm. de anchura y 91½ cm. de espesor. Una figura imberbe, en alto relieve, ocupa casi todo el frente, y sostiene en la mano izquierda

un maniquí con cetro y en la derecha un borlado escudo. Sobre la cabeza hay tres groseras máscaras, y sobre la última de ellas la parte superior de un cráneo humano. Un ornamento doble cae suspendido de un disco floqueado que forma parte principal del adorno del suntuoso

FOT VA DEAVELLANO

Quiriguá.—Altar L. Piedra Circular.

FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Quiriguá.—Animal monolítico M. "Cabeza de Caimán".

traje. En el disco hay tres círculos, y encima una cabeza de serpiente de cuya boca sale un curioso adorno. En la parte posterior del monumento ocupan casi todo el espacio inscripciones jeroglíficas.

Estela K.—Es la estela llamada *El Enano.* Apenas tiene una altura de 3 m. 48 cm., siendo su anchura de 1 m. 40 cm. y de 1 m. 16 cm. su espesor. Sus caras frontales dan al Oriente y al Occidente, respec-

tivamente. Como carece de pedestal están a la mano las figuras hieráticas, que forman el motivo del monumento. Los ornamentos del traje en la cara occidental son parecidos a los de las otras estelas, siendo el

FOT. CARLOS A VILLACORTA

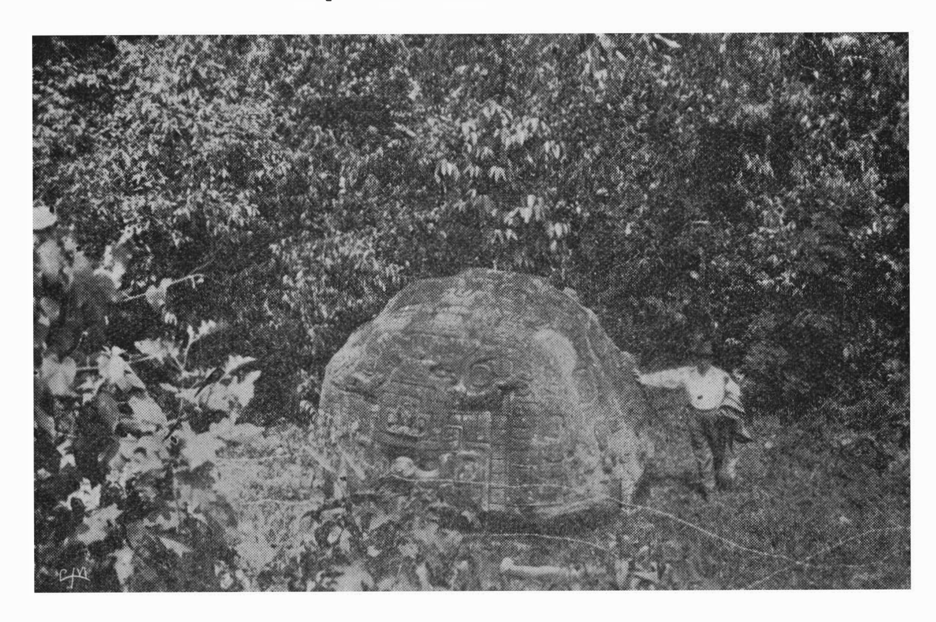
Quiriguá.—Animal monolítico N. "La Rana".

FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Quiriguá.—Altar monolítico O. "Doble cabeza de Dragón".

penacho de plumas en que remata bastante prominente. La ancha cara, del más puro tipo maya, de la escultura principal, está coronada por dos máscaras que circundan adornos en cadena. De las orejeras penden vo-

lutas que caen sobre los hombros. El delantal está ricamente bordado, y en la mano izquierda lleva el consabido maniquí con cetro, mientras la otra se halla cubierta por un escudo.



FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Quiriguá.—Altar monolítico P. "La gran Tortuga", lado del Sur.

FOT. VALDEAVELLANO

Quiriguá.—Animal monolítico P. "La gran Tortuga", lado del Norte.

En la cara del Oriente, una figura semejante a la anterior, tiene las manos invisibles, y las sandalias llevan en los talones sendas cabezas de serpiente con largos colmillos y lenguas fuera de las fauces.

En las caras laterales debajo de un adorno de plumas se hallan los signos jeroglíficos, que son inscripciones numerales.

Altar L.-Piedra Circular.-Es una piedra circular que tiene 1 m. 2 cm. de diámetro y está grabada de un lado tan solo. Dentro de un círculo formado por jeroglíficos y volutas aparece un figura sentada con las piernas recogidas al estilo oriental. La mano derecha, sobre ellas, parece hacer una señal de rito, mientras la otra cae a lo largo de la rodilla izquierda. Sobre el pecho un collar de piedras es sostenido de los hombros por una cadena borlada. La cabeza está de perfil, mirando hacia la izquierda, y se halla coronada por vistoso plumacho de estilo egipcio. Indudablemente es una de las piedras más arcaicas de *Quiriguá.*

Animal monolítico M. Cabeza de Caimán.—Cabeza enorme en la que se distingue una ancha boca que se prolonga a ambos lados debajo de los ojos, cubiertos por párpados sumamente abultados. Se distinguen en el frente las ventanas de la chata nariz del animal. Las inscripciones jeroglíficas que contiene éste, se extienden por la parte de atrás lo que indica que está completo el monumento.

FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Quiriguá.—Escalinata que conduce a (Casas Viejas).

Animal monolítico N. La Rana.—Este monolito se halla quebrado en dos sin duda por la fuerza expansiva de alguna de las raíces del árbol gigantesco que lo cubría casi por completo. Figura una enorme rana, cuya cabeza toca al suelo entre los dos brazos con pulseras, que se distinguen asimismo en las patas del animal, cubriéndole el lomo volutas y roleos que le dan un aspecto fantástico. Una especie de arruga de la piel cubre la nuca.

Animal monolítico O.—Es una doble cabeza de dragón, siendo la principal la que mira hacia el Sur, que se halla rodeada por una inscripción jeroglífica conteniendo adornos espirales en las rodillas y en los codos. Algunas máscaras grotescas adornan los miembros. La cara que mira hacia el Norte, también contiene figuras jeroglíficas.

Animal monolítico P. La Gran Tortuga.—Es un enorme monumento de piedra en forma de casquete, que pesa casi 20 toneladas, teniendo 2 m. 21 cm. de elevación, 2 m. 96 cm. de largo, 3 m. 52 cm. de

FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Quiriguá —Palacio Sacerdotal R. (Casas Viejas).

FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Quiriguá.—Templo de los Tres Altares, visto desde el Palacio Sacerdotal R. (Casas Viejas).

ancho y 10 m. 39 cm. de diámetro. Descansa sobre un cimiento formado por tres piedras planas de granito. Este monumento representa una tortuga. La cabeza de dicho animal, que está vuelta hacia el Sur, se

halla rodeada de signos jeroglíficos teniendo encima un pequeño busto humano con las manos apoyadas en los bordes de un filete en espiral. Arriba hay esculpidos discos, signos astronómicos y plumas.

La parte Norte del monumento parece más bien la cabeza enorme de una serpiente, dentro de cuyas anchas y abiertas fauces se destaca una figura humana con las piernas cruzadas y los brazos en actitud de adoración. Una máscara corona dicha figura, viéndose a la altura de los hombros los globos de los dos ojos fijos, a los que sirven de párpados los cuerpos ondulantes de sendas culebras, animal sagrado entre los mayas, representación de la eterna sabiduría.

Lo que forma el carapacho de la enorme tortuga está decorado con un confuso ornamento que se prolonga a ambos lados, guardando en ellos cierta simetría en la colocación de los adornos, los signos astronómicos, las grecas y hasta garras de aves fantásticas, todo lo que con-

FOT. CARLOS A. VILLACORTA

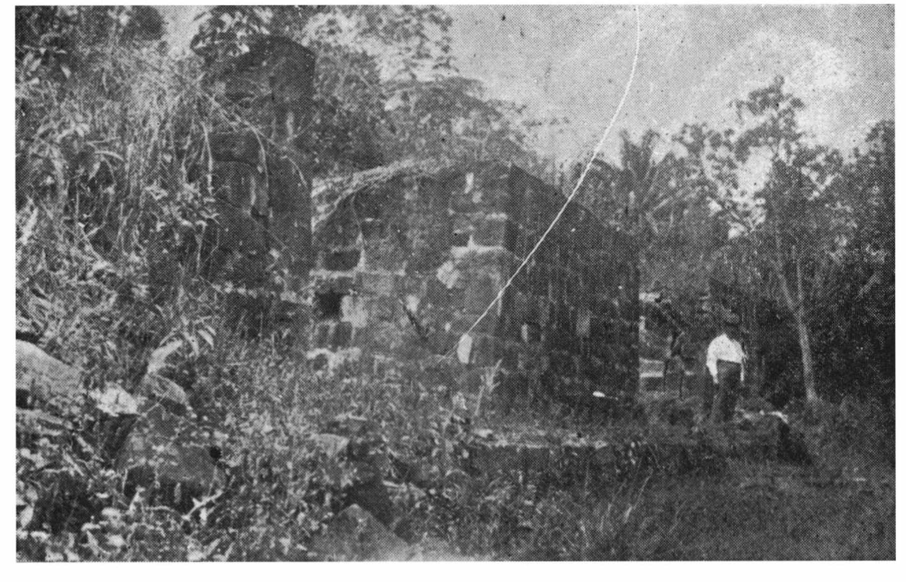
Quiriguá.—El Templo de Tres Altares, visto desde el Templete Q. (Casas Viejas).

funde el pensamiento, que se hunde en lo ignoto de aquella pretérita civilización.

Estudiando las series iniciales de las estelas y demás monumentos, los arqueólogos Bowditch, Maler, Spinden y Morley, y haciendo las reducciones consiguientes, se ha logrado determinar aproximadamente el grado de antigüedad de los monumentos de Quiriguá, teniendo en cuenta que las estelas representan ídolos de orden numérico, quizá deificación de héroe, como *Jún Ajau, Ca Ajau, Ox Ajau,* etc., es decir un señor, dos señores, tres señores; que se erigían al terminar cada *katun,* es decir, cada período de veinte años, y que los *katunes* tenían el nombre de la divinidad en ellos adorada. Un katun equivale a 20 veces 360 días, o sean 7,200 días.

A continuación damos la lista de las estelas y monumentos por orden de antigüedad.

1—Piedra circular......	9.14.13. 0. 0.	
2—Estela H..........	9.14.13. 4.17.	
3— „ J.........	9.16. 5. 0. 0–	8 Ajau– 7 Zotz.
4— „ F..........	9.16.10. 0. 0–	1 Ajau– 3 Zip.
5— „ D..........	9.16.15. 0. 0–	7 Ajau–18 Pop.
6— „ E..........	9.17. 0. 0. 0–	13 Ajau–18 Cunhu
7— „ A.........	9.17. 5. 0. 0–	6 Ajau–13 Kayab.
8— „ C..........	9.17. 5. 0. 0–	6 Ajau–13 Kayab.
9—Altar B........	9.17.10. 0. 0–	8 Ajau– 8 Pax.
10— „ G...........	9.17.15. 0. 0–	5 Ajau– 3 Muan.
11— „ O..........	9.18. 0. 0. 0–	
12— „ P........	9.18. 5. 0. 0–	
13—Estela I........	9.18.10. 0. 0–	
14— „ K..........	9.18.15. 0. 0–	3 Ajau– 3 Yax.



FOT. CARLOS A. VILLACORTA

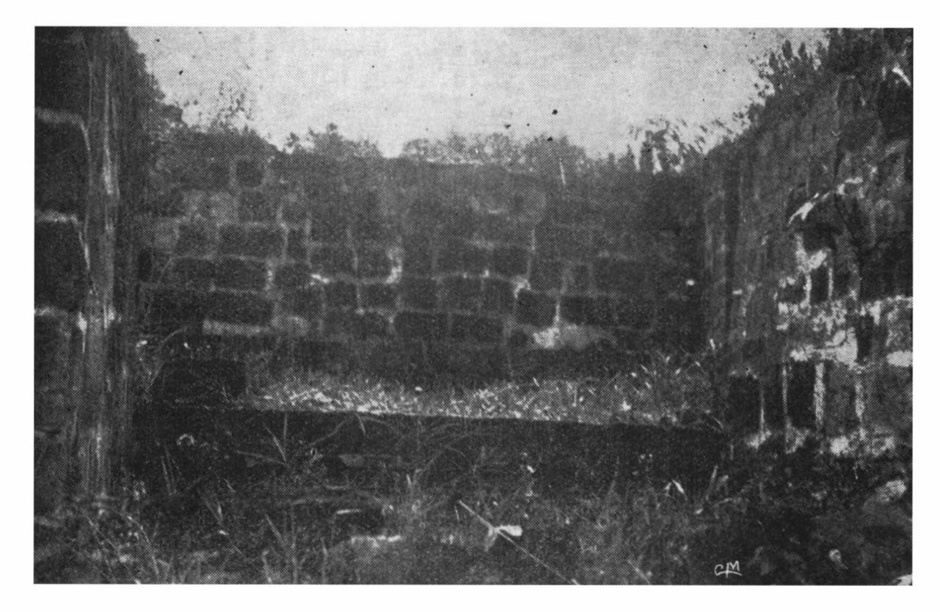
Quiriguá.—Detalle de Tres Altares. (Casas Viejas).

De donde se ha deducido que la vida cultural de *Quiriguá* duró cerca de doscientos años, pues su abandono se efectuó probablemente entre 600 y 650 años después de J. C.

5.—El Doctor Karl Sapper clasificó los monumentos arquitectónicos de origen maya en tres tipos: estilo del Petén, estilo chol y estilo chortí. A este último pertenecen las construcciones arquitectónicas de *Quiriguá,* lo mismo que las de Copán.

Gorgonio López, ayudante verapaceño que fué del Doctor Maudsley en 1883, descubrió explorando estos sitios, los restos de los edificios que desde entonces se conocen con el nombre de *Casas Viejas.*

Al Sur de la Gran Tortuga fueron desenterrados en subsiguientes exploraciones, por Mr. Price en 1894 y Mr. Morley en 1911, los restos de una escalinata que en sensible declive conducía a un edificio de gruesas paredes, formadas por bloques de piedra canteada a manera de adoquines. Tres puertas dan entrada a otras tantas salitas que tienen en el fondo algo así como la mesa de un altar, cuya parte vertical exterior contiene hileras de figuras jeroglíficas. Nosotros hemos llamado a esas ruinas *Templo de los Tres Altares.* Probablemente los muros eran más altos y estuvieron cubiertos por gruesas vigas que formaron un terraplén, desde donde se dominaba todo el contorno. Las susodichas puertas se abren hacia el Norte, y de allí se descendía por la mencionada escalinata a una plazuela de corta extensión, que limita al Norte un montículo artificial, sobre el que se ven actualmente los restos de otro edificio



FOT. CARLOS A. VILLACORTA

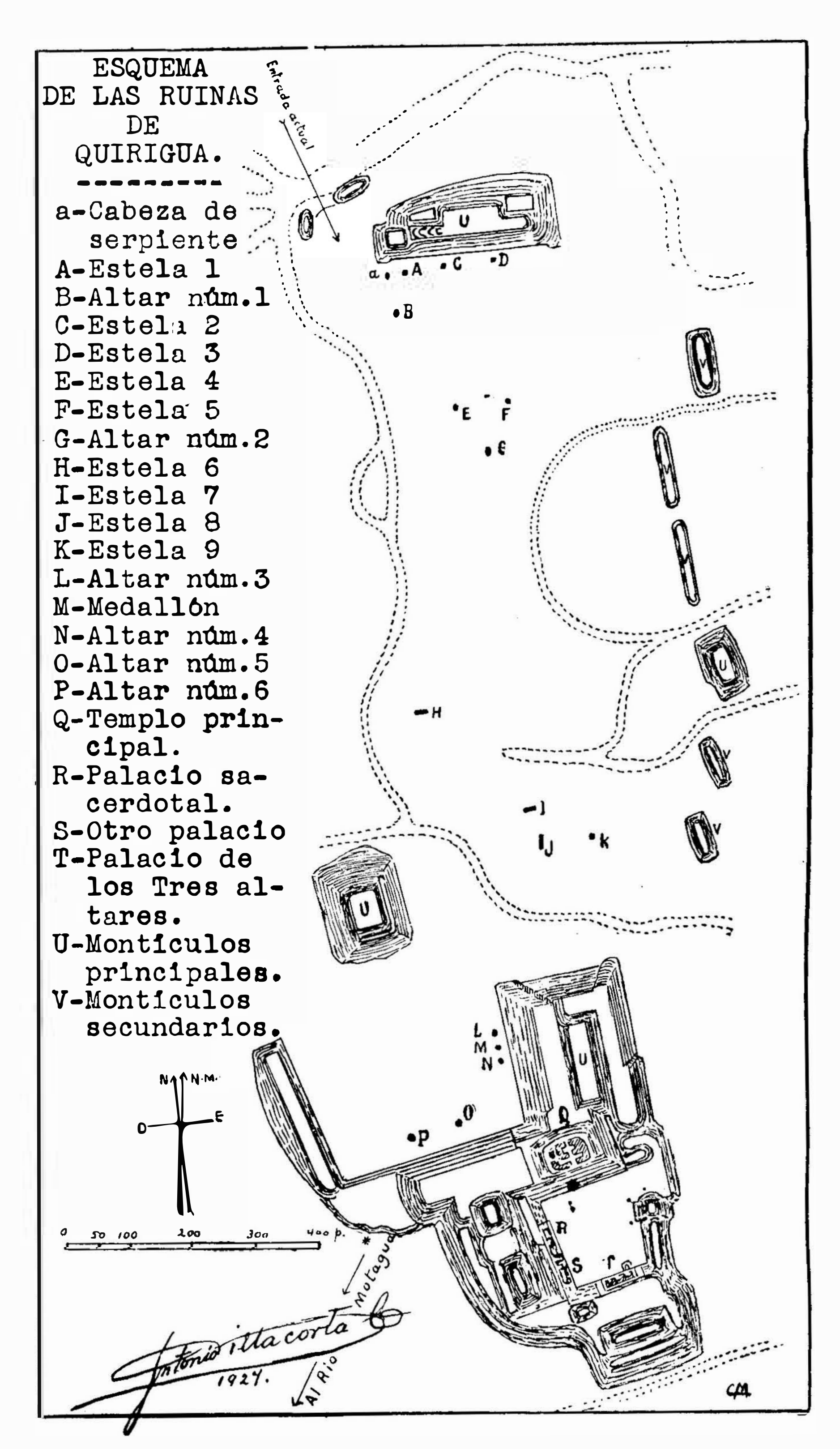
Quiriguá.—El del medio en el Templo de Tres Altares (Casas Viejas).

semejante en construcción al anterior. El el plano levantado por el señor Price se ven perfectamente los mencionados muros y la distribución de sus cimientos.

Al lado Poniente de dicha plazoleta, y sobre otro terraplén se observan las derruídas construcciones de otros edificios de la misma índole que los anteriores, formados por piedras de sillería colocadas de tal manera, que las filas superiores cubren los cabezales de las inferiores, sentadas sobre una especie de cemento. Parece que tales piedras solo revestían por el exterior los macizos muros, que tenían un alma de menudas piedrecillas ahogadas en cemento. Detrás de este edificio dos montículos dominaban el campo como atalayas de defensa. Otro montículo tenía el mismo objeto con respecto al edificio del Sur. El del Norte era a su vez defendido por una serie de terrazas que se prolon-

gaban en gran trecho hacia el Norte, formando juego con la terraza que se desprendía del extremo occidental de la escalinata, dejando entre ambos brazos una ancha plaza (en la que ahora se hallan diseminados varios de los animales monolíticos de que nos hemos ocupado) alcanzándose al frente el montículo grande que contenía en su cima el templo de *Cuculkán.*

Tal es a grandes rasgos la distribución de terraplenes, muros, estelas y animales monolíticos de las ruinas mayas de *Quiriguá,* que hace unos mil quinientos años fué urbe populosa, de vida intensa y de alta cultura, y que ahora en desoladas ruinas yace, entre la quietud de los bosques. De vez en cuando matizan el paisaje los chillantes colores de las extrañas *flores de los mayas,* que como palmas abiertas de fantásticos e invisibles sacerdotes impusieran un místico silencio.

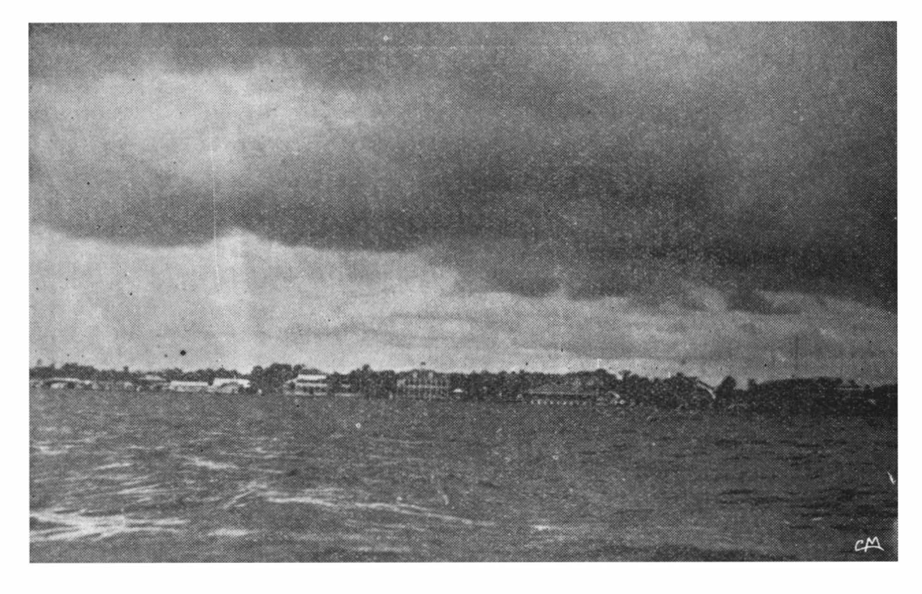

ESQUEMA
DE LAS RUINAS
DE
QUIRIGUA.
a-Cabeza de serpiente
A-Estela 1
B-Altar núm.1
C-Estela 2
D-Estela 3
E-Estela 4
F-Estela 5
G-Altar núm.2
H-Estela 6
I-Estela 7
J-Estela 8
K-Estela 9
L-Altar núm.3
M-Medallón
N-Altar núm.4
O-Altar núm.5
P-Altar núm.6
Q-Templo principal.
R-Palacio sacerdotal.
S-Otro palacio
T-Palacio de los Tres altares.
U-Montículos principales.
V-Montículos secundarios.
Entrada actual
N
N.M.
O
E
0 50 100 200 300 400 p.
Motagua
Al Rio
Antonio Villacorta
1924.

El Río Dulce

Conferencia que debía pronunciarse a bordo de "El Quetzal", por el socio activo Don DAVID E. SAPPER, el 16 de febrero de 1927.

Señores, caballeros y distinguidos colegas:

Algo difícil resulta establecer la etimología o la procedencia del nombre de "Dulce" que, desde su descubrimiento, lleva el gran río de que voy a ocuparme brevemente; pues demasiado encontradas y discordes son las versiones existentes sobre este punto de escaso interés geográfico e histórico. Sobre lo que no existe disparidad de opiniones ni dudas es que por todo concepto merece el nombre que lleva, porque, según el



FOT. CARLOS A. VILLACORTA

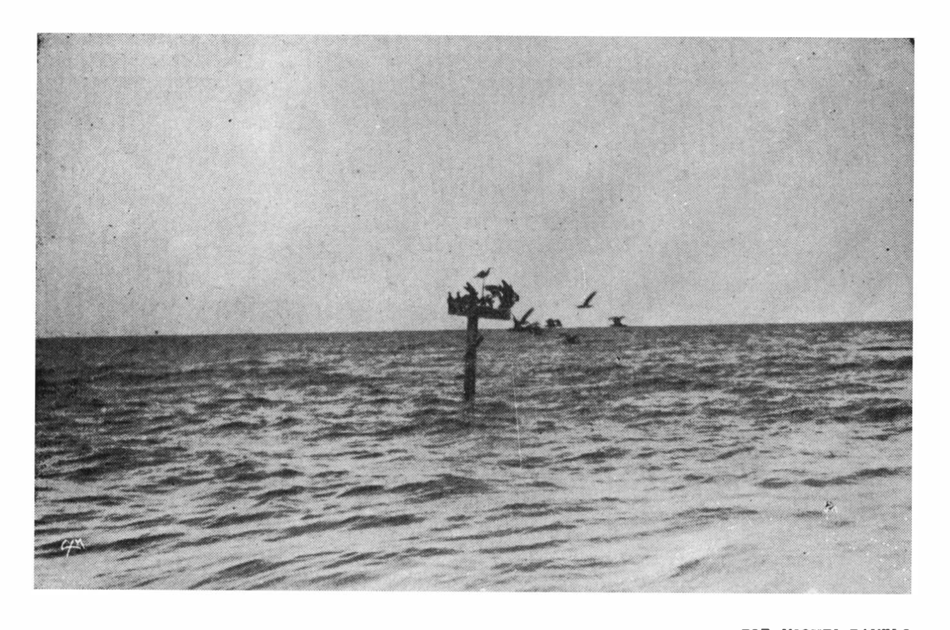
Puerto Barrios.—Visto desde el Golfo de Amatique.

corrientísimo modismo aplicado en estos países, a lo que es bello, bueno, encantador y admirable—así como a las personas que se distinguen por su gran amabilidad, extremada cortesía y excesiva finura—ese río es un verdadero ***"dulce"***.

Y realmente es un encanto tal ostentación pujante y grandiosa de la creación, allí fué por primera vez, llegando a este bello y querido país—hace ya muchos años—se me reveló la exuberante hermosura de la tierra tropical, procurándome impresiones y momentos de conmoción inolvidables. Y cuantas veces, desde entonces, he vuelto a visitar aquellas lozanas regiones, siempre experimenté el mismo entusiasmo ante la majestuosidad y la grandeza de tan soberbia naturaleza.

Cruzando desde Puerto Barrios la bahía de Amatique, a una distancia de 16 millas está Lívingston, población situada entre esbeltas palmeras y ostentosa vegetación tropical, en una colina a la orilla de la desembocadura del río Dulce en el mar Caribe. Frente a Lívingston dicha desembocadura forma una bahía abierta, sobre cuyas radiantes aguas se mecen pequeñas embarcaciones y modestas canoas, como descansando de las tareas diarias. En las riberas se desarrolla la más frondosa vegetación, cuyo matiz obscuro es alegrado en muchos puntos por el verde tono de pequeñas plantaciones bananeras.

Al entrar al cauce del río Dulce, a este aspecto risueño y alegre subentra una calmosa serenidad que no deja de impresionar profundamente al viajero. El caudaloso río, cuyas aguas verdosas y obscuras corren lenta y silenciosamente en una anchura de unos 100 metros entre



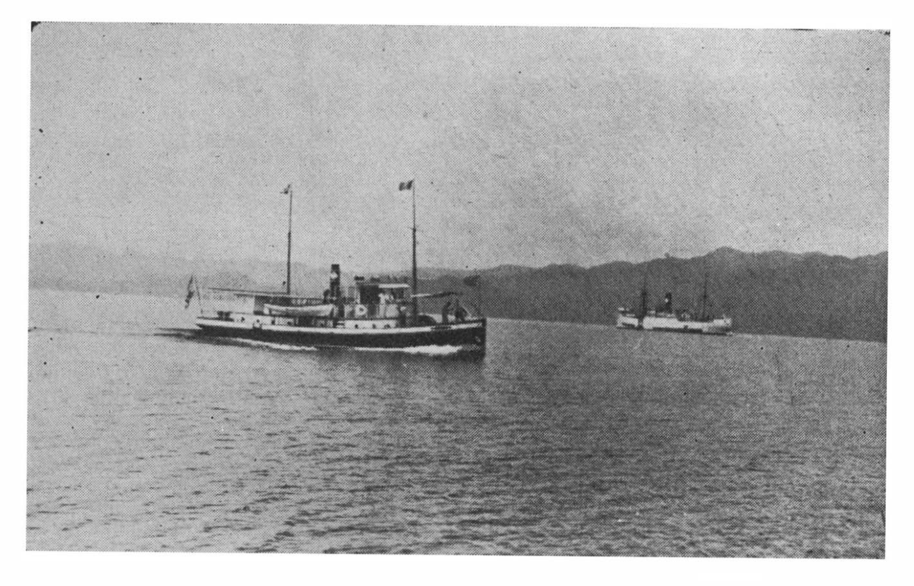
FOT. MIGUEL RAVELO

Lindísimo panorama en el Golfo de Amatique.—Océano Atlántico.

altos peñascos cortados a pico, de una altura de 50 y más metros, está flanqueado por inaccesibles bosques y selvas vírgenes. Las numerosas y bruscas vueltas y revueltas de su curso producen continuos cambios de horizontes en ese imponente panorama. Las ramas de los altos árboles seculares, cubiertas de innumerables orquídeas y otras flores tropicales de perfumes balsámicos, se extienden sobre las aguas en forma de bóveda y arcos de las más variadas y pintorescas formas. Tranquilo se desliza el paisaje en un silencio solemne y sombrío, apareciendo la naturaleza como en sueño. Graciosas y blancas garzas cruzan gentilmente de ribera a ribera y de rama en rama, y sólo de vez en cuando perturban la calma reinante ruidosas desbandadas de turbulentos pericos o cotorras y abigarradas guacamayas, o el vocerío de

atrevidos monos que se balancean en los árboles. Muy pocas chozas de indígenas se encuentran diseminadas entre la tupida vegetación en las orillas del río.

A unas 12 millas de su desembocadura el río se ensancha formando el llamado "Golfete", cuya extensión aproximada es de 3 km. de ancho por 10 kilómetros de largo, y después de cruzar unas pequeñas isletas, llamadas "de las Palomas" y de los "tres Cayos", vuelve a angostarse, teniendo entonces las orillas más bajas y menos escarpadas, pero siempre con densa vegetación en terrenos pantanosos. A las 28 millas se encuentra San Felipe, hoy modesta población de pocos ranchos, pero que en los tiempos coloniales era un célebre fuerte para la defensa contra las incursiones de los piratas, sirviendo también de presidio para los criminales. San Felipe está situado en la propia entrada al hermoso lago de Izabal, cuya superficie es de más o menos 40 millas de largo por 20 de ancho.

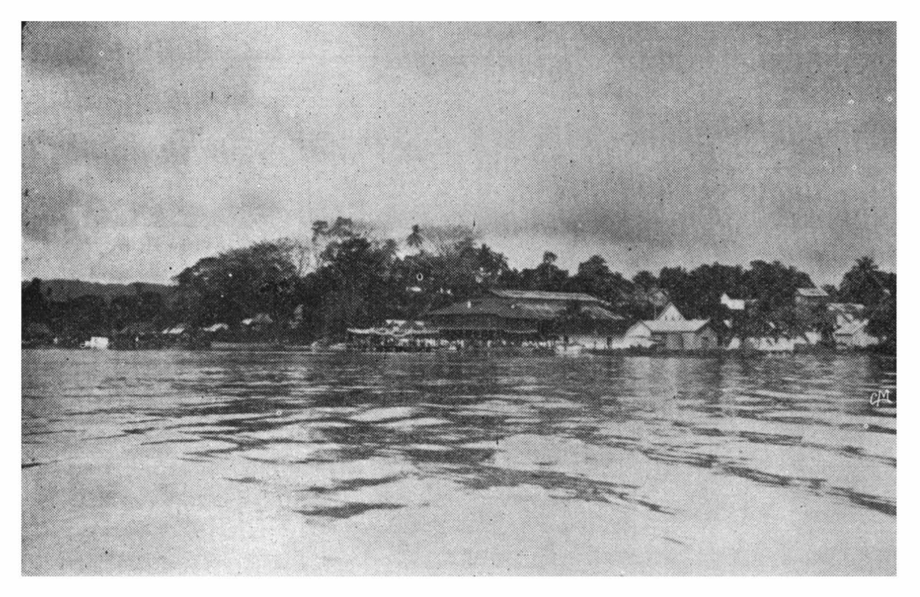


FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Navegando en el Golfo de Amatique, en dirección a Lívingston.

El gran conquistador Hernán Cortés hizo mención de esta bella laguna en sus *"Cartas y Relaciones al Emperador Carlos V"*, diciendo: *"Que era la cosa más hermosa del mundo de ver"*; y no cabe duda de que dijo la verdad. El panorama, visto en un día de sol claro es de lo más hermoso que puede jamás soñarse. Esa inmensa superficie de agua cristalina movida lentamente por suave brisa, reflejando los rayos del sol brillante y circunscrita por serranías cuyas líneas se destacan del lejano horizonte, ofrece un aspecto verdaderamente admirable. Las orillas del lago de Izabal son escasamente pobladas, y así debe haber sido también en los tiempos de la conquista y poco después, ya que el mismo Hernán Cortés hace mención de ello en su *Informe al Emperador* del 3 de septiembre de 1526.

Nuestro célebre historiador José Milla relata en su admirable *Historia de la América Central* (Capítulos VI y VII), la imponderable jornada de Hernán Cortés a Honduras; las espantosas penalidades y fatigas que sufrió esa expedición de valientes e intrépidos conquistadores hispanos, y como llegaron bastante diezmados y casi muertos de hambre a la desembocadura del río Dulce, precisamente al lugar que hoy ocupa de contado la población de Lívingston, no muy distante de Nito, entonces pequeña colonia española. Allí Cortés encontró los pocos peninsulares que formaban la colonia en condiciones deplorables, enfermos y padeciendo horriblemente de hambre, causada por graves desfallecimientos, viéndose obligado a ir en busca de provisiones para sus gentes. A este fin destacó una pequeña expedición compuesta de 7 marinos y 30 soldados españoles y 20 indios mexicanos que lo acompañaban al emprender la exploración del río Dulce. En un navío pequeño, dos



FOT. MIGUEL RAVELO

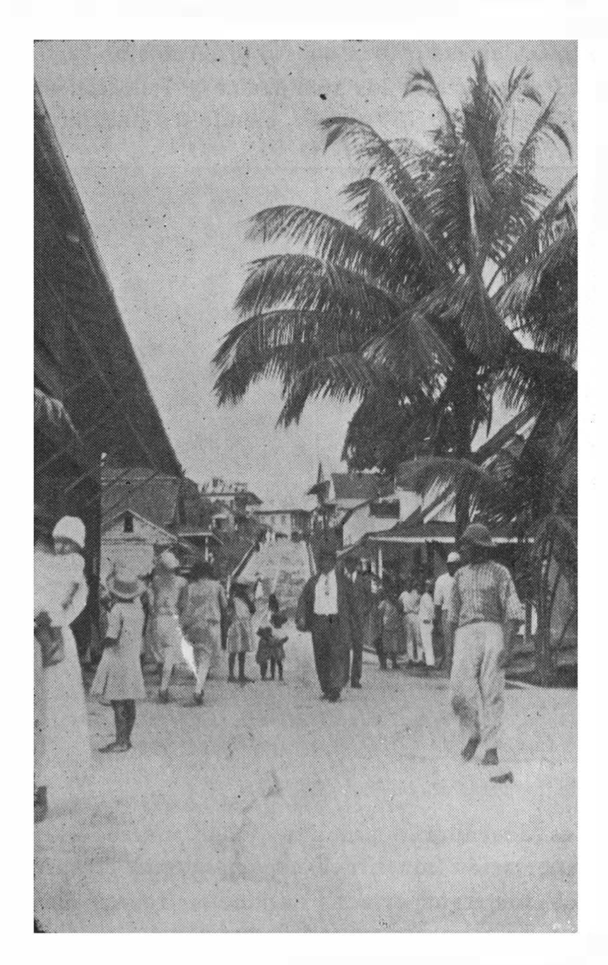
Puerto de Lívingston, en la costa del Atlántico.--Guatemala.

botes y cuatro canoas llegaron los expedicionarios a la laguna de Izabal y penetraron en el río Polochic, que es el principal afluente de dicho lago, pero no les fué posible subir más que una pequeña parte de ese río, porque tropezaron con unos raudales que les impidieron ir más lejos. Cortés resolvió desembarcar y seguir con su gente a pie por veredas indígenas en busca de víveres que—después de salvar larga y fatigosa distancia—pudo afortunadamente encontrar en unas milperías y poblados de indios.

Logrado así su objeto y habiendo instalado las provisiones conseguidas en grandes balsas, el gran Conquistador emprendió viaje de regreso por el mismo río Polochic. Navegando río abajo y creyéndose en completa seguridad, Cortés, molestado por el calor y queriendo gozar la frescura de una ligera brisa que agitaba suavemente las ramas que

sombreaban el río, se quitó el yelmo pero, en el momento de salvar una brusca vuelta, los españoles fueron improvisamente atacados por un grupo de indios que, con grandes alaridos y terribles denuestos, desde las alturas de las peñascosas riberas, arrojaron una lluvia de flechas y piedras sobre los extranjeros, resultando el célebre Capitán herido en la cabeza.

Actualmente, existen en las orillas del lago de Izabal solo algunas pequeñas poblaciones, siendo en la parte Norte de alguna importancia la de "El Estor", aldea de unos 80 a 100 habitantes, y en el Sur la villa de Izabal, que ha dado el nombre a todo el departamento. Años atrás dicha población tenía alguna importancia, por ser la cabecera del departamento y el punto de entrada para Guatemala por el lado del Atlántico.



FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Una calle en Puerto Lívingston.—Guatemala.

Pero, desde la conclusión del Ferrocarril al Norte, habiéndose convertido Puerto Barrios en punto terminal de esta línea férrea en el Atlántico, Izabal ha perdido todo tráfico e importancia. En consecuencia, sus habitantes abandonaron el lugar y ahora, la antes floreciente cabecera departamental se reduce a un villorio de pocas casas o ranchos con muy escasa población.

El río Dulce, como el Polochic, hasta el puerto fluvial de Panzós, es la vía de comunicación más fácil y segura entre el litoral y las fértiles regiones de la Alta Verapaz. Siempre suficientemente caudaloso y de corriente bastante pronunciada, este río resiente hasta el lago de Izabal los efectos de las mareas hasta el extremo de que, en las orillas del Atlántico, a la altura de Lívingston, su barra es bastante dificultosa, y franqueable solamente durante la alta marea para embarcaciones de pequeño calado. La navegación del río Dulce no ofrece mayores difi-

cultades ni obstrucciones y también la travesía del lago de Izabal puede considerarse regularmente segura y fácil durante las horas de la mañana; pero con cierta precisión después del medio día se levantan fuertes brisas, y aunque sus efectos son agradables y refrescantes reduciendo el calor abrasador reinante, producen siempre un pronunciado oleaje en la abierta superficie del lago, resultando dificultosa su navegación hasta provocar serios peligros, especialmente cuando se desencadenan los vientos Norte, causantes de violentas tempestades que ponen en gran peligro las embarcaciones. Se han registrado ya varios naufragios y pérdidas de barcos menores, al ser éstas sorprendidas por alguna de esas tempestades y no poder refugiarse a tiempo en lugar seguro, como por ejemplo, las ensenadas existentes en las orillas del río y del mismo lago.

Actualmente, el tráfico regular por los ríos Dulce y Polochic es practicado por la *Compañía del Ferrocarril Verapaz,* siendo los pasajeros

FOT. CARLOS A VILLACORTA

Entrada al río Dulce, costa del Atlántico.—Guatemala.

conducidos en embarcaciones de vapor o gasolina, y las mercaderías —que, como producto de exportación constituye especialmente el café producido en la Alta Verapaz—son transportadas en lanchas remolcadas por vaporcitos. Adaptándose a la poca profundidad del río Polochic estos botes y lanchas no calan más de 2 o 3 pies. De Panzós hasta Pancajché el tráfico es efectuado por la línea del Ferrocarril Verapaz que hoy tiene una extensión de 28 millas; pero la compañía ha llevado ya a cabo los estudios necesarios y pronto procederá a extender su línea 8 millas más hasta llegar al río Cahabón, salvando así una parte muy molesta de los malos pasos del río Polochic que son de difícil navegación en la estación veraniega por su bajo nivel de agua. De Pancajché hasta Cobán, cabecera del departamento de la Alta Verapaz, se está actualmente construyendo una magnífica carretera de unos 80 kiló-

metros de largo, que una vez terminada será una de las mejores obras camineras de la República. Desgraciadamente, la producción de la Alta Verapaz aumenta con demasiada lentitud, limitándose la cantidad de café producido anualmente en todo ese departamento a unos 70 u 80 mil quintales, y calculando la importación en igual cifra, dificultosamente pueden sostenerse los gastos que demandan: una carretera de 80 kilómetros, 36 millas de ferrocarril y 95 millas de navegación fluvial.

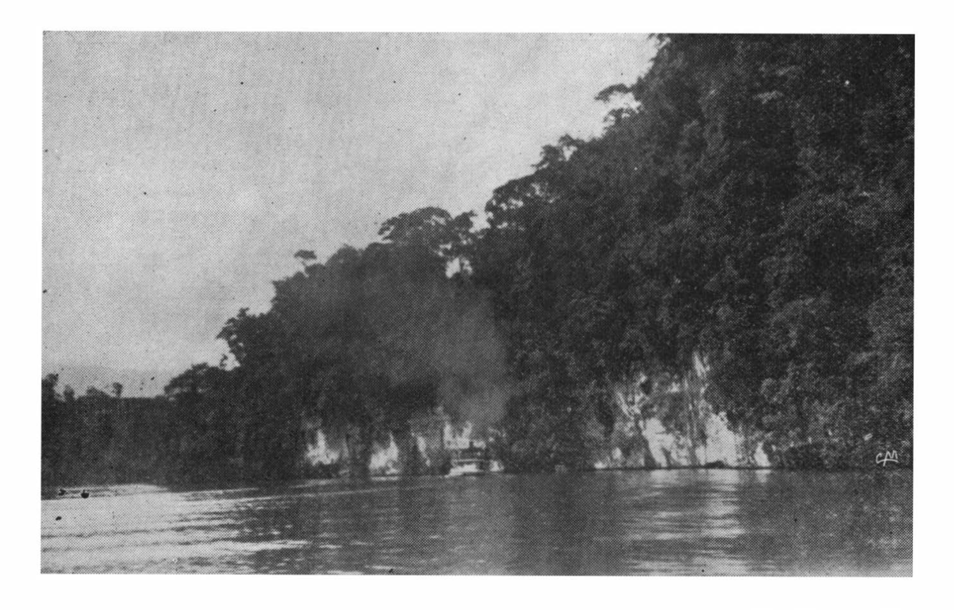
En varias ocasiones se ha discutido el arduo problema que ofrece la navegación del río Dulce, estudiándose la posibilidad de dragar su barra y canalizar sus puntos más accidentados; pero esto no pasó del estado de proyecto, pues no tardóse en ver que las dificultades materiales existentes no consienten obras de tal magnitud. La *Sociedad de Geografía e Historia* ya tiene conocimiento de un proyecto que fué estudiado por una comisión de ingenieros nombrada por el insigne prócer Doctor Mariano Gálvez. El relativo informe es muy interesante y si bien no

Bellísimo panorama en el Río Dulce.—Guatemala. FOT. MIGUEL RAVELO

niega la factibilidad del dragado de la barra, no deja de consignar el costo excesivamente crecido de tal obra. Se desprende de ese informe que en aquel entonces la barra era mucho menos alta que en la actualidad, habiendo agravado su obstrucción en el curso de los años las enormes cantidades de arenas y residuos de toda clase arrastrados constantemente por el río, particularmente en la estación lluviosa. Ahora sería una empresa mucho más seria y de gastos infinitamente más fuertes dragar y canalizar esa barra, abriendo paso a embarcaciones de regular calado. Y tales gastos nunca serían proporcionados al posible rendimiento práctico, ya que el modesto tráfico existente produce tan poco que de ninguna manera resistiría gravámenes especiales; no siendo tampoco probable que llegue a desarrollarse considerablemente en un futuro más o menos cercano.

Empero, otro natural e invencible obstáculo ofrece la navegación del río Dulce a embarcaciones de mayor porte: la especial estructura del mismo río, cuyas muchas vueltas y revueltas son excesivamente cortas y angulosas, imposibilitando toda maniobra segura a los barcos que excedan de reducida longitud, siendo en consecuencia accesible solamente a los de pequeño tonelaje.

Las condiciones climatéricas y la gran despoblación de aquellas regiones no consienten acariciar ideas de colonización y explotación comercial en gran escala. No existen por allá pueblos de importancia ni caminos, y para los pocos habitantes de esa zona la única vía de comunicación conocida es el mismo río. La comarca ribereña produce poco o casi nada, y la pesca es insignificante, aunque podría fácilmente desarrollarse y dar excelentes rendimientos porque en el río Dulce y en sus afluentes abundan muchos pescados, tortugas y caimanes. El lago de



FOT. MIGUEL RAVELO

"Peña Pintada". Riberas del río Dulce —Guatemala.

Izabal es uno de los pocos lugares del mundo donde se encuentra todavía el manatí (vaca marina). También la caza sería susceptible de fructuosa explotación porque en ese territorio hay abundancia de toda clase de animales silvestres como: tigres, dantas, leones, tepescuintles, pavos, paujiles, etc., etc.; pero los escasos habitantes no se ocupan de tales riquezas y los extraños no pueden aprovecharlas por falta de brazos.

Atengámonos, pues, a lo razonable y no acariciemos sueños hermosos y seductores para el amor propio nacional, pero completamente quiméricos. Transcurrirán seguramente muchos años antes de que la navegabilidad del río Dulce pueda dar mayores resultados prácticos y beneficiosos. Por ahora, lo más natural es limitar las aspiraciones al incremento del tráfico existente, mediante el mayor desarrollo de la Alta

Verapaz, terminando los caminos comenzados y construyendo otros que enlacen entre sí, y comuniquen fácilmente con el río, los centros de producción y de comercio de aquel territorio tan interesante y aún mal conocido.

Otra comunicación fluvial que desde la época colonial ya interesaba a los españoles como medio de fácil tráfico de la costa atlántica a esta capital, es el río Motagua. La misma comisión de ingenieros que por encargo del Doctor Gálvez estudió la navegabilidad del río Dulce, hizo también estudios referentes al río Motagua.

Actualmente, este río no presenta ya el mismo aspecto de aquel entonces, y solamente en la parte baja conservan sus riberas la primitiva vegetación tropical; pero su curso es por terrenos planos y pantanosos, de manera que su panorama nunca ofrece la majestuosidad y grandeza natural de la entrada al río Dulce. Una gran barra en su desembocadura

FOT. CARLOS A. VILLACORTA

Cayo "Palomas" en el río Dulce. –Guatemala.

al Atlántico imposibilita igualmente la entrada a embarcaciones de regular calado, y todo el cauce del Motagua es mucho menos caudaloso, que el del río Dulce. Sin embargo, más al interior, sus márgenes se encuentran ahora desmontadas y sembradas de bananales, lo que, si bien indica progreso comercial y desarrollo agrícola, en cambio despoja la naturaleza de su virginal hermosura y primitiva grandeza.

Al leer las *Gazetas de Guatemala* del año 1800 puede verse que ya en aquel tiempo los habitantes de este país se interesaban mucho por aprovechar la ruta fluvial del Motagua para transportar sus productos exportables—particularmente el añil que venía de El Salvador pasando por Guatemala, Zacapa y Gualán con dirección al puerto de Omoa, donde era embarcado para España. El redactor de la *Gazeta,* durante los meses de mayo a agosto de 1800, realizó una intensa propaganda tendiente a

utilizar el Motagua como medio de transporte, porque era muy penoso, difícil y hasta peligroso el viaje de los productos de exportación a lomo de mula por pésimos caminos, sufriendo mil dificultades por los climas malsanos de los lugares por que tenían que pasar los arrieros con sus patachos haciendo jornadas que no pasaban de tres leguas por día, siendo muchas veces asaltados por malhechores, para quienes esa preciosa carga era un magnífico atractivo. Al recomendar el aprovechamiento del transporte fluvial hiciéronse cálculos halagadores que prometían un gran abaratamiento del añil por el ahorro de tiempo y los menores gastos y riesgos. La *Gazeta* número 155 del 5 de mayo de 1800 relata que un atrevido marinero procedente de Cádiz (el piloto Manuel Remacha) efectuó por primera vez en aquel mismo año la navegación del Motagua, subiendo en una piragua este río hasta Gualán con un cargamento de 600 botijas de aceite. El mismo Remacha realizó por segunda vez igual viaje, ignorándose, empero, cuánto tiempo tardó en llevar a cabo tales travesías que no dejaron de constituír muy audaces hazañas. Por lo regular el nivel del río Motagua es bastante bajo, y actualmente no sería posible establecer en él un tráfico normal. El dragado de su barra y la canalización de sus puntos raudalosos ocasionarían seguramente iguales, o mayores gastos que las mismas obras en el río Dulce.

También se sabe por el informe de los ingenieros escogidos por el Doctor Gálvez que existía un proyecto referente a la apertura de un canal comunicando el río Motagua con el puerto de Santo Tomás, situado en la misma bahía de Puerto Barrios. No cabe duda que Santo Tomás, como puerto, ofrece más ventajas y mayores facilidades que Omoa, tanto por su situación bien abrigada en la bahía como por sus aguas tranquilas y profundas; pero todos esos proyectos ya no pueden interesar, habiéndolos resuelto mucho más brillantemente la terminación del Ferrocarril al Norte, de Guatemala a Puerto Barrios.

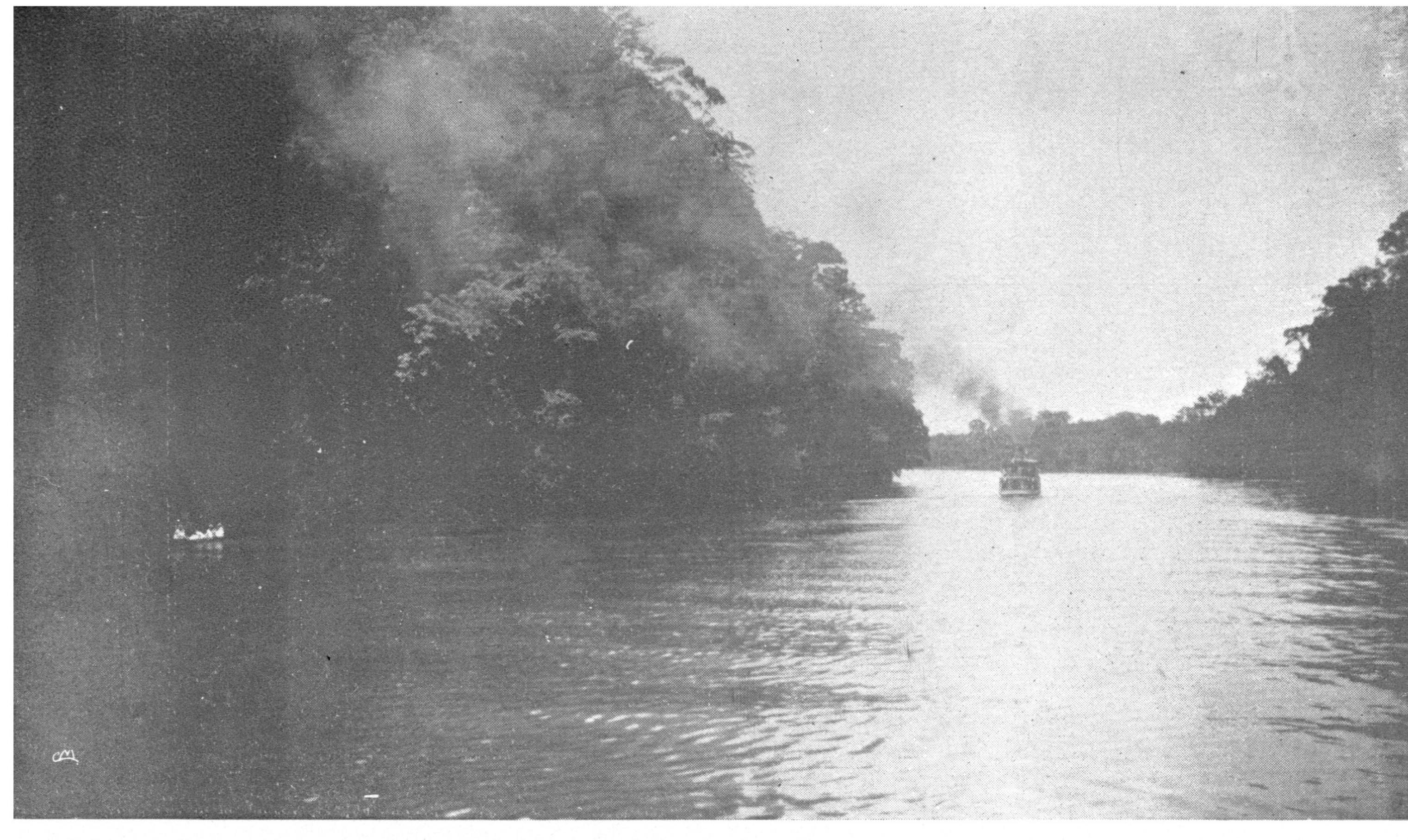
LA EXTRAÑA FLOR DE LOS MAYAS

(Heliconia mayensis)

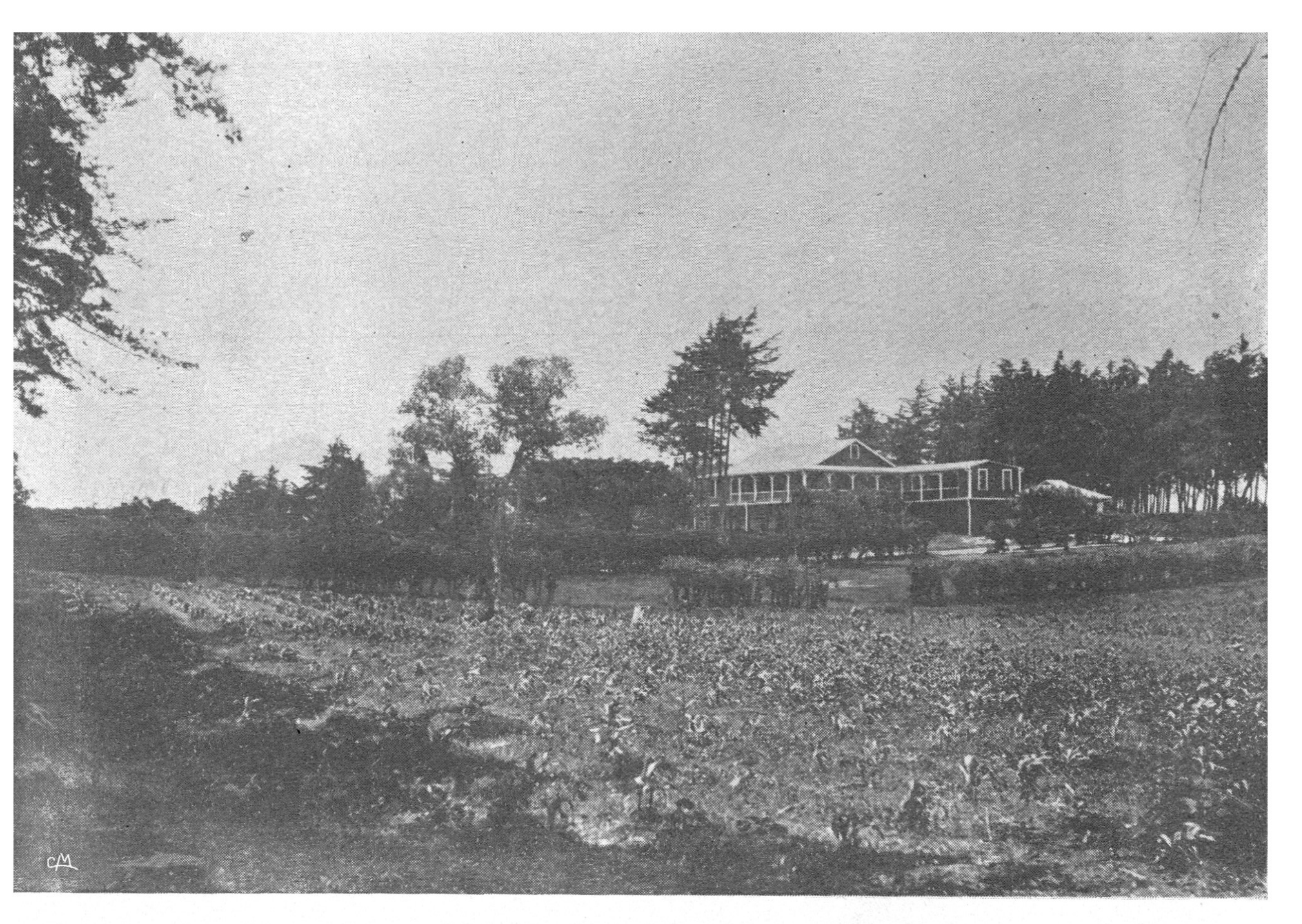
Clase: Monocotiledónea. Orden: Iridinea. Familia: Escitaminácea. Tribu: Músea. Género: Heliconia.

Planta herbácea americana propia de los climas tropicales; vive en lugares pantanosos. El tallo simple, lleva grandes hojas envainadoras de limbo ancho y penninervio largamente peciolado. Las flores se agrupan en espigas terminales dísticas, que forman cimas uníparas helicoideas. En la región de Quiriguá las hemos visto florecer en febrero y marzo, y las extrañas espigas matizadas de rojo, verde y amarillo, dan un tinte especial a los monumentos arqueológicos de aquel sitio, en donde perduran como el alma de la raza que otrora los poblara.

Nosotros la llamamos simplemente FLOR DE LOS MAYAS.



Paisajes Guatemaltecos.—El Río Dulce, en el departamento de Izabal.



Finca "La Alameda", departamento de Chimaltenango.

RUINAS DEL CERRO DEL CARMEN

Tomada desde el Potrero de Corona, por Agustín Iriarte.—(Del natural).

El Castillo de San Felipe

Conferencia que debía pronunciarse en las ruinas del Fuerte español, por el socio activo General PEDRO ZAMORA CASTELLANOS, el 16 de febrero de 1927.

Hemos llegado hasta aquí, señoras y señores, ante estas ruinas que nos recuerdan épocas pretéritas, después de recorrer esos bellísimos paisajes donde, a la verdad, no sabemos qué admirar más: si las rocas que parece hubiesen sido cortadas a tajo por el hacha del dios Cabrakán y los bosques centenarios donde modulan sus arpegios multitud de aves de riquísimos plumajes, o esos cuadros donde se muestran todas las tonalidades, desde las irisaciones de las aguas donde se posan bandadas de garzas blancas y morenas y donde el saurio sumérjese en las linfas cuando el cayuco del pescador se aproxima a la ribera, hasta la diafanidad del cielo, de ese hermoso cielo de nuestra patria.

Aquí, donde la naturaleza muestra toda su magnificencia, también es sitio donde la leyenda y la tradición desfilan sus siluetas a través de los siglos; pero respecto a mí, únicamente restringiré esta conferencia al campo pródigo de la Historia.

Cuando nuestros ojos han visto en esta excursión todo el paisaje que hemos dejado atrás, hemos pensado la razón que tuvo el célebre explorador Humboldt, quien después de recorrer todo el Continente, dijo que en Guatemala había encontrado el más bello de los ríos de América: el río Dulce.

De idéntica manera se han expresado otros viajeros y entre ellos, don Julio Rossignon que tan grata memoria dejara en el país por los beneficios que hiciera a la Agricultura, manifestó que nunca se borraría de su mente la admiración que le causó por vez primera la costa del Atlántico por Santo Tomás e Izabal, que nunca olvidaría esa sensación indefinible de placer desconocido, mezclado de no pudo explicar qué inquietud, que le procuró su primera peregrinación al través de la montaña virgen y al penetrar en el río Dulce.

"Allá, pensaba, donde la vida y la vegetación más abundante y espléndida, se derraman por doquiera y no se percibe el más pequeño espacio desprovisto de plantas. Donde a lo largo de todos los troncos de árboles, hasta en los peñascos del río se ven florecer, trepar, enredarse, enroscarse, descolgarse las granadillas, los caladiums, los pimientos (piperáceas), las aristoloquias, las vainillas y otras mil orquídeas. Algunos de estos tallos gigantescos, cargados de flores, parecen de lejos de un color blanco, amarillo obscuro, rojo vivo, rosado, morado, azul del cielo. En los puntos pantanosos, en la orilla del río, en las islas del pintoresco Golfete, lo mismo que en las quebradas y ciénagas de Santo Tomás, Panzós y Telemán, se elevan por grupos apretados sobre largos pecíolos las grandes y hermosas hojas elípticas de las heliconias (bihau)

que tienen a veces de diez a doce pies de altura y se hallan adornadas con extrañas flores, de color rojo obscuro y de fuego. Unos tallos enormes de bromelia con flores de espigas, cubren los árboles hasta que mueren, después de muchos años de existencia, y arrastrados de raíces por el viento, caen al suelo con estrepitoso ruido. Millares de plantas de enredo, de todas dimensiones, desde las más delgadas hasta la del grueso de la pierna de un hombre y cuya madera es dura y compacta, se entrelazan alrededor de los árboles, trepan hasta sus cimas donde florecen y dan frutos, sin que ojos humanos puedan alcanzar a verlos. Algunos vegetales tienen forma tan singular que no pueden ser vistos sin asombro. Empero, nada es tan majestuoso como esa multitud de altas palmeras cuyo follaje espeso y graciosamente inclinado hacia el suelo, forman bóveda do un verde obscuro donde apenas penetra la luz difusa del sol".

Algunos de esos paisajes, de esos encantadores cuadros de la naturaleza, hemos contemplado en esta excursión que, en buena hora organizara la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, y hemos llegado hasta tocar esos vetustos muros que se alzan sobre esta pintoresca playa, digna, no de la prosa, sino del pincel y del poema.

Nuestras embarcaciones han pasado sobre las aguas, donde, hace muchos siglos, surcaron también las naves de dos intrépidos capitanes españoles: Gil González Dávila y el célebre Conquistador de México, Hernán Cortés.

¡Salve, sombras augustas de aquellos aventureros que, en medio de estos paisajes, burlando los peligros, recorrieron, en nombre de su rey tras las riquezas y las glorias para su patria! ¿Acaso no os los imagináis con sus férreas armaduras, a bordo de sus naves, haciendo tremolar, en la prora, el estandarte de amaranto y gualda de la madre España?

Pero permitidme, que entre aquellos bizarros guerreros, evoque en esta oportunidad el nombre del Soldado Historiador, Bernal Díaz del Castillo, que en 1525, formaba también en las filas del ejército expedicionario de Cortés, siendo modelo de actividad y de valor.

Gil González fué sin duda, el descubridor de este bello rincón de América.

Aquel hidalgo de Avila, que fué criado del Obispo de Fonseca, Presidente del Consejo de Indias, que ostentó más tarde la Cruz de Caballero de Santiago, fué uno de los más intrépidos conquistadores de América, demostrando sus capacidades en el Darién, en Costa Rica, y en Nicaragua. En 1524, Gil González, salió de Santo Domingo, y habiendo llegado al frente de la costa de Honduras, echó al mar los caballos que se le habían muerto en la travesía, y de aquí, como lo sabéis vosotros, se derivó el nombre de Puerto Caballos que conservó mucho tiempo Puerto Cortés. Y recorriendo frente a la misma costa, sabido es que llegó a la punta de Manabique, punta que hemos divisado al doblar en nuestra excursión las de Palma y Manglares, antes de llegar a Lívingston, fundando en la de Manabique la población de San Gil de Buena Vista, cuya existencia fué corta, quedando únicamente el nombre de San Gil al cerro que tenemos a nuestro Oriente, entre este lago y Puerto Barrios.

Gil González, tratando de descubrir el estrecho que se suponía unir al mar Atlántico con el del Sur, ha de haber penetrado por río Dulce, pues no lejos de su desembocadura, al siguiente año, el Conquistador de México encontró una nave varada que había pertenecido a aquél.

Respeto a Cortés, no os cansaré con el relato de aquella épica marcha que llevara a cabo a través de las vírgenes selvas del Petén, cuando, noticioso, de que su Teniente Cristóbal de Olid lo traicionaba en la conquista de Honduras, había decidido castigarle por si mismo. Pero Olid había muerto asesinado por Gil González y Francisco las Casas en la población del Naco, viniendo en consecuencia, un puñado de españoles a poblar las márgenes del Golfete, fundando Nito—en la margen derecha—gobernando allí Antonio Nieto.

Esta población, cuando llegó Cortés apenas constaba de sesenta hombres y veinte mujeres, en situación harto triste, vestidos de harapos, con hambre y enfermos.

Frente a los muros y puerta de entrada al Castillo de San Felipe.

Seis soldados y dos indios guías, al mando de Gonzalo de Sandoval, fueron los primeros que llegaron a las inmediaciones del río Sarstum, sobre el mar, y allí se apoderaron, favorecidos por las sombras de la noche, de la canoa de unos mercaderes indios, y embarcados en ella, nevegaron hacia el Oriente frente a la costa, logrando apersonarse de cuatro vecinos de Nito que cortaban frutas en el sitio donde hoy se encuentra Lívingston. Mientras tanto, un soldado llamado Alonso Ortiz, había contramarchado para dar cuenta a Cortés de la proximidad de la primera población española y de lo que se sabía respecto a Olid.

Los habitantes de Nito, en medio de su angustia, han de haberse regocijado al saber que llegaba hasta ellos el gran Conquistador de México, y éste únicamente ha de haber pensado en salvar a aquellos pobres para quienes la suerte había sido adversa.

Pidió a Nieto que le proporcionara embarcaciones para llegar a Nito, ordenó que los caballos pasaran a nado, y empleando en este trabajo cuatro días, llegó a ver a los moradores del Golfete, disponiendo en seguida que el Capitán Luis Marín con 80 soldados, entre los que se contaba Bernal Díaz, recorrieran la costa en busca de víveres. Estos soldados se alejaron hasta ocho leguas, y así obtuvieron lo que necesitaban, fuera de que el mismo Cortés, compró al fiado una cantidad de provisiones de un barco que por casualidad se había aventurado por aquellos sitios, con procedencia de Cuba.

En seguida, aderezando el barco que Gil González había dejado en la costa, varado, así como otras embarcaciones de menor calado, con el objeto de buscar más provisiones; pero sin duda con la misma idea de buscar el estrecho que comunicara a los dos océanos, que era el pensamiento de Carlos V, fué aguas arriba, rodeó el lago de Izabal, sin encontrar población alguna; dejó sus embarcaciones, y por las márgenes del río Polochic subió hasta donde pudo. Continuó la marcha a pie, logrando sorprender y atacar dos pueblos indios, Cinacantlán y Teocintle, que se encontraban por cierto en bulliciosa fiesta, tomándoles las provisiones que encontró al desalojarlos, reanudando la marcha a través de aquella topografía accidentada y feraz. Pasó a continuación un río profundo y precipitado, y después de andar veinte leguas más allá de donde había dejado sus embarcaciones, encontró una población que se hallaba desierta, con una plaza espaciosa, donde vió templos y edificios que le inspiraron sospechas, y que más de una vez me ha hecho pensar en las ruinas de Quiriguá, que tan doctamente describiera ayer el señor Licenciado don J. Antonio Villacorta, alma y actividad de esta excursión.

Cortés se retiró pronto de aquel lugar, tuvo que sostener más adelante, en su retirada algunos ataques nocturnos con los indios, sufriendo la peor parte el mismo Cortés por haber sido herido con un guijarro, en la cabeza, llegando a Nito después de veintiséis días de ausencia.

Trasladados a Honduras los habitantes de esta población, terminó allá su misión el Conquistador de México.

Estos sitios quedaron entonces desiertos. Alguna que otra cabaña de indios, se veían entonces; pero no donde hoy se ven las chozas de los pescadores, sino en apartados sitios. La vegetación continuó desarrollándose exuberante, sin que población de importancia se viera en las inmediaciones del río, del Golfete y del lago.

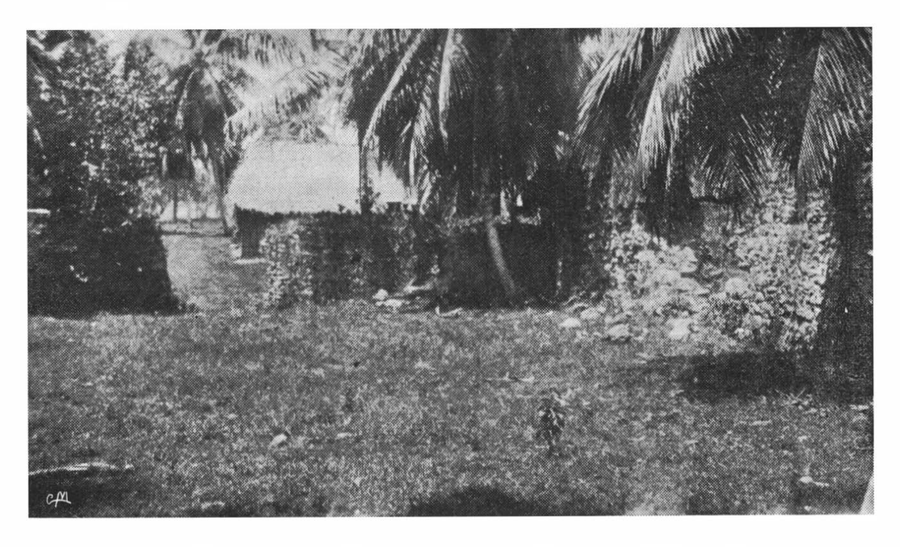
Hasta el año 1544, varios habitantes de Yucatán y Cozumel, vinieron a poblar, cuatro leguas arriba del lago, sobre el Polochic, una villa que llamaron Nueva Sevilla; pero, como las de San Gil y Nito, también desapareció, no sólo por el clima, sino por la falta de vías de comunicación, pues para llegar a la capital del Reino de Guatemala, había que ir primero a Yucatán, y luego por tierra por Mérida, Campeche, Tabasco y Ciudad Real.

No ha de haber faltado alguien, que encantado de estos paisajes y de la vida tranquila, hubiese quedado por estos sitios, pues en el siglo XVI llegaban mercaderías a este lago que llamaban Golfo Dulce, y que

procedentes de Puerto Caballos eran llevadas a Guatemala con hartas dificultades a través de las selvas, lo que dió origen para que se discutiera en el Cabildo de aquella ciudad la necesidad de abrir un camino de herradura del lago para Guatemala.

Golfo Dulce comenzó por ser una lonja, lugar donde se reunían mercaderes y comerciantes para hacer tratos. Las aguas eran poco profundas, como lo son hoy, para embarcaciones de poco calado, y tan se descuidaban las mercaderías que en 1586, un solo hombre en su embarcación, robó el dinero del Rey, procedente del almojarifazgo, tomando el vino y los comestibles necesarios para el viaje.

De aquí la idea de defender la entrada del lago; idea que más tarde, el 15 de marzo de 1603, se discutió en el Cabildo de Guatemala; pero con la condición de establecer en las orillas del lago una bodega y buscar en las inmediaciones un puerto seguro, abrigado y con suficiente profundidad para embarcaciones mayores.



Muros del antiguo Castillo de San Felipe. - En el fondo se divisa el bellísimo lago de Izabal.

Un piloto, llamado Francisco Navarro, informó que no muy lejos se encontraba una bahía con tales condiciones, que es la que llamamos actualmente de Puerto Barrios, y fueron comisionados el Alcalde 1º don Esteban Alvarado y el Regidor don Carlos Vásquez de Coronado para elegir el puerto, descubriendo así, el 7 de marzo de 1604, el que llamaron "Santo Tomás de Castilla", en honor al santo del día y del Capitán General don Alonso Criado de Castilla.

Esa población la habéis divisado muchos de vosotros desde el muelle de Puerto Barrios, sitio aquel, lleno de encantos por su bien trazada población y por sus cercas de olorosos jazmines.

Diré, pues, que el entusiasmo cundió entonces en el comercio de Guatemala.

Se propuso, que en vez de que las naves españolas fueran hasta Nombre de Dios y Panamá, tocaran Santo Tomás, para atrevesar el territorio centroamericano, llevando las mercaderías al Golfo de Fonseca, considerando que la distancia por recorrer sería de unas sesenta leguas, distancia que disminuiría por los numerosos ríos navegables. Pero esto no se llevó a cabo.

Por aquella época, y desde hacía un cuarto de siglo, el terrible y célebre Drake había iniciado sus correrías en el mar, y los piratas se habían multiplicado y el comercio sufría considerablemente.

Dos años después de descubierto Santo Tomás, una partida de aquellos piratas, a bordo de dos naves y cuatro lanchas, lo saquearon, llevándose todo lo que pudieron por el Canal que, desde entonces, se llama de los Ingleses. Y al siguiente año, cuando más tranquilos se encontraban los moradores de Santo Tomás, un día vieron surgir, sobre las tranquilas olas de la bahía, una embarcación pirata, luego otra, y otra y otra, como si hubiesen sido abortadas del fondo del mar.

Eran ocho embarcaciones holandesas, que, según se supo más tarde, pertenecían al Conde Mauricio de Nassau, hijo de Guillermo el Taciturno, y que a la sazón hostilizaba a los españoles en sus posesiones de América.

Ya podéis considerar, señores, el terror que se apoderó de aquellos habitantes de Santo Tomás que no sabían buscar más consuelo que en la oración, y, sin embargo, al toque del tambor de guerra, treinta y cinco o cuarenta hombres acudieron a las armas. Se situaron éstos sobre una roca que aún se ve a la entrada del puerto, al lado derecho, iniciando, desde allí, la defensa de la población. Niños y mujeres abandonaron sus hogares, mientras los holandeses entraban a saquear, hasta que los defensores lograron sacarlos al echarles a pique una embarcación.

Como estos ataques se hicieron muy frecuentemente, necesario se hizo no dejar las mercaderías en el puerto, trayéndolas al lago, dando vuelta con ellas, a bordo de pequeñas barcas, por Punta de Palma y la de Manglares. Pero también, estas barcas eran perseguidas por el mar, disponiendo en este caso abrir un camino por Rancho Quemado, o mejor una vía directa a la capital. Dispuesto esto en 1608, no se llevó a cabo, porque como se dispuso hacerla con la sisa del vino, que era renta del Cabildo de Guatemala, este se opuso.

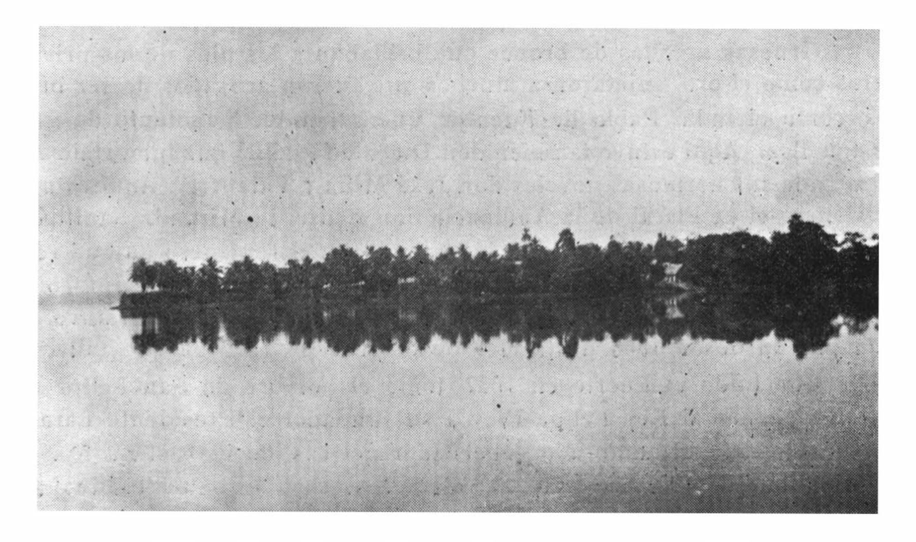
Siguieron, pues las pérdidas del comercio que no se atrevía a importar grandes cantidades, por lo que, como se observará en los datos estadísticos el valor de la importación no era ni la cuarta parte de lo que se había hecho veinticinco años antes.

Los piratas, no encontrando seria oposición, siguieron en sus depredaciones ocupando el núcleo principal, Santo Domingo, y se llamó a estos *bucaneros,* porque, como en aquella isla había muchos toros salvajes que cazaban, secando la carne y ahumándola, el lugar donde hacían esta operación lo llamaban *boucan* y el acto de secar la carne lo llamaban *boucanier,* derivándose así la palabra bucanero.

Pero el mal fué cundiendo. Los bucaneros no sólo perseguían a las embarcaciones nacionales en el mar; iban tras las recuas de mulos, a través de las montañas, saqueando las pequeñas poblaciones que encontraban, y cargando sus barcas con todo lo que podían.

Aquí mismo, en una sola entrada asesinaron a tres españoles; robaban hasta mujeres y en tanto, el señor Alcalde Mayor de Santo Tomás, apenas si contaba con doce mosquetes en mal estado.

Necesario fué pensar en la seguridad del comercio, y así se dispuso levantar, allá, al frente de este fuerte, un atrincheramiento que llamaron de Bustamante, por haber sido construído por el Ingeniero don José de aquel apellido. Aquella construcción, consistía en una larga trinchera de 170 pasos de desarrollo; carecía de cañones, y los mosquetes no podían impedir el paso de los bucaneros que se veían en sus lanchas a cierta



Lago de Izabal.—Punta donde existen los muros del fuerte de San Felipe.

distancia, pues, como lo veis, dado el poco alcance de aquellas armas y la anchura de esta corriente, en esas condiciones, la defensa se hacía imposible.

Con razón, en 1644, una embarcación holandesa, habiendo quedado varada allí, en la entrada del lago, no pudiendo hacer uso de sus piezas, las echaron al agua, y allí han de hallarse, pues habiéndose sepultado bajo las olas, nunca pudieron encontrarse.

El Presidente don Diego de Avendaño, en vista de ésto, ordenó que para la defensa del reducto fueran reclutados dos mil indios flecheros de la Verapaz, fuera de los hombres que pudiera alistar el Alcalde Mayor de Amatique.

El daño que causaba el enemigo, no estaba de consiguiente evitado. Muchos negociantes preferían el largo rodeo hasta Veracruz, adoptando también frecuentemente la vía de Nicaragua, por el lago de Granada y el río de San Juan, para enviar los efectos a Cartagena de Indias.

El mismo Presidente comisionó al Ingeniero Bustamante, en 1646, para fortificar de mejor manera esta entrada al lago, y los muros de este viejo Castillo comenzaron a erguirse con hartas dificultades, pues los materiales no se encontraban todos a mano, empleándose cal por incineración de moluscos, especialmente caracoles de la reina, que abundan todavía en los cayos que se encuentran frente a la bahía de Puerto Barrios.

El techo se hizo de hojas de palmera conocidas con el nombre de manacas.

En 1652, se concluyó la construcción, gracias a la actividad del sucesor de Avendaño, don Antonio de Lara y Mogrovejo, estableciéndose el presidio tres años después, siendo desde aquel entonces, hasta mediados del siglo XIX, sitio donde numerosos reos, lejos de toda civilización, sufrían las incomodidades del clima y las vejaciones de los duros castellanos.

Gruesas argollas de bronce que brillaban a los ojos de los prisioneros como el oro, sujetaron a muchos que fueron acusados de ser brujos, como el indio Pablo de Fuentes, que sucumbió pendiente de una de aquellas. Aquí estuvo también don Diego de Padilla que inmortalizara en una de sus hermosas novelas don José Milla y Vidaurre. Aquí estuvo prisionero el ex Fiscal de la Audiencia don Pedro de Miranda Santillán, acusado de tener relaciones con los enemigos del rey; pero que en realidad, lo que había hecho en cumplimiento de sus deber, fué informar al Monarca español del mal gobierno de la Colonia. Miranda estuvo en esta prisión desde 1668 hasta el 9 de octubre de 1670 en que falleció.

Concluído el Fuerte en 1652, tomó el nombre de San Felipe de Lara, en honor al Rey Felipe IV y a su fundador el Presidente Lara y Mogrovejo, siendo nombrado gobernador del castillo el Justicia Mayor de Amatique don Juan de Veraza, a quien se señaló el sueldo anual de 900 pesos.

Todavía, señores, podéis observar algunas señales de los senderos, por donde aquellos encargados de la defensa de este sitio discurrían sobre las márgenes del río. Una larga cadena, con los extremos pendientes de dos argollas de bronce que brillaban como ascuas bajo los rayos del sol, se balanceaba sobre las aguas del río, para impedir que se aproximaran los bucaneros a las inmediaciones del Castillo. Pero aquella cadena, no fué tampoco obstáculo para que los piratas continuaran sus correrías contra el comercio de Guatemala, sin importarles las escoltas que custodiaban los convoyes que se dirigían a la capital.

El Presidente Lara desplegó todas sus actividades para evitar el peligro. Así, en 1647, logró ponerse de acuerdo con las autoridades de la Habana, para desalojar de la isla de Roatán a los piratas que la habían ocupado. Con tal motivo, nombrado jefe de operaciones el General don Francisco de Villalba y Toledo, atacó aquella isla, teniendo que retirarse por falta de tacto en la operación, logrando llegar a Santo Tomás, donde se le auxilió con algunas botijas de pólvora y varios quintales de balas, fuera de 50 hombres de Chiquimula que, al mando de los Capitanes

Juan Bautista Chavarría y Martín de Alvarado y Guzmán, engrosaron las filas expedicionarias, logrando en un segundo ataque en Roatán, derrotar y expulsar a los piratas.

Sin embargo, una noche del año 1665, este bello paisaje presentaba el más aterrador de los espectáculos. Inmensas llamas iluminaban las selvas y daban a las aguas el color rojizo del incendio. El Castillo ardía siniestramente, en tanto que el castellano, Isidro de Zepeda, las tropas y los prisioneros, con hartas dificultades, a través de la selva, se dirigían a las bodegas que se encontraban a cuatro leguas del fuerte. ¡Qué cuadro más majestuoso se ha de haber presentado, en este mismo sitio donde hoy saludamos a la naturaleza y donde evocamos las sombras del pasado!

Otros aspectos de la antigua fortaleza de San Felipe.

Una partida de bucaneros acaudillados por un tal Yankes, de acuerdo con el cacique de los caribes, Cocoleu, había sorprendido a la guarnición, dando fuego al Castillo después de haberlo saqueado.

Necesario fué entonces proceder a la reconstrucción del edificio.

A principios del año 1668, llegó a este lugar, nombrado Gobernador del Reino, el General don Jacinto de Barrios Leal, quien a pesar de haber sido veterano de las campañas de Flandes, y de estar investido de su alta dignidad, en la misma noche de su arribo, fué sorprendido por los piratas que le robaron en el interior del Castillo doscientos mil pesos en oro que traía de España. El mismo, vió así la necesidad de poner en

mejor pie tal defensa, y se autorizó el gasto anual de 8,500 pesos para mantener un personal compuesto del castellano, un teniente de gobernador, un capitán, dos cabos, un condestable, cuatro artilleros, cuatro vigilantes de frontera, otros cuatro en piraguas, 16 mozos y 32 soldados de infantería.

Temerosos ante tal aparato, los bucaneros no se aventuraban más a penetrar al lago; pero sí lo hicieron en 1685, en que burlando la guarnición, veintiuna piraguas pasaron sobre esas linfas, en tanto que otras embarcaciones piratas remontaban el Motagua, tratando de sorprender otro pequeño fuerte cuyas ruinas subsisten en las márgenes de aquel río, cerca del lugar donde se encontraban las bodegas. Necesario fué movilizar una columna de tropas al mando de don Melchor de Mencos, y así pudo evitarse el peligro.

Al siguiente año la reconstrucción del Castillo había terminado, quedando el edificio cubierto con tejas de barro; pero al poco tiempo, otra partida de bucaneros, invadió el lago, pasando mucho más allá, pues remontando el Polochic, penetraron a la Verapaz, a pesar de los esfuerzos de la guarnición, que siguió siempre amenazada y con ella los intereses comerciales.

Una cédula del Rey, fechada el 26 de febrero de 1687, daba gran importancia al Castillo de San Felipe, y seguramente, a eso se debió el que la guarnición fuera mejor atendida en sus haberes, ordenándose emplazar en su recinto once cañones y ocho morteros, fuera de mil fusiles de chispa, aumentando las tropas con una compañía más. Restos de aquellos cañones se encuentran diseminados por estos sitios, en Izabal y Lívingston, haciéndonos rememorar aquella época de luchas desiguales en que rivalizaban el valor de los nativos con la astucia de los piratas.

Según nuestro consocio, Licenciado don Antonio Batres Jáuregui, el fuerte tenía entonces bodegas altas y bajas para almacenar las mercaderías que entraban al país. Tales bodegas, se adjudicaban a los frailes dominicos, por el dinero que, para la construcción del Castillo, habían dado, y los mercaderes pagaban, al provincial de aquella orden, los derechos de bodegaje, pagando también el comercio, real y medio diario para cada soldado que servía para la custodia de las recuas de mulos que llevaban y traían las mercaderías.

Esto nos demuestra que todavía a fines del siglo XVII, los bucaneros acechaban por estos contornos. Esos sitios bellísimos han de haber encantado la imaginación de aquellos, y aún se conservan las tradiciones de la época.

Aquella desgarradura de la montaña que semeja sobre las aguas del río la vivienda de un enano y que se conoce con el nombre de Cocina de Brea, tiene una vieja leyenda. Aquellas rocas de Peña Pintada, conservaron durante mucho tiempo los nombres de algunos piratas. Al pasar frente a esos peñascos, todavía se nos figura que asoma de pronto un centinela de bronce, para gritarnos: "Detén tu barca, pirata...."

Aquellos hombres del mar, llegaban a este Castillo para espiar el momento oportuno para el robo, como aquellos soñadores medioevales que trataban de llegar hasta los balcones donde veían los ojos azules como este lago y como ese Golfete, de una dama feudal.

Así lograron quedarse con un girón de nuestra Patria: ¡Belice!

Fué en el siglo XVII, cuando los ingleses, habiendo establecido cortes de palo de campeche, en la costa de Mopán, Manché y Chol, desde el cabo Catocho y río Wallis, se inició la fundaciónn de esa colonia. Desde el año 1676, se trató entonces de desalojar a los que indebidamente ocuparon aquella región. La expedición yucateca de 1737, la que en 1746 capitaneó Mateo Zancelonio, la de los peteneros en 1754, y la de 1798 que dirigió el Mariscal Arturo O. Neill, a pesar de sus 32 buques y 2,500 hombres, nada lograron en sus esfuerzos, a causa de la gran distancia de la madre patria y de los pocos elementos de que disponía el Gobierno Colonial de Guatemala.

Aldea El Estor.—Atrás del rancho que marca la flecha, es el lugar donde están haciendo la primera perforación del petróleo.

Así en el siglo XVIII, las pérdidas del comercio eran grandes ante los vecinos que continuaban acechando. Se prefería la vía de Veracruz a la del Golfo Dulce, y así lo dispuso el Monarca español en 1760; pero no por aquel puerto sino ordenando que los embarques se hicieran por Omoa, tomando la vía de Chiquimula.

Los viajeros preferían dirigirse a Gualán, bajando en piraguas el río Motagua, durando este viaje hasta el mar, cuatro días, si la barra del río lo permitía.

Y todavía había peligro de ser asaltados por los piratas, como que el General García Granados, en sus "Memorias", refiere cómo fueron llevados por una embarcación de aquellos hasta Sud-América.

Golfo Dulce o Lago de Izabal, no volvió a tener importancia, hasta el último cuarto del siglo XVIII, en que fué trasladada la capital al sitio que hoy ocupa.

Pero cuánta diferencia hallaréis entre aquellos viajes que se hacían a Izabal y a este Castillo, si por un momento los comparáis con el que ahora hemos realizado, cuando yo os diga algunas palabras más sobre el particular.

Figuraos que, en 1845, para llevar el cadáver del Arzobispo Casaus, muerto en La Habana, desde este sitio a la ciudad capital, se emplearon noventa y ocho días.

Y no era de menos cuando se hacía el viaje de Guatemala para Izabal.

Se salía a lomo de una buena bestia por el Guarda del Golfo, para seguir por el Bebedero, y las aldeas de Pino Mocho, El Chato, El Fiscal, San Diego, Navajas, haciendo, si no había dificultad, hasta San José del Golfo, una jornada. Se continuaba por otra serie de pequeñas poblaciones, por el camino que conduce a Guastatoya, y de allí, por San Agustín, Puerta Cordón y otras, siguiendo la margen del río Motagua, para atravesar el árido y ardiente llano de La Fragua. Pero si la lluvia, el polvo, el sol y todas las intemperies molestaban al viajero, no era de menos el peligro cuando había que enfrentarse con una partida de lucíos u otros pícaros que con frecuencia desvalijaban al más pintado. Lo principal era llegar al cabo de unos cuantos días a Gualán, donde se encontraba un destacamento de tropas que prestaban seguridad al viandante. De Gualán para Izabal, era cuestión de recorrer cincuenta leguas más o menos, bajo espesa selva, encontrando apenas alojamiento en las casas del Sitio, Concoj, Vainilla, Limones, Tierra Blanca, Conacaste, Iguana y Barbasco, donde se pasaba el río en canoa, continuando por las casas de García, Juan de Paz, Palmilla, Quiriguá, Mico Gordo, Palo Grande y Cacao.

Comparad, como lo digo, aquel sol abrasador, aquellas selvas y llanuras, aquellas cumbres y los frecuentes peligros, con el carro salón que arrastra la locomotora y el vapor que nos ha traído a este sitio lleno de encantos, a "esta cosa más hermosa del Mundo de ver" como lo dijo Hernán Cortés a Carlos V, refiriéndose al Golfete.

Por eso creo, que en no lejano día, serán estos parajes lugares de cita para el turismo, para los que, fastidiados de la vida intensa de las ciudades, busquen la belleza del paisaje y la soledad de los bosques propicios para la meditación y el descanso.

Voy a concluír, pero antes, supongo que muchos de vosotros desearías informaros de algo más de estos sitios.

Lago de Izabal, llamamos a lo que desde el siglo XVI se conoció con el nombre de Golfo Dulce, tomando el nombre del puerto lacustre que se encuentra a ocho leguas más o menos de este Castillo.

En una carta fechada en San José de Costa Rica el 30 de junio de 1903, y que dirigió el señor don Juan Fernández Ferraz, a nuestro consocio Licenciado don Salvador Falla, dice que la palabra "Izabal" es cak-

chiquel y quiché, significando "lugar donde se fabrican collares", de *itz,* collar, y *ab-al,* sufija instrumental y locativa. Dice que también pudiera ser de *iz,* papa u otra raíz comestible, pero más bien, es palabra que hace referencia a los *Itzaes,* que comprendía al actual departamento del Petén.

En mi humilde concepto, nada de eso es aceptable, históricamente estudiado.

No sé qué influencia pudieron tener los quichés y cakchiqueles, cuando se sabe que, cuando en 1525, Cortés rodeó el lago, no encontró población alguna en sus orillas. Fué en el año 1549, cuando, por disposición de Obispo de Trujillo, llegaron algunos frailes mercedarios en misión, iniciándose, si no estamos equivocados, con algunos negociantes y nativos, la fundación de aquel pueblo, tomando el nombre de *Isabel* a juzgar por algunas tradiciones de los habitantes de esta región.

Probable es esto, teniendo presente que, dada la mala pronunciación de los caribes, el nombre de la magnánima reina que protegió a Colón, halla cambiado de Isabel por Izabal.

Respecto a Lívingston, es este el apellido del célebre legislador de la Luisiana, cuyos códigos tradujo el prócer Barrundia para implantarlos en Guatemala. Es población que comenzó a formarse a mediados del siglo XVII, cuando las autoridades dispusieron, para evitar el contacto con los piratas, desalojar a los habitantes de las islas y trasladarlos a la tierra firme.

Lívingston fué habilitado para el comercio el 9 de noviembre de 1878, siendo declarado puerto libre para la importación el 14 de junio de 1882. Al siguiente año, por Decreto gubernativo 291, del 2 de junio, fué la cabecera departamental, en vez de Izabal.

En 1921 dicha cabecera se trasladó, por disposición del Gobierno a Puerto Barrios, donde se encuentra hoy.

Puerto Barrios fué creación del General Justo Rufino Barrios, quien, desde el año 1883, trató de construír el Ferrocarril que nos ha conducido a la costa del Atlántico y que hemos saludado con nuestra presencia en esta excursión tan llena de atractivos, como importante desde muchos puntos de vista.

Allá volveremos en seguida.

A nuestro retorno, si habéis tenido paciencia para escucharme, llevaréis sin duda, la mente llena del paisaje, del recuerdo de multitud de guerreros y piratas, y respiréis, a pleno pulmón, el ambiente balsámico de este inmenso parque que la Naturaleza ha formado en nuestra Patria.

Importancia de la Fotografía para el Estudio de la Geografía e Historia

Segunda conferencia del Licenciado
SALVADOR FALLA ante la
Sociedad de Geografía e Historia.

APLICACIONES A LA GEOGRAFIA BOTANICA

Las numerosas familias que componen nuestra flora en las tierras cálidas, templadas y frías presentan un campo inmenso a la Fotografía, y su conocimiento gráfico tiene ventajas inagotables para la alimentación, la Medicina y la Industria.

Así como se ha hecho al tratar de los animales, cabe también aquí hacer agrupaciones de Botánica especial, según la utilidad que las plantas presentan.

I

Plantas de alimentación.—El maíz, cuya cuna según el naturalista de Candolle y Doctor Sixto Alberto Padilla fué Centro-América, y según otros fué México, el dios maíz de los indios, *The King Corn* de los americanos, el grano más rico de los Trópicos, el alimento popular de América y de algunos pueblos de Europa, como de los fornidos mozos de cordel de Braganza y del Piamonte, y del Mediodía de Francia. (1) El humo de las rozas subiendo al cielo en espirales de llamas que devoran hojarasca, ramas y árboles tumbados, los mozos en la siembra, en el deshierbo, en la *tapixca,* la imagen de la milpería o maizal cuando revienta el penacho de flores que se encorva e inclina para dejar caer una lluvia de polen fecundante en millares de granitos sobre los pelillos amorosos de la espiga que se cuaja de granos; y cuando ha cumplido esa misión de fecundidad, el penacho se yergue de nuevo y deja al viento que los incontables granitos de polen que le quedan lleven a hibridar quizá otras espigas que darán panochas con granos de distintos colores.

Los muchachos con sus hondas *sanateando* para defender la simiente de la rapacidad del córvido sanate; las fogatas encendidas por los labradores durante los meses fríos de diciembre y enero en las faldas de nuestros volcanes, para preservar las cosechas de posibles latrocinios; y el frijol enredándose en las cañas para colgar sus verdes racimos de vainas (ejotes); y el ganado paciendo en los rastrojos; y los montones de

---

(1) El mismo naturalista y Bronnier suponen que el Teocinte anual y monóico como el maíz y que crece espontaneamente en Guatemala y otras localidades de Centro-América, es la madre del maiz por selección, pues que es la única planta que se le parece tanto por su forma particular como por sus flores que son monoicas. *(El Agricultor Salvadoreño)* Año de 1912.

mazorcas blancas, y de varios y encendidos colores, amarillo, rojo, anaranjado, negro, expuestas al sol, y las mazorcas de las más largas escogidas para futuras sementeras, expuestas en las chozas al humo, enemigo del gorgojo, y la india moliendo el maíz para hacer el *nistamal* en la tradicional piedra de moler, *metate (matatle)* con la mano de moler cilíndrica *(metapilli)* y la muchacha ayudante asando las tortillas o pixtones *(pixtúm)* en el comal *(comatli),* disco de barro ligeramente plano cóncavo; o bien las tortillas haciéndose mecánicamente en las máquinas al efecto recientemente instaladas entre nosotros, en beneficio de las grandes fincas y con ahorro de tiempo y de trabajo.

¿En el polen recogido por la espiga de maíz como en otros muchos incontables casos no se está demostrando que la fecundidad de las plantas es obra de verdaderos amores? ¿Fotografiado todo ese conjunto de cuadros no tendrán una peculiar belleza de encanto regional?

Muestras del maíz de salpor que participa a la vez de los caracteres y propiedades del maíz, del arroz y de la cebada, que el naturalista don Julio Rossignon dió a conocer en París el año 1848 con el nombre de Maíz de Guatemala, *Zea Guatimalensis.* Y esas mazorcas que se cosechan en las fronteras de Guatemala y México, de media vara o más de largo, que los arrieros cargan en sus mulas como leña rajada; y los cigarrillos de tusa *alujada* que van desapareciendo vencidos por la fábrica de cigarrillos.

Un mozo aporreando una red de maíz para desgranarlo, y otro haciendo la misma operación por medio de una desgranadora mecánica.

Un frijolar y muestra de frijol negro, blanco, rojo, carne vegetal como se le ha llamado por sus substancias azoadas y nutritivas; plantas de yucas, de camotes, de papas, con sus tubérculos, chiles como el verde *chiltepe,* el colorado *guaque* y el zambo, condimento inseparable de la comida indígena; y los *chipilines, bledos, verdolagas* y *quiletes* o *tomaquiletes,* lechuga de conejo, plantas espontáneas que las pobres indígenas recogen en los campos y sembrados. Esas plantas como el maíz, son hoy como antes de la conquista y durante la colonización española, la base en su mayor parte de la alimentación popular; legumbres que a su baratura reunen la calidad de ser sanas y sabrosas.

El plátano, no el árbol de ese nombre en el Hemisferio Norte, de madera ligera, blanca y fibrosa, que defiende el sol en el estío; sino nuestro plátano de Indias, nuestro banano a cuyo fruto daba el primer lugar el Inca Garcilaso, la planta maravillosa del trópico, que los sabios naturalistas creyeron ser la que cubrió la desnudez de nuestros primeros padres en el Edén bíblico, por lo cual se le llamó *Musa sapietium* (de los sabios) o *Musa Paradisíaca,* del Paraíso; el plátano, esa planta intermedia entre las hierbas y los árboles, combinación admirable de la hermosura con la utilidad.

Su fruto en sazón es pan alimenticio; verde y cortado en rodajitas delgadas y fritas hasta el tueste, que en Colombia llaman *patacones,* más sabroso que las papas; maduro, fruta deliciosa; seco y convertido en

harina, alimento para los niños y estómagos delicados; su tallo es fibra; enterrado, abono verde para los cafetales; su cepa, rodeada de hijuelos numerosos; sus hermosas hojas, sombra para plantillas de cafetos.

Fotografía de bananales del lado del Atlántico como del Pacífico; un negro hincando una estaca en la parte alta del tallo para que el racimo al caer no se estropee; y los carros cargados de fruta; y el trasbordo del Muelle en Puerto Barrios a un buque por medio de rodillos forrados de lona.

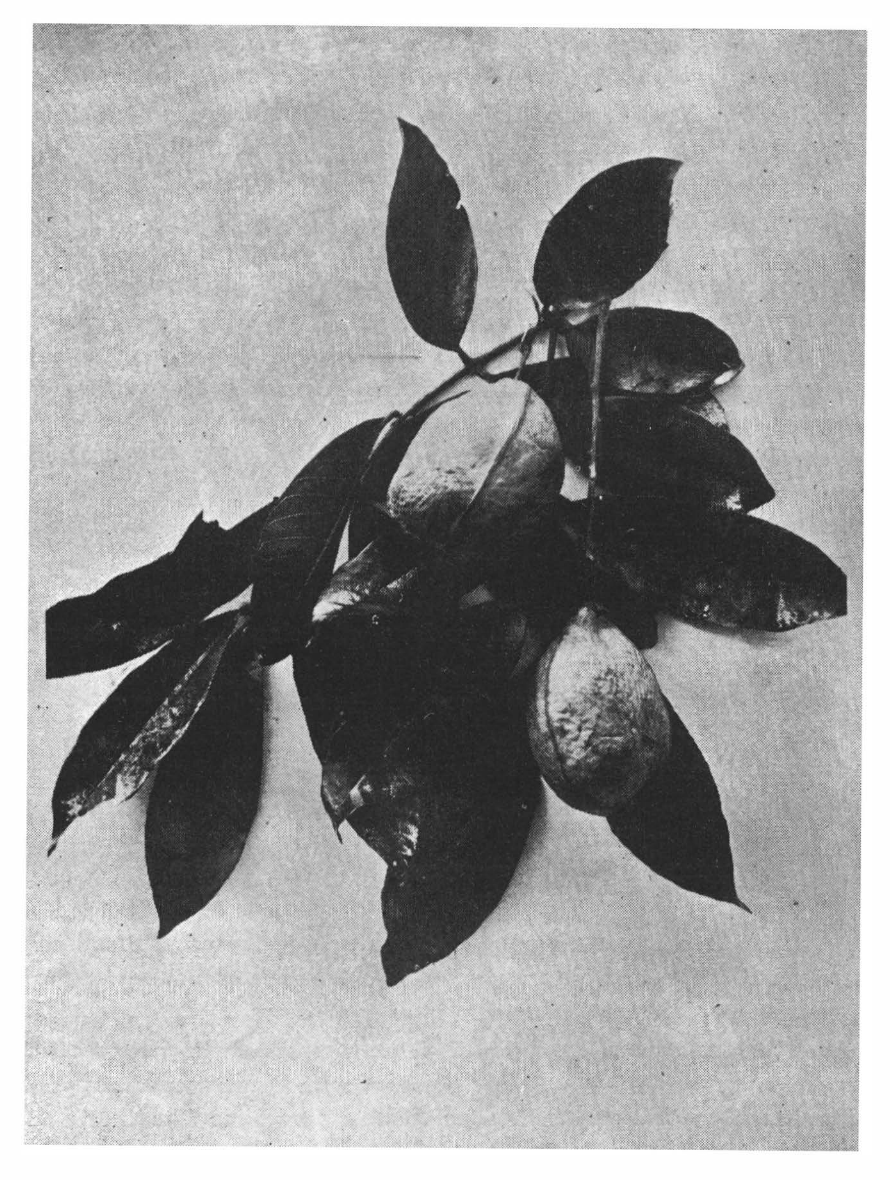
Ejemplares de bananas, plátanos *gordos, platanitos* llamados de Petapa y variadas clases de guineos, morado, amarillo, color de rosa, incluso el que llamamos criollo, quizá porque la tradición ha conservado el recuerdo de que ese guineo era conocido por los indígenas antes de la conquista, habiendo venido las otras variedades de las Indias Orientales.

La rubia mies del trigo, de la cebada, de la avena, del arroz de secano ondeando en la llanura, y los trabajadores en la siega y emparve de las cosechas, y humildes mujeres recogiendo las espigas abandonadas en el campo como la Rut bíblica o como en ese cuadro de Millet, delicioso por su sencillez, *Les Glaneuses,* universalmente popularizado por la cromolitografía. El molino convirtiendo el trigo en harina para que el amasijo nos dé nuestro pan de cada día; y las máquinas mondando y limpiando el arroz, alimento cotidiano como el trigo y el maíz, de fácil digestión para estómagos delicados; el arroz de cuya harina hacen bustos y estatuas los japoneses y de cuya paja fabrican papel y sombreros los chinos.

El café.—Iniciado su cultivo por el Consulado de Comercio en 1845, secundada aquella iniciativa por la Sociedad Económica que hizo publicar instrucciones adecuadas y cedía a varias zonas de la República plantitas procedentes de sus propios almácigos; estimulada esa industria por el Decreto legislativo del 4 de mayo de 1853 que mandó premiar, durante diez años prorrogados hasta 1870, con $25 a cada agricultor que tuviese mil arbolitos en estado de cosecha y con $2 por cada quintal que se exportara; suprimido por la Iglesia el impuesto decimal sobre esa nueva producción, y bendecida por los padres curas los predios destinados a su cultivo; mandados distribuir terrenos en 1873 a precios baratos con la redención de los censos y la venta de terrenos pertenecientes a la Municipalidad, como en 1840 el Presidente de Costa Rica, don Braulio Carrillo autorizaba la venta de los terrenos municipales de "Las Pavas" con la precisa condición de que habrían de sembrarse de café, y como ya se hiciera también en Guatemala en 1834 mandando conceder a los solicitantes terrenos en los ejidos de la capital para destinarlos al cultivo de café. Y subiendo constantemente los precios en el extranjero con el aumento de consumo, el café ha llegado a ser el primero de nuestros frutos exportables.

Así, la Fotografía podrá exhibirnos ramas de cafetos, ya con blancos azahares, ya con granos tintos como coral, ya nutriendo al mismo tiempo flores, cerezas verdes y cerezas rojas; muestras del café arábigo que ha dado origen en los trópicos a variedades, como el vigoroso Mara-

gogippe con cereza de gran tamaño, el prolífico de Siberia, el Bourbon, el Robusta, o del pequeño San Ramón, llamado así por venir de la Villa de ese nombre en Costa Rica; y los hombres, mujeres y muchachos recolectando el precioso fruto: y la maquinaria empleada en el beneficio del grano que pongo aquí como alimenticio por entrar en todas nuestras



Fruta y hojas del árbol que llaman *Arbol del huevo de gallina*.—Departamento de Zacapa.

comidas, siquiera hubiese de considerársele también como estimulante, porque su infusión despierta el cerebro y entona el organismo, facilita la asimilación de los alimentos, retarda o evita la embriaguez, y tiene éxito feliz contra algunos envenenamientos.

Patachos de mulas conduciendo sacos de café por caminos escabrosos de herradura, en camiones de gasolina o en trenes de ferrocarril, que de todo eso tenemos; la estiba en los almacenes aduanales y el embarque en los puertos.

Y al hablar del café no es dable olvidar un concepto fundamental acerca de la práctica de cultivar los cafetos.

Muestras de cafetales sombreados con sombra natural de árboles que se dejan al descuajar un bosque, o con sombra artificial.

Como quiera que antes de ahora, aquí y fuera de aquí las opiniones no están de acuerdo sobre este punto, toca al agricultor interesado adoptar el sistema preferente, según las condiciones de su propia localidad.

Cubrir de sombra los cafetos preservándolos de la luz y de los rayos vivificantes del sol, es provocar hojas grandes, de verde color obscuro, pero no tener fruto.

Por el contrario, las primeras plantaciones hechas en Escuintla como ensayos sin experiencia, pronto perecieron, desecadas por los excesivos calores solares.

En la Antigua Guatemala, cafetos lozanos sin sombra, al venir las heladas, viéronse convertidos de la noche a la mañana al parecer en grandes manojos de tabaco. Fué preciso podar los árboles desde el tronco, abajo, y esperar que después de tres o cuatro años de gastos y labores constantes, los retoños comenzaran a producir el anhelado fruto.

En Centro-América, como en Java, en Colombia y en Venezuela seguimos generalmente el sistema de la sombra racional, sea porque los árboles de leguminosas que generalmente se emplean con ese objeto con las bacterias de los nódulos o tubérculos de sus raíces fijan en el suelo el nitrógeno de la atmósfera, ya porque la sombra mantiene la humedad del suelo, ya porque las raíces del árbol protector extraen del subsuelo la substancia que arrojan a la superficie, para convertirlas en hojas, las cuales podridas y mezcladas a la tierra forman un abono orgánico.

La sombra es como un seguro de vida: si las cosechas disminuyen un tanto, el árbol con podas y abonos adicionales, continúa viviendo, en la Antigua por ejemplo, cincuenta o más años.

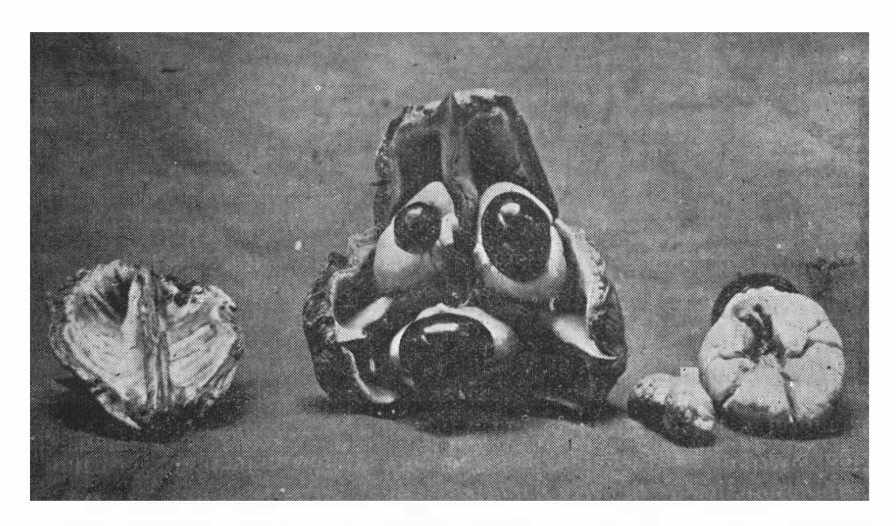
El sistema de la sombra fué el preconizado en el precioso libro *Shade in Coffee Culture,* de Mr. O. F. Cook, Agente especial para la Agricultura Tropical en los Estados Unidos, desde que éstos por adquisición de Filipinas y Puerto Rico tuvieron que llamar la atención al pueblo americano acerca del problema de aplicar en nuestros climas del trópico la inteligencia y energía que durante el siglo XIX había revolucionado la agricultura en los climas templados. El inteligente botánico, aceptó el sistema de nuestros cultivos centroamericanos con árboles de leguminosas, como nosotros a nuestra vez lo habíamos tomado de los indígenas precolombinos que, aquí en Guatemala, la Provincia de mayor

producción del cacao, protegían sus cacahuatales con esas leguminosas conocidas desde entonces con el nombre significativo de *Madre de cacao.* (1)

Ramitas con granos de tamaño natural de cafetos en plena sombra, con sombra moderada o expuestos a los rayos directos del sol.

Cafetos con riego y sin él. Cafetos abonados y la clase de abono que se emplea. Muestras de arbolitos sembrados en pilón, en estaca, en escoba, altura sobre el nivel del mar, distancia de las siembras, y resultado de las cosechas.

Hojas de los árboles de sombra y su vaina si se trata de leguminosas, haciendo conocer las varias especies de Ingas que se emplean, como la Madre del Cacao, el Chalún, el Cuxín, el Jilicuil o Quijuinicuil, el Guamo; el Samán o árbol de lluvia (Pithecolumbium Saman) que Cook cita como uno de los árboles más apetecibles para la sombra de cafetos, de la familia de los Ingas, nativo de la América Central y llevado del Sur de Nicaragua al Brasil.



Fruta reventada del Arbol *huevo de gallina,* que se come frita y tiene un color como la yema del huevo de gallina.

Muestra de árboles que no pertenecen a la familia de las leguminosas, y que aunque sin serlo presten útiles servicios a los cafetales, por esa relación de simbiosis, dice Cook, con pequeños organismos, ya sean hongos o bacterias, es decir, por esa asociación de organismos que viven juntos, encontrando en la comunidad de vida ventajas recíprocas. La tierra que pisamos está poblada de microorganismos que contribuyen a la vida de la planta; del animal, del hombre, como si la naturaleza quisiera demostrarnos que en el mundo orgánico, los seres superiores no pueden vivir sin el auxilio de lo infinitamente pequeño.

(1) "Es tan tierno este árbol (el del cacao), que con cualquier extremo se pierde y seca, y ansí para crearle es menester mucho cuidado y ponerle otro árbol que llaman *Madre* que le haga sombra y ampare del sol y del aire". GARCIA PALACIOS. Carta citada, dirigida al Rey Felipe II, en 1576.

Quizá haya de explicarse así la importancia dada a la Grevilea *(Grevilea robusta)* procedente de la Australia, que se emplea en algunas fincas como cortina protectora contra el viento, y en la Antigua Guatemala como sombra, ya por su madera utilizable como combustible y de construcción, o la miel de sus flores; respetada por el chapulín, por ser inmune a las heladas y por ser protectora contra las enfermedades de las hojas del cafeto.

Curioso fenómeno presentarán los rayos del sol que para bañar lentamente las plantas con dorados discos se filtran por entre las hojas que dejan intersticios de variadas figuras angulares.

Ejemplares de cafetos enfermos con manchas de hierro u otro hongo parásito a causa de excesiva sombra y humedad.

La maquinaria empleada para el beneficio, tanques de fermentación, secadoras, etc.

Nada hay aquí por nimio que parezca que pueda ser inútil para generalizar los conocimientos que puedan coadyuvar al desarrollo y perfeccionamiento de la primera de nuestras industrias agrícolas.

El Cacao.—Como bebida y como moneda lo conocieron nuestros antepasados. Por su excelente calidad fué tributo del quinto real a los Monarcas Españoles, tostado y molido nuestro tradicional chocolate, su manteca, remedio para las enfermedades cutáneas. Ramas del árbol con flores y mazorcas, árboles que le sirven de sombra, etc.; tostaduría y molienda del grano.

Caña de azúcar.—El mismo Decreto del 4 de mayo de 1853 que estableció primas en favor de la producción y exportación del café, fijó $1 por cada quintal de azúcar que se exportara durante diez años, plazo prorrogado hasta el año de 1870. Plantaciones de caña de azúcar, sus variedades, cultivadoras, altura y calidad del terreno, carros especiales para el acarreo de la caña al trapiche, maquinaria del Ingenio para convertir el jugo en panela, o *rapadura* o en pilones de azúcar blanca y refinada, etc.

Cuadros con variadas y pintorescas hortalizas cuidadosamente cultivadas por los indígenes de Sacatepéquez o por los de Aguacatán en el departamento de Huehuetenango.

El Güisquil, legumbre de la cual se utiliza todo: el fruto, los cogollos y la raíz o *ichintal;* y enredado con el güisquilar el intruso *quimiche* que por una especie de mimetismo pretende confundirse con las hojas, bejucos y zarcillos de la sana y sabrosa legumbre, para robarle el sol y mermar su fruto.

El sabroso *ayote* cuyas cualidades cantó nuestro poeta García Goyena. Los hongos comestibles al lado de los venenosos que no lo son para distinguirlos unos de otros.

El yame, útil para el engorde de marranos.

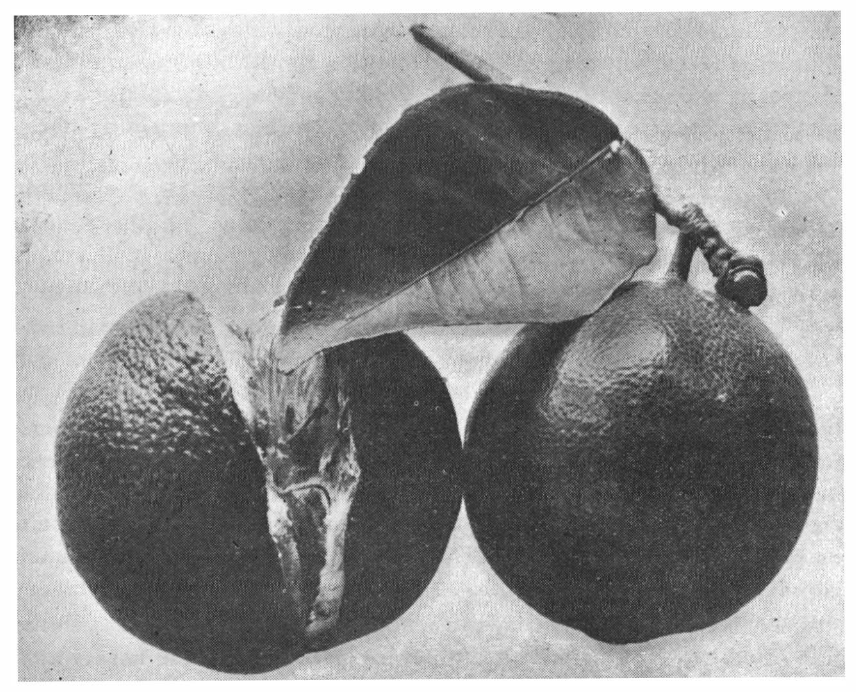
Esas enormes y ricas piñas de Lívingston de 10 a 12 libras de peso; las deliciosas anonas o chirimoyas cuyo sabor es una mezcla del sabor de la piña, de la banana y de la fresa; y esas papayas que parecen calabazas *(Carica Papaya)* con sus frutos colgantes; maduras fruta

agradable, sus hojas forraje, el zumo de su fruta cosmético para quitar las manchas de la piel provocadas por el calor del sol; vermífuga la leche de su fruto verde.

El Mango de brea, de Manila o de fresa, y otras ricas frutas del Trópico, como el zapote, el injerto, el níspero que aquí llaman *chico*, y el caimito que a sus cualidades alimenticias reune algunas virtudes medicinales. (1)

Muestras de guayabitas fresas traídas de California.

Zapotillos con pepita, del cual hace muchos años conocimos en Chinautla un árbol, producto quizá de la raíz de otro árbol y de la cual



Limón dulce cuando está bien maduro.—Semillas de Costa Rica, traídas y cultivadas por el autor.

quedó separado antes de fructificar; y esas frutas deliciosas, almibaradas por el sol del Trópico que están diciendo comedme, ya que no me podéis conservar.

La variedad de nuestros frutos alimenticios, debida a la variedad de sitios de aspecto distinto y climas diversos, la observan los viajeros inteligentes que recorren la República de Sur a Norte o de Este a Poniente. Esa fecundidad puede demostrarse gráficamente como en

---

(1) El mango (Mangífera indica). Todas las partes de este hermoso árbol frutal tan común en el Continente Americano, contiene un líquido resinoso especie de trementina que es tenido por sudorífero y antisifilítico; sus hojas son odontálgicas, o contra el dolor de muelas; los mangos maduros son deliciosos; con los verdes pero sazones se prepara un dulce útil como estomático en las enfermedades por debilidad de los órganos gastro-intestinales. Con las semillas o almendras contenidas en el hueso se hace un jarabe para curar la disentería y las diarreas crónicas; los mangos asados en horno alivian a los enfermos de tisis pulmonaria. (Extracto de Grosourdy, *El Médico Botánico criollo*. Parte segunda. Pág. 99).

ninguna obra de Geografía por medio de una copia fotográfica de los mercados públicos. A este respecto en 1878 el sabio naturalista Rossignon que ya hemos citado, decía: "En los mercados públicos se encuentran a la vez las frutas y las raíces de la zona caliente, los especímenes de la Flora tropical confundidos con las frutas y las legumbres de la Europa templada. Las papas llegan al mercado al mismo tiempo que el manijot y el yame, las piñas, los plátanos, el zapote, caimitos, etc., al mismo tiempo que las manzanas, las peras y zarzamora. De ahí resulta que hay en las grandes poblaciones un surtido tan abundante como variado de productos alimenticios".

Cuánto no nos ilustraríamos todos si fuese dable acompañar a cada producto alimenticio, gráficamente reproducido, su valor nutritivo, según los nuevos y numerosos conocimientos científicos que suministran las investigaciones de la Higiene, la Química y la Fisiología, ya que el régimen alimenticio, si no el único, es el factor más importante para el mantenimiento de nuestra especie, no sólo desde el punto de vista orgánico, sino por su influencia sobre el desarrollo intelectual: si el hombre es moral e intelectualmente la educación que recibe, el libro que lee y la sociedad que frecuenta, también es fisiológicamente la tierra que pisa, el aire que respira, el sol que lo calienta, el alimento que lo nutre.

PLANTAS INDUSTRIALES

El árbol de la Caoba, el rey de las selvas tropicales, de corteza amarga y astringente, tan preciado por los ebanistas por su hermoso veteaje, por el brillante pulimento de que es susceptible, por su utilidad para la fabricación de muebles para la marina y artillería; copias de carros cargados de trozas sin descortezar, de más de un metro de diámetro destinadas a la exportación.

El Cedro, con sus variadas especies, de madera colorada, olorosa, ligera, fácil de trabajar, incorruptible, empleada en tantos usos y cuyas raíces transforman en imágenes los escultores.

Los ébanos, de madera finísima, de bello color morado negro.

El hule o *caucho,* como le llaman los indígenas del Brasil, o goma elástica, como se dice vulgarmente; el árbol hijo de la Zona Tórrida, amigo de la sociedad, como que no puede desarrollar su tallo alto y majestuoso y desplegar sus ramas de exuberante follaje sino en compañía de otros árboles; el árbol cuyo látex es convertido en una inmensidad de objetos que la industria envía al comercio constantemente desde que la ciencia compredió las propiedades químicas de ese látex, su extraordinaria elasticidad, y la manera de mezclarlo mediante cierto grado de calor para su vulcanización con el azufre. El hule es hoy de vital importancia para las grandes compañías americanas, que se preocupan de su adquisición por las restricciones puestas por el monopolio inglés al comercio con el Lejano Oriente. Ante esa situación el Gobierno del Ecuador otorga hoy una prima de 10 centavos por cada nueva plantación en lotes siquiera de 500 arbolitos y no menos de un año de edad. Una

ramita con hojas y frutos tiernos, un árbol con incisiones en forma de V en cuyo vértice se recoge el jugo, como lo hacen los que desean sangrar el árbol sin matarlo o con una incisión espiral y profunda desde el pie hasta las ramas, como acostumbran los contrabandistas a quienes no importa la muerte del hulero; nombre de la especie cultivada, si es el Castilloa elástica o el Hevea; nombre de los árboles que sirven de sombra, etc., marquetas o rollos de caucho listos para la exportación y capas impermeables de la Verapaz.

El Tabaco, que fumaban los indígenas precolombinos, que lo empleaban también como un remedio contra las mordeduras de las serpientes venenosas; al ser llevado a Europa, reputado al principio como *hierba de todos los males,* hierba malsana, sometida a severas prohibiciones; intervenido su cultivo por los Gobiernos, objeto de estanco su venta, el tabaco ha llegado a ser factor de riqueza en países en que se cultiva racional y extensamente. Ejemplos de un tabacal, de una planta, de la espiga, de la flor destinada a la semilla; su beneficio, suspendidas sus hojas en ramas ventiladas para desecarlas; manojos de hojas secas, la prensa; los puros y cigarrillos de uso común, como los hechos con *tusa* u hoja de maíz. Muestras de hojas enfermas por causa de moho o pudrición.

El bálsamo, espontáneo en nuestras costas del Pacífico, siempre verde su follaje, y su fina y resistente madera propia por su bello color ocre rojo para muebles de lujo; el bálsamo cuya resina de El Salvador es conocida en el comercio con el nombre de Bálsamo del Perú, porque en tiempo de la Colonia se remitía directamente al Callao y de allí se reembarcaba para Europa; esa resina empleada por la Iglesia en la preparación del Crisma mezclada con aceite, y por la industria en la perfumería; aplicado en medicina, como remedio de las heridas, llagas y otras enfermedades; como estimulante, contra la debilidad de los órganos respiratorios y el reumatismo, como insecticida, y hasta en el lenguaje común y figurado, símbolo de calma de nuestros dolores y dulcificación de nuestras penas.

El Eucalipto, ese árbol procedente de la Australia, que seca los pantanos, siendo así defensor contra el paludismo; purifica la atmósfera en los campos; con propiedades desinfectantes e insecticidas; remedio contra la tos ferina y afecciones catarrales, tomada su infusión a sorbos, y atomizada su esencia (Eucaliptol) en el aposento del enfermo.

La Encina, que regula el curso de las aguas en terrenos inclinados cuya madera se emplea en la carrocería, y que es el combustible por excelencia para la panificación y cuyas cáscaras por su tanino sirven para curtimiento de pieles.

El Guayacán, que sirve para hacer bolillos, cojinetes y poleas.

El Boj, de fina textura que sirve para la construcción de instrumentos científicos y musicales.

El Tamarindo, primoroso por sus hojas y cuyo fruto contenido en sus vainas tiene aplicaciones medicinales.

El frondoso árbol de *Guapinol,* de la familia de las leguminosas, de madera dura y resistente y con resina balsámica.

El Guanacaste, cuyas ramificaciones frondosas dan sombra a los ganados en los potreros.

El Granadillo, de preciosa madera llena de vetas rojas y amarillas.

Los Pinos, esas arpas del desierto que diría Lord Byron, que embalsaman la atmósfera y dan madera para nuestros edificios, luminaria con su ocote resinoso para el hogar del pobre indígena; con sus hojas lineales alfombra en nuestras fiestas. Un trabajador sangrando un árbol por medio de una incisión transversal para recoger en una vasija la trementina que fluye y que no es como pudiera creerse la savia del pino, sino una exudación por medio de la cual el árbol mismo procura curarse la herida que ha sufrido.

Los Cipreses, el piramidal, el funerario, el común de madera olorosa, símbolo por su verdor constante de recuerdo de seres queridos que duermen el sueño eterno de los cementerios.

Bueno será cuando se trate de árboles de construcción acompañar muestras fotográficas de sus hojas, su flor, su tallo, sus tablas aserradas y barnizadas.

Copias de esas plantas que se rodean de otras en la selva, como la zarzaparrilla cuyas raíces han sido recomendadas en el tratamiento sudorífico de la sífilis; y la cañafístula, laxante y refrescante a la vez con sus vainas o legumbres; y la orquídea trepadora que llamamos vainilla que se enrosca en los árboles y cuyas cápsulas olorosas entran en la preparación de perfumes, se emplean en Medicina como tónico y estimulante, dan olor al tabaco, gusto al chocolate, helados y confites.

Copia de esas innumerables especies de palmeras, como el coyol y el corozo, cuyas flores perfuman los templos en los Monumentos del Jueves Santo; el Palmito, etc. Plantas de aplicaciones varias en la Industria.

Enojoso sería enumerar siquiera la lista que tenemos de maderas más preciadas que la caoba y el cedro, por lo fino y denso de su grano, por sus variadas vetas, por sus coloreados matices y tintes naturales; maderas que una red completa de vías de comunicación las hará objeto de estudios botánicos, de explotación comercial, y de atractiva y vistosa utilidad en nuestros muebles.

Atrayentes serán los cuadros variados de esos bosques seculares de árboles frondosos, que se apiñan y entrelazan, en cuyos troncos se enroscan o de cuyas ramas penden lianas enormes; asilo de verdes cotorras, de pintadas guacamayas, de micos que saltan de rama en rama; nido de pájaros cantores, como de víboras ponzoñosas, donde la vida brota a borbotones del seno próvido de la selva, donde se respira a pleno pulmón y ante cuya grandiosidad majestuosa se siente uno partícula del infinito.

PLANTAS FIBROSAS

El Cocotero, la palmera más esbelta del Trópico, cuyos frutos todos son utilizables: las hojas para cubierta de chozas o cabañas; su corteza para sudaderos de *soyate,* su albumen carnoso o copra, para extraer aceite, fabricar jabones y hacer sabrosas confituras; su líquido como refrescante y laxante; su fibra para hacer escobas y cepillos; y su basta estopa, para arneses y sudaderos. La gigantesca *Ceiba,* (1), el árbol sagrado de los indios, que se ve en las plazas de varias poblaciones de la República cubriendo con sombra protectora a pobres gentes con sus vendimias; cuyo fruto da el kapok o algodón, finísimo como seda, refractario a las chinches en la colchonería; el árbol cuya madera liviana se emplea en canoas y construcciones de salvamento.

La Escobilla, abundante en las costas del Pacífico, empleada hoy para hacer escobas ordinarias, y cuya fibra por su resistencia alguien considera superior al yute y que es lástima que en los ensayos hechos hasta aquí para la fabricación de sacos destinados a la exportación de nuestros frutos, no haya tenido hasta hoy el satisfactorio éxito deseado.

La planta de Maguey o *Agave Americano,* de fibra blanca, larga y fuerte; y cuerdas, lazos, *matates* y hamacas fabricados con su pita o cabuya. Del *Sabal,* sombreros llamados de ilama; del *Junco,* sombreros de Jipijapa; *suyacales* y sudaderos, de la *Palma Real* de los departamentos de la Alta y Baja Verapaz.

El Algodón, planta que los indios anteriores a la conquista cultivaban para hacer sus vestidos; ávida de sol, de calor, de frecuentes y superficiales cultivos para mantener la humedad del suelo y de substancias fertilizantes al pasar el arado antes de la siembra o al hacer los primeros deshierbos, para lograr el rápido crecimiento del arbusto antes que aparezcan las enfermedades criptogámicas causadas por hongos minúsculos o por el voraz coleóptero llamado Picudo o gorgojo de algodón; árbol que necesita de constantes rotaciones.

Al lado de una rama del algodonero con hojas, flores y capullos verdes y reventados con su blanca borra, será bueno apuntar las especies de algodón sembrado, criollos, como el blanco de fibra fina y el amarillo llamado *cuyúscate;* los importados como el Pochón, el Sea Island, el Caravónica y el mestizo de criollo y de *Sea Island.*

Apuntar si las variedades sembradas son las perennes o las anuales, que son las preferidas en los trópicos; los abonos químicos empleados en su caso, la elevación del terreno sobre el nivel del mar, la máquina desmotadora y el producto obtenido tanto en algodón como en semilla.

Al hablar de este textil no creo por demás hacer alusión a la idea indicada por la revista económica *The Economic Review* de San Salvador, correspondiente a marzo de 1925. En esa Revista cítase la obra *The Cotton* del Ingeniero Felicien Michotte, quien preconiza como un error

---

(1) Se ha discutido si esta voz indígena debe inscribirse *Ceiba* con c o *Seiba* con s, y si se debe acentuar el diptongo *ei* o nó. El uso ha sido variado. Aquí seguimos al Diccionario de la Academia, XV Edición, que es la última.

el cultivo del algodón, porque sus muchas variedades exigen terrenos y climas diferentes, por las enfermedades que sufre, por los insectos que lo atacan, y por las condiciones meteorológicas que lo afectan. Error económico, dice, porque su cultivo exige mayor extensión de terreno y el empleo de mayor número de brazos que el ramio y la sanseviera; y error industrial, porque el hilo del algodón y los tejidos que de él resultan son inferiores a los tejidos del lino, el cáñamo y el ramio. Pero sea de esto lo que fuere, mientras la substitución no llega, el cultivo del algodón se hace en muchos países, y nosotros tenemos que atenernos a la actualidad, y pedirle a la fotografía su concurso para que nos dé a conocer gráficamente todo lo relativo a la planta tradicional, abolenga por decirlo así, que ha vestido y sigue vistiendo a la mayor parte de los hombres.

Todo lo contrario habrá de decirse del cultivo de la morera y del gusano que de su hoja hila la seda.

Premios a los que se dedicaran a la sericicultura en 1837; privilegio a don Eduardo Klée para devanar y doblar el hilo de seda en la máquina de su invención, en 1841; compañía para la formación de un laboratorio dedicado a la crianza de gusanos de seda en 1844; todo ha sido inútil, y hoy ante la seda artificial que merced a los adelantos de la química se emplea preferentemente para vestidos finos de telas livianas, sería perder lastimosamente aquella industria en actividades llamadas a labores más seguras y lucrativas.

Una vista de las verdes espigas del *tule* que se ven a las orillas del pintoresco lago de Amatitlán y en otros lugares pantanosos, espigas que sirven para hacer esteras o petates que los indios fabrican con ellas.

Hermosas *cañas de bambú* que se emplean en cestos y petacas; y caña brava de la cual hacen los campesinos tarros de ordeño, encañados y *tapexcos.*

La cucurbitácea *paxte* o pashte, cuyo fruto produce esa trama fibrosa empleada como esponjas para el baño y utilizada en objetos fabriles.

El árbol de *Capulín* cuya corteza, empleamos en las fincas para *embejucar* los canastos destinados a la recolección del café, y la corteza del Canak joven para amarre de cercos.

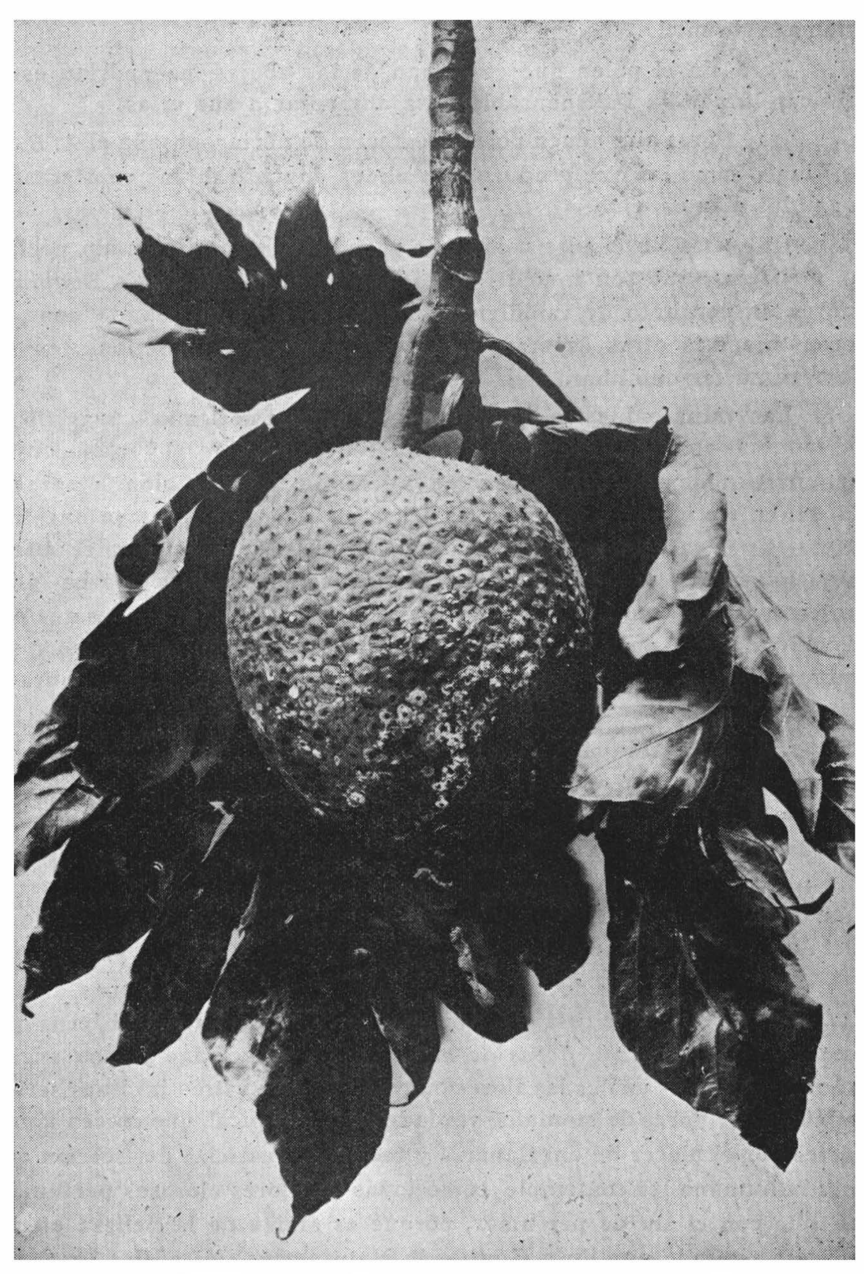
Un cerco de *Izote (yucca gloriosa, yucca filamentosa),* siempre verde y cuyas blancas flores las indias traen a nuestros mercados, como comestibles.

La *Piñuela* (bromelia piñuela), empleada en los cercos.

La raíz del *pajón* que se da en las grandes alturas y en las cumbres de nuestros volcanes y que sirve para hacer cepillos.

El Ramio o Ramié (bohemeria tenassissima), planta que aunque conocida en Guatemala, no se ha logrado cultivar por falta de una desfibradora eficaz, para utilizar su fina y resistente fibra.

La Sanseviera, de rápido desarrollo, exenta de enfermedades, sin espinas y de fácil cultivo.



Arto Carpus Communis Forst. Artocarpáceas. Nombre vulgar: Arbol del pan.—Departamento de Zacapa.—El original pesa 2½ libras; hay frutas mucho más grades, del tamaño de un ayote o calabaza.

PLANTAS MELIFERAS

Sin flores melíferas no hay colmenar o apiario, esto es, sin flores cuyo néctar liban las abejas, que son las que fabrican la miel en su estómago de miel.

Pero sin el polen que es el pan de las abejas, no podrían éstas fabricar la papilla indispensable para alimentar a sus crías.

Hay flores que tienen polen y carecen de néctar, enseña el *A. B. C.* de Rooth, como las que producen los olmos, muchas de las coníferas, el nogal, los álamos, etc.

Util sería un cuadro colocando al lado de estas flores sin néctar, las melíferas, que son muchísimas. Por ejemplo, el oloroso *Suquinay* que es un conjunto de ramilletes de agrupadas flores, donde unas se abren mientras otras esperan su turno para que las abejillas tengan siempre néctar que libar.

Las varas enhiestas del maguey o ágave americano, cuyas flores son tan ricas en néctar; el *Capulín,* el *Sauce,* el *Aguacate,* el *Trueno,* cuyos ejemplares tenemos en la alameda del derruído Teatro Colón, los azahares del cafeto y del naranjo, la *Gravilea,* cuya sombra protege nuestros cafetales y cuyas flores de encendido color amarillo dan una miel obscura que se emplea para alimento de las mismas abejas; y la Hierba Mala protectora de los cercos por su leche vexicante, fatal para una res que por casualidad come una de sus hojas, mientras no afecta a la cabra; y sin embargo las abejillas fabrican de esa planta una miel blanca, pura y transparente.

La citada obra *A. B. C.* de Rooth enumera 75 plantas melíferas pertenecientes a la Zona Templada, 65 de la Isla de Cuba y 31 más de otros países de clima cálido. En esa misma obra se manifiesta la imposibilidad que hay de dar una idea aproximada siquiera de las innumerables plantas productoras de miel en el Trópico, antes consideradas de calidad inferior y rectificada la opinión hasta el punto de reputarse la miel de la Antigua como de las más puras y claras que llegan a Hamburgo.

¿Qué podríamos decir nosotros de todas esas flores blancas, amarillas, moradas, color de rosa, de árboles, arbustos y plantas herbáceas que llamamos comúnmente *flores de montaña,* tan preciadas por su néctar exquisito y sin las cuales las flores cultivadas en nuestros jardines serían deficientes?; flores de montaña, verdadero lujo tropical, que crecen abundantes por el placer de engalanarse y recibir las caricias del sol, sin que mirada humana las contemple, como todas las flores olorosas perfuman, tan sólo con el fin de perfumar, porque es amiga de la belleza eterna esa cosa pensada que diría Gœthe: la Naturaleza. Mirad los lirios del campo que ni trabajan, ni hilan, y sin embargo Salomón con toda su magnificencia no pudo ataviarse con la hermosura de uno sólo de ellos, como diría "la voz más autorizada que jamás resonó en el mundo", "el prodigio más grande de la historia y la suprema ley entre todas las que norman el espíritu": EL EVANGELIO.

PLANTAS TINTOREAS

El palo llamado del Brasil (Cesalpina) que es sin embargo abundante en Centro-América, y su color de tinta roja es apreciado en la tintorería.

El *Achiote* (Bixa orellana) cuya materia colorante se emplea en Europa para barnices de muebles, y entre nosotros como condimento en el arte culinario y para colorear productos alimenticios, queso, mantequilla, etc.

El *Camotillo* o cúrcuma, de cuya raíz se forma una tintura que se emplea en las pinturas al temple y para dar color a jarabes y licores.

El *Nacascolo* (Caesalpina coriaria), que aquí llamamos nacascolote y dividivi que se emplea en el curtimiento y en tintorería.

El palo de Campeche (Hemotoxylon campechianum) cuyo nombre viene de la bahía de Campeche en México, pero que se encuentra en los departamentos del Norte de Guatemala; produce varios colores por medio de reactivos para hacer tinta negra de escribir, y aún para falsificar los vinos de Burdeos y Borgoña.

El *Mangle,* (Rhizophora mangle). A pesar de que los manglares cubren extensos bosques en las costas y esteros de ambos mares, es increíble, dice el Doctor David J. Guzmán (de cuya obra, *Botánica Industrial de Centro-América,* tomamos datos), que hasta la hora presente los habitantes de esos litorales no hayan sacado mejor partido de este vegetal, cuya madera es combustible, material de *curtiembre,* se emplea en la zapatería, y no tiene rival para construcciones marinas, y da un hermoso rojo su materia colorante.

Añil o *jiquilite* (Indigofera añil). Leguminosa que encontraron los conquistadores en México y Centro-América y cuyo cultivo ha sido la riqueza de El Salvador.

Como un recuerdo histórico, una penca de nopal cubierta de grana o cochinilla, cuyas primeras 40 pencas cubiertas de cochinilla, remitió a Guatemala el Presbítero don Manuel Antonio Figueroa, Cura de Tuxtla, en 1812, al cuidado de la Sociedad Económica de Amigos de Guatemala, empeñada en la aclimatación y propagación del precioso animalito, que como se ha dicho antes, dió existencia comercial a Guatemala, hasta que, decaído su precio, entre los surcos del nopal vinieron plantándose arbolitos de café.

PLANTAS OLEAGINOSAS

Una planta de Maní o cacahuete (arachis hipogea), leguminosa, originaria de América, cuyo aceite es tan bueno como el aceite de oliva. El Ajonjolí (sesamum occidentale), cuyo grano produce un aceite de color de oro y es empleado entre varios usos culinarios, tostado y molido en el sabroso *pepián.*

La *Higuerilla* o risino (palma cristi), el común y el rojo, de cuyos hermosos racimos se extrae después de tostado, molido y cocido el aceite

que se llama de higuerillo, y prensado en crudo y filtrado, el aceite de castor, que un error zoológico llamó así por haberse creído procedente del animal de ese nombre.

El árbol de la cera vegetal o Arrayán, cuya semilla usan las gentes pobres prendidas en estacas y encendidas como candela.

El Chán (Salvia Chio), cuyas espigas de tierno verdor en siembras espesas en cajoncitos adecuados, adornan los huertos la noche del Jueves Santo, en nuestras Iglesias, y cuyo aceite extraído de las semillas es secante, bueno para la fabricación de colores al óleo.

El Girosal (Heleanthus) cuyas semillas pueden aprovecharse también para las aves de corral y es su aceite amarillo claro y secante.

El Lino o *linaza,* el Chicalote, el Jocote Marañón (Anacardium occidentalis), de sabor exquisito, su almendra que sirve para hacer en Chiquimula una imitación del turrón de alicante; su aceite es dulce, pero cáustico el de su pericardio.

PLANTAS FORRAJERAS

El *Zacatón,* el Pará, Platanillo, etc., como una muestra de esos potreros y guatales de Escuintla, Mazatenango y Suchitepéquez, donde los ganados casi se esconden entre las hierbas que les sirven de alimento.

La Alfalfa, uno de los mejores forrajes, ya verde, ya convertido en heno y cuyas raíces abonan los terrenos porque toman el alimento de las capas más profundas del subsuelo.

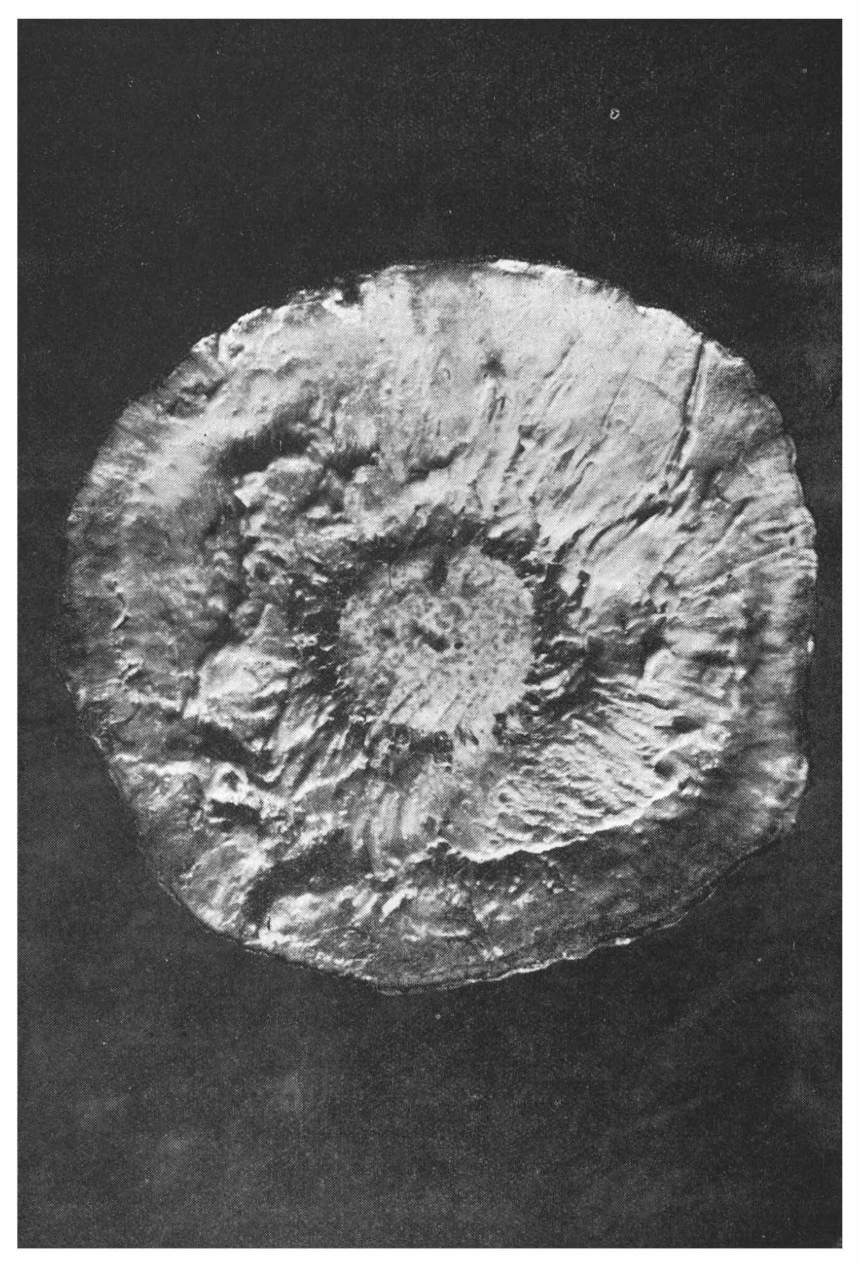
El Teocinte, el Maicillo ,la Avena, planta de altura, la caña verde del Maíz para formar el bien oliente ensilado que devoran las vacas lecheras.

La Ilusión blanca y morada importada de Bermuda, cuyas flores en conjunto forman un aspecto agradable en los campos, pero cuyas semillas ya secas y revestidas de finísima pelusa vuelan por todas partes en alas del viento e invaden otras plantaciones perjudicándolas; y toda esa variedad de gramíneas que cubren espontáneamente los prados; las hojas del Amatle y sin nombrar aquí las plantas de los bosques cuyas propiedades alimenticias conocen por el olfato los animales herbívoros.

Util será conocer gráficamente las tres plantas forrajeras que se dice son de importancia reciente en el país: el *Jaragua,* de follaje abundante y oloroso; el *Napier* ya de hoja ancha ya de hoja angosta, resistente a la sequía; y el *Rhodes,* que exije tierras húmedas, fértiles y que puede dar de 4 a 5 cortes durante la estación lluviosa.

El forraje es la base de las fincas rústicas. Sin forraje no hay animales con labores eficientes y baratas; no hay leche, el más completo de todos los alimentos; no hay estiércoles, el mejor de todos los abonos orgánicos.

De ahí la importancia de conocer la variedad de plantas forrajeras y el valor nutritivo de cada una de ellas.



Fruta del *Arbol del Pan*, partida por la mitad, estéril, sin semilla. De su pulpa se hacen rodajas como papas que se frien o se cuecen al horno. También amasada y guisada con almíbar para hacer mazapán, y de ahí el nombre de *Arbol de mazapán* que también se le da. Se propaga del retoño o yemas que brotan de su raíz. Hay otra variedad del *Arbol del pan* que da semillas comestibles como papas o molidas juntamente con maíz para hacer tortillas

PLANTAS DE ADORNO

Los helechos, como el culantrillo, el Helecho Macho, y otras muchas plantas que habitan en lugares húmedos o arborescentes, de hermoso verdor y deliciosa estructura.

Las bellísimas flores cultivadas en nuestros jardines, cuyos aromas ejercen acción benéfica en la atmósfera, y cuyos nombres en muchas de ellas son revelaciones de poesía. Así, esa florecita entre azul y morado, *Nomeolvides,* que es el deseo de la amistad, del amor, de la historia; la *Inmortal* cuyos pétalos ya secos continúan siendo el símbolo de la inmortalidad, que nos encanta, como el no ser nos horroriza; la *Siempreviva,* la *Pasionaria,* que hace ver los tres clavos de la cruz, signo de ignominia en los antiguos, de redención para el Cristianismo, que viene figurando desde los primeros siglos de nuestra era en los templos, en los sepúlcros, en los grandes monumentos y se ve hoy sobre el caballete de humildes casas en algunas poblaciones de la República; el *Huele de Noche,* el *Galán de Noche,* el *Amor Seco,* el *Cundeamor,* etc.

Poéticas serán las fotografías del cafeto cuajado de jazmines, del granado salpicado de escarlata, de las pomposas Floripundias, que cual ebúrneas campanillas penden; del Trébol y las Flores de la Cruz, como diría nuestro Juan Diéguez, en "Las Tardes de Abril".

Entre las flores las *Orquídeas,* objeto de comercio y de exportación que cultiva con tan amoroso empeño nuestro estimado consocio don Mariano Pacheco Herrarte; flores tan atrayentes por sus notables formas y brillantes coloraciones, que cautivan nuestras miradas, como algunas especies, insectívoras, aprisionan para devorar al pobre mosquito en busca de miel.

Flores acuáticas, como las hay de agua dulce y marinas, que parcialmente expuestas al aire se libran de la desecación por el mucílago que entra en la composición de sus paredes celulares, como los lirios que se ven en el lago de Amatitlán y en otras localidades, plantas perennes y flotantes, libres de toda sujeción al suelo.

Las variadas enredaderas que tapizan nuestros muros o cubren los corredores de nuestras habitaciones; y esas dos especies de Bouguenvilleas, originarias del Brasil traídas a Guatemala por el naturalista don Juan J. Rodríguez. Y ¿por qué no mencionar aquí esos convólvulos que en la primavera se enredan en los cercados de pobres viviendas para adornarlos con sus campanillas celestes como el cielo, o veteados con carmín, azul y nácar el interior de sus corolas, nuestros lindos, modestos y populares *Quiebracajetes,* de tanta vida y alegría por la mañana y que se marchitan y mueren cuando el sol se pone?

Los *Magueyes* ornamentales con hojas de verde y blanco, procedentes de Los Angeles en California.

La Malanga Quequexque, que cultivamos en nuestros jardines, y de cuyas variedades conviene distinguir las venenosas de las que son útiles por sus tubérculos para la elaboración de fécula o para la alimentación de cerdos.

Arbolitos liliputienses, cortada su raíz axilar para evitar su crecimiento.

En las alamedas y jardines públicos las lindas araucarias, el precioso Mescal de nuestros volcanes, el *framboyán* o árbol del Fuego con sus lindísimas flores pintadas de escarlata. Vale la pena, dice un escritor, hacer un viaje a Puerto Rico tan sólo por ver alamedas de ese árbol cubierto de flores.

Flor de palo que se produce en el Volcán de Fuego.—Véase la explicación en la página 314.

La *Pimienta de Chiapas* (Pimenta Officinalis), hermoso árbol que se produce silvestre en los bosques de la Alta Verapaz y del Petén.

La *Acacia* blanca, de flores blancas y olorosas.

El *Tamarindo;* y el *Guachipilín,* de la familia de las leguminosas. que se cubre de florecitas amarillas, y cuya madera, de gran consistencia, fibrosa y resistente emplean los indígenas para horcones.

Cuánto no ganarían los jardines públicos, las alamedas y aún las casas particulares, ha escrito el Doctor Sisto Alberto Padilla, con la plantación de los hermosísimos árboles de Bálsamo, cuya corteza y hojas siempre verdes, y cuyas flores perfuman la atmósfera. El mismo distinguido naturalista propone para la formación de alamedas y para adornar parques y paseos públicos el Quitacalzón (Guarea grandiflora), bajo cuyo abrigo se siente una especial frescura. El Samán o Zamán (Pitheocolobuim) que extiende sus hojas con los rayos solares y las recoge por la tarde; y el Tempisque (Lucuma caprili), árbol de forma agraciada y hojas lustrosas, no sólo de adorno sino también frutal.

Las flores de palo que nuestro naturalista don Juan J. Rodríguez encontró en el volcán de Fuego, por lo cual el sabio explorador Morelet creyó atribuírlas a efluvios volcánicos, y el conocido naturalista costarricense don Anastasio Alfaro encontró también en el volcán de Turrialba, en Costa Rica; flores que no son otra cosa que la excrecencia o atrofia que se forma en las ramas de un árbol por la invasión de la planta parásita conocida con el nombre de *matapalo,* la cual a medida que se desarrolla causa en la víctima un tumor, escribe el señor Rodríguez, y añade el señor Alfaro, como si las fibras de la rama atacada tratasen de recubrir y ahogar en revueltas contorsiones aquel germen nocivo a su natural desarrollo: la lucha termina al cabo de tres o cuatro años y muere la planta parásita, dejando en la rama afectada una impresión de aristas y surcos elegantes.

ENFERMEDADES DE ORIGEN VEGETAL

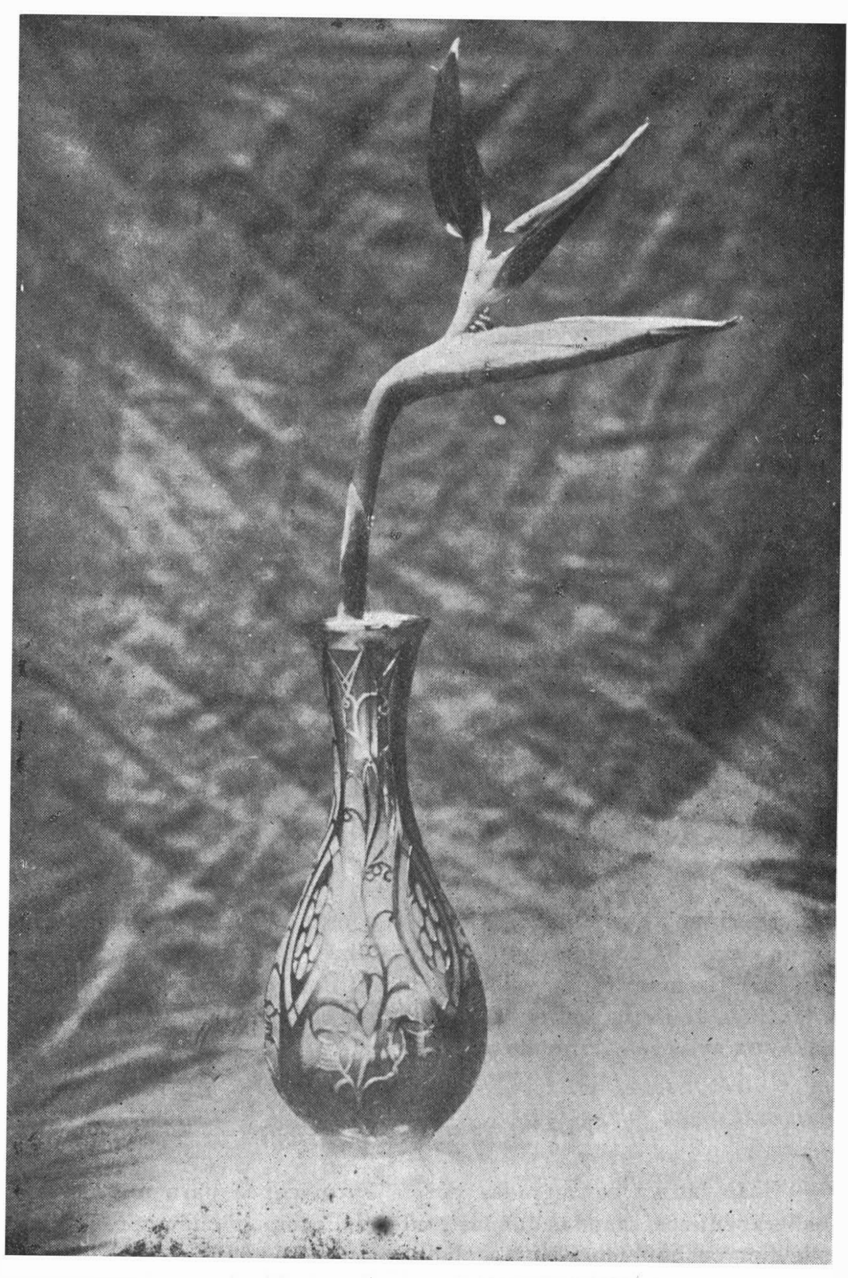
Hemos visto en las aplicaciones a la Geografía Zoológica algunos ejemplos de animales perjudiciales a las plantas; pero hay también plagas provenientes de origen vegetal.

Al hablar del cafeto hemos insinuado la mancha de hierro, e insinuaremos aquí ejemplos de otras plagas tomadas del almanaque del Ministerio de Agricultura para el año de 1926, de la Argentina, que sirve de guía y consejo a los agricultores de aquella República.

Antracnosis del algodón (Glomerella Gossypi), de la arveja, del nogal, del peral, del rosal, que se conocen por sus manchitas más o menos moradas, leonadas o blanco-cenicientas. El carbón de la cebada, del maíz, del trigo, polvo negruzco que llena las cavidades de las espigas, y con aspecto de tumores blanquecinos en el maíz; el hollín o fumagina de la manzana y otras frutas.

El *mildew* de la lechuga, de la papa, del repollo, de la vid que se conoce por las manchas amarillosas o de color parduzco sobre la cara superior de las hojas.

Mosaico de la caña de azúcar y del tabaco que se presenta en listas más o menos pálidas o blancas, o manchas amarillosas, matizando en ambas caras el verde de las hojas.



Estrelitzia Reginae.—Nombre vulgar: Flor del pajarito.

Oidio del durazno, del rosal, de las cucurbitáceas, leguminosas y crucíferas, que se indica por polvo blanquecino de ambas caras.

Roya de la avena, del centeno, del durazno, de la haba, de la higuera, del trigo, del maíz, del rosal; enfermedad que se muestra con pustulitas de color café castaño, marrón, amarilloso, anaranjado, regularmente en la cara inferior de las hojas.

Sarna del durazno, del peral, del manzano, que se muestra con manchas sobre la piel del fruto o las hojas.

Viruela del durazno, de la remolacha, del tomate, que se conoce por sus manchitas rosado pálido sobre las hojas que acaban por agujerearse.

Las fotografías de estas plagas harán comprender sus variedades y las diferencias entre unas y otras. Por supuesto que el objetivo debe ser ampliado el número de veces conveniente. Así, en el Magazine de *The National Geographic Society,* de Washington, correspondiente a abril de 1926, se encuentran importantes observaciones por el explorador William Crowder acerca de estos seres microscópicos entre los lindes de las plantas y del reino animal.

En el hueco de un palo podrido, una mancha de sucio y pegajoso moho, agrandada 30, 40 y hasta 75 veces, mediante el auxilio de lentes poderosas, dejó comprender que lo invisible a la simple vista del ojo humano, era una miriada de esporas, de textura traslúcida, de formas semejantes a huevos de pájaros, a finas canastas, a perlas, o cuentas de porcelana, a la espiga de cañas huecas y nudosas, etc., con matices de colores indescifrables, como los que sólo la naturaleza sabe producir, con los reflejos rosados de la aurora o las vibraciones coloridas del sol poniente.

Los líquenes que vemos como una suciedad en las rocas, paredes y piedras desnudas, son para el naturalista *creadores del suelo,* porque de sus restos acumulados van desarrollándose sucesivamente plantas diversas.

En el moho, en el musgo donde el común de los hombres no vemos sino una mancha funesta, húmeda, insalubre, llena con los miasmáticos vapores de la muerte, la exploración científica ha encontrado minúsculos jardines de flores: en el tronco de un árbol, olvidado, podrido, muerto, los maravillosos fermentos de la vida.

PLANTAS MEDICINALES

Sean las ya consagradas por la Farmacopea para utilizarlas en usos terapéuticos, sean las que las gente del campo vienen aprovechando desde tiempo inmemorial para alivio de sus dolencias.

Obedece esa práctica, ya a la falta de médico, ya a la tendencia instintiva que nos lleva a buscar remedio en el reino vegetal. "El viajero que aunque de paso, recorre las Antillas y el Continente Americano no tarda en reparar, especialmente si se enferma lo más mínimo durante su peregrinación, que cada cual tiene siempre alguna receta que indicar.

No hay país en el mundo en que hormigueen mayor número de curanderos, de curiosos hierbateros". Palabras son éstas del Doctor Renato de Grosourdi, autor del "Médico Botánico Criollo", cuyas experiencias y observaciones recogió durante más de 10 años en viajes científicos por las Antillas y Venezuela.

El mismo autor hace observar que por desgracia la ciencia no siempre acompaña a los deseos del aficionado que aplica sus recetas con más o menos acierto, y a veces opone su competencia a la del facultativo, quien tiene casi siempre que censurarla, no porque sea malo el remedio, sino porque muy a menudo su aplicación es inoportuna, está mal entendida y a veces equivocada por no conocerse todas las propiedades de las plantas que se emplean.

La nomenclatura de las plantas ofrece constantes dificultades para conocerlas, como para aplicarlas con éxito provechoso. Así de las 909 plantas reputadas medicinales que contiene el Católogo de las que se presentaron en la Exposición Nacional con motivo de las Fiestas de Minerva en 1913, muchas de ellas, esparcidas en los departamentos de la República, carecen de toda clasificación científica, como las más vulgarmente conocidas, *Amor seco* (sudorífico), *Angélica Silvestre* (carminativo), o antiflatulento, *Antillo* (mordeduras de víboras), *Barba de León, Botón de la Virgen, Brazo de Niño, Caña de Cristo;* hierbas varias, *Matilisguate,* del *Gorrión,* del *Loro,* nombres caprichosos que producen confusiones completas.

Otras veces la misma planta tiene nombres diferentes en distintos departamentos: lo que se llama *Barba de Viejo* en unos es *Cabello de Angel* en otros o *Bejuco de Crespillo;* aquí, maní o manía y allá cacahuete; aquí, *Matapiojo* y allá Palo de Zope.

Las frutas que conocemos en Guatemala con el nombre de zapote se denomina Mamey en México y en las Antillas; nuestro Güisquil es chayote en El Salvador y Costa Rica.

Hay plantas que llevan el mismo nombre en Europa y en América, dice el citado autor francés, que no tienen ninguna similitud botánica, ni participan de las mismas cualidades terapéuticas. Así, el Cardosanto nuestro es una papaverácea, según dicho Catálogo, y el Cardosanto de Europa es la *Centaurea Benedicta,* de la familia de las synanthéreas.

Todo esto está indicando que nuestros hombres de ciencia, oyendo a los hombres del campo, como se hizo acompañar de los indígenas el Barón de Humboldt en sus viajes por Venezuela, con gran ventaja y utilidad para el sabio explorador, se dediquen al estudio detenido y práctico de las riquezas de nuestra Flora. Rica es ésta, y en sus extensos bosques, dice el joven profesor Ulises Rojas, mueren constantemente multitud de plantas que ningún beneficio rinden, tan sólo porque no sabemos aprovecharlas: alcaloides, glucócidos, resinas y bálsamos nos vende el extranjero, y nosotros vemos con indiferencia a las plantas que los producen.

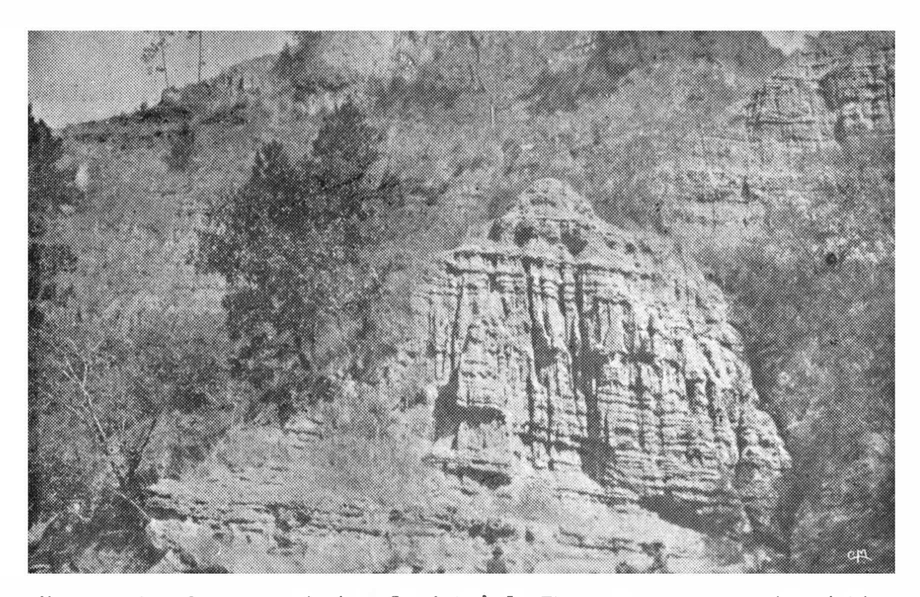
Se comprende cuánto no podrían coadyuvar nuestros Anales al conocimiento de la Botánica Farmacéutica, si al Fotograbado de una planta medicinal se aunan las propiedades terapéuticas reconocidas, los nombres vulgares y científicos, los del departamento que la produce, la altura en que se encuentra y el nombre del facultativo experimentador con sus observaciones técnicas. Sería algo así como el principio de una Iconografía de Botánica Médica.

A ello habrá de contribuír eficazmente nuestro Jardín Botánico, de creación reciente, alabado por extranjeros por las riquezas que contiene y el esmero con que se atiende.

El Médico, decía Hipócrates — el padre de la Medicina — debe recetar los medicamentos que están más al alcance del enfermo.

Después de estos pocos ejemplos especializados para la aplicación de la Fotografía al inagotable mundo vegetal, podemos repetir las frases de Monseñor Kneipp:

Dieu a mis dans la nature
De quoi nous nourrir,
De quoi nous vetir,
De quoi nous guerir.



Altares en el río Quezada municipio de San Antonio Las Flores, que muestran la acción epigénica de la lluvias.

Como es juzgada en el exterior nuestra labor

LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA DE GUATEMALA

"Esta Sociedad, que tiene muy pocos años de fundada, ha hecho una labor tan profunda y benéfica, que se le puede considerar ya como una institución nacional. Reuniendo en su seno a los intelectuales guatemaltecos más valiosos y entusiastas, todos trabajan no por el triunfo individual, sino por el colectivo de la institución a que pertenecen. Los socios de esta Sociedad, por sabios que sean, no son sino peones que laboran en la reconstrucción histórica de Guatemala, aún más, de Centro-América y contribuyen, por lo mismo, a la de la América Hispana.

Hemos visto y admirado los Anales en que la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala da a conocer, periódicamente, sus trabajos constructores. Fuera de la parte tipográfica, que es magnífica, el texto contiene reproducciones de documentos, facsímiles y fotograbados antiguos y estudios sobre los mismos; también publican los Anales las conferencias que dan los socios con el fin de divulgar los conocimientos históricos y hacer que nazca o aumente la afición a ellos. Esta es una de las finalidades de la Sociedad que comentamos: luchar con la palabra y con la pluma contra nuestra desidia e indiferencia por conocer nuestro pasado, es decir, por conocernos a nosotros mismos.

La historia de nuestros pueblos no comienza con la conquista de España; tenemos un remoto y glorioso pasado que desconocerlo, es casi renegarlo. Urge terminar con la leyenda de que somos pueblos jóvenes; excusamos nuestra pequeñez y nuestra debilidad en nuestra "juventud". Comenzar la historia de América a partir de la conquista española, es desconocer las civilizaciones indígenas; es negar a Guatimozin, a Lempira, a Urraca, a Tecún Umán y a todos los indios "salvajes" pero inmortales. Hay tanto orgullo de ser descendiente de los reyes martirizados y quemados que de quienes levantaron horcas y encendieron hogueras.

Para engrandecer nuestra nacionalidad hay que difundir el estudio de la historia pre-hispánica; hay que desenterrar las ruinas, leer los jeroglíficos y los infolios y reconstruír, espiritualmente, las ciudades. Así se han encontrado, en Guatemala, los monolitos de Quiriguá (una fotografía de éstos acaba de ganar el primer premio en el concurso de carátulas del *Journal de Voyages,* de París); y así halló el padre Ximénez el manuscrito del *Pojol-Buj,* la maravillosa biblia de los Quichés que acaba de traducir y publicar el sabio francés Georges Raynaud.

Nosotros desearíamos que cada República indo-hispana tuviese, antes que una sociedad literaria, una de Geografía e Historia como la de Guatemala".

(De la Revista "Universitario" número 3, de julio de 1926.—París).

Orografía del Departamento de Guatemala

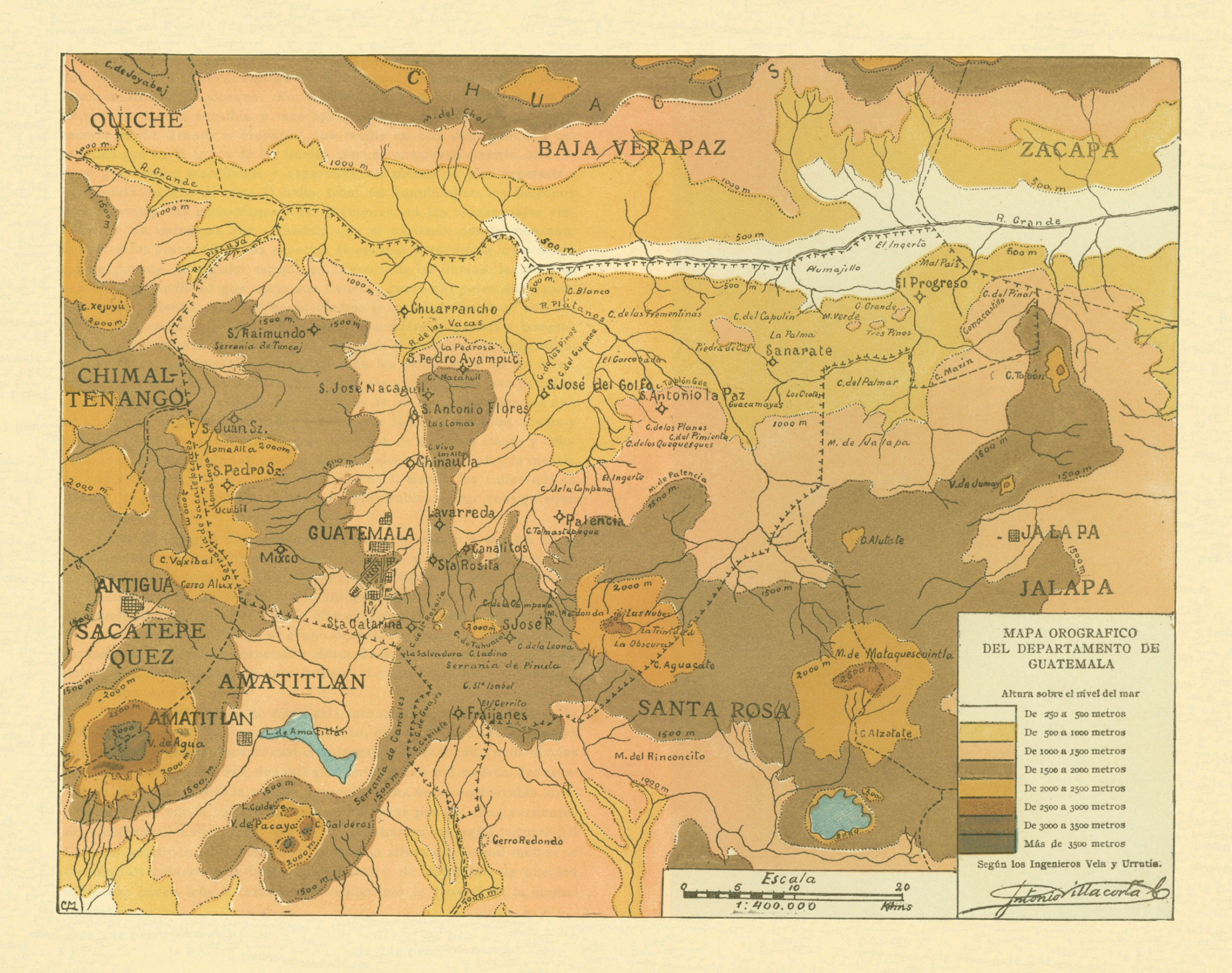
Estudio del socio activo, Licenciado
J. ANTONIO VILLACORTA C.

Orografía. — La Sierra Madre. — Alturas del Oeste. — Alturas del Este. — Cuadro de John L. Stephens.

Al describir las montañas de Guatemala, los geógrafos franceses Onesimo y Elíseo Reclús dicen que el relieve del país es muy sencillo en su estructura general: la parte alta de la meseta sigue la costa del Pacífico a una distancia media de 80 a 100 kilómetros, y presenta por ese lado su pendiente más rápida y más igual mientras que el declive que mira hacia el Atlántico es tres o cuatro veces más extenso, y, a pesar de eso, más difícil de recorrer, a causa de sus abruptos barrancos y de las gargantas profundas que los ríos han cortado. Además, las montañas de Guatemala no rematan en una arista, sino que se ensanchan hacia la cumbre para dilatarse en mesetas graníticas de diversas magnitudes, que tienden, por decirlo así, a formar otras tantas mesas semejantes a las del Anáhuac; y las mayores irregularidades de la sierra se deben a haber surgido volcanes sobre la división de sus montañas, pero no con una orientación idéntica a la de la cadena que les sirve de pedestal. (1)

En el departamento de Guatemala se confirma esa descripción. Casi todo el territorio que le pertenece se alza sobre las mesetas superiores de la larga cordillera llamada Sierra Madre, que penetra al territorio de la nación por los confines del departamento de San Marcos, limítrofe con la República mexicana, y sigue hacia el Este, disminuyendo en altura a medida que avanza en los de Quezaltenango, Sololá, Chimaltenango, Sacatepéquez, Guatemala, Santa Rosa, Jalapa y Chiquimula, siendo en efecto notable su paralelismo con la costa del Pacífico, y formando en la comarca de que nos ocupamos y a mil quinientos metros de altura sobre el nivel del mar, extensa meseta coronada por altas serranías graníticas, que la subdividen en varias mesas. La línea divisoria de las aguas corrientes está marcada por una serie de crestas que, llegando del vecino departamento de Sacatepéquez, por el Oeste, alcanzan dos mil metros de altura entre los confines de ambos departamentos, descendiendo a mil al Sur del valle de Guatemala, para volver a elevarse sensiblemente por los de Pinula hasta alcanzar dos mil en las montañas de Las Nubes, al Oriente, en una extensa porción del territorio que ocupa una gran parte de Santa Rosa, subiendo quinientos metros más, al Este de Mataquescuintla.

(1) *Geografía Universal*. Tomo VI. Pág. 13.



MAPA OROGRAFICO DEL DEPARTAMENTO DE GUATEMALA
Altura sobre el nivel del mar
De 250 a 500 metros
De 500 a 1000 metros
De 1000 a 1500 metros
De 1500 a 2000 metros
De 2000 a 2500 metros
De 2500 a 3000 metros
De 3000 a 3500 metros
Más de 3500 metros
Según los Ingenieros Vela y Urrutia.
Antonio Villacorta
Escala
0 5 10 20
1: 400.000
Ktms
CHUACUS
QUICHE
BAJA VERAPAZ
ZACAPA
CHIMAL-TENANGO
SACATEPE QUEZ
AMATITLAN
SANTA ROSA
JALAPA
GUATEMALA
ANTIGUA
JALAPA
AMATITLAN
R. Grande
R. Pixcayá
R. Plátanos
R. de las Vacas
El Progreso
Sanarate
Chuarrancho
S. Raimundo
Serranía de Tuncaj
S. Pedro Ayampuc
S. José Nacaguil
S. Antonio Flores
S. José del Golfo
S. Antonio la Paz
Chinautla
Lavarreda
Palencia
Canalitos
Sta Rosita
Mixco
S. Juan Sz.
S. Pedro Sz.
Sta Catarina
S. José P.
Fraijanes
Serranía de Pinula
Serranía de Canales
L. de Amatitlán
V. de Agua
V. de Pacaya
Cerro Redondo
M. del Rinconcito
M. de Mataquescuintla
C. Alzatate
C. Alutate
V. de Jumay
M. de Jalapa
M. de Palencia
Las Nubes
La Trinidad
La Obscura
C. Aguacate
El Ingerto
Plumajillo
Mal País
C. Blanco
C. de las Trementinas
C. del Capulín
M. Verde
La Palma
Tres Pinos
C. Grande
C. del Pinal
C. Tobón
C. Marín
C. del Palmar
Guacamayas
El Corcobado
C. Xejuyú
C. Vaxibal
Cerro Alux
Loma Alta
Ucubil
M. del Chol
C. de Joyabaj
C. de los Planes
C. del Pimiento
C. de los Quequesques
C. de la Campana
C. Tolmastepeque
C. de Tahuaco
C. de la Leona
La Salvadora
C. Ladino
C. Sta Isabel
El Cerrito
L. Calderas
C. Calderas
M. Redondo
500 m
1000 m
1500 m
2000 m
2500 m
3000 m
CM

La comarca situada al Sur de esa cresta forma una serie de pendientes abruptas, inclinadas hacia el Pacífico y entrecortadas por profundas barrancas en la mayor parte de las cuales corren ríos de rápido curso, que buscan las fértiles costas de los departamentos de Escuintla y Santa Rosa, limítrofes del Océano. Por el Norte de la mencionada serranía el declive es menos sensible y más ancho hasta descender al valle que recorre el río Grande o Motagua, que recibe en este departamento corrientes que en la época de las lluvias crecen considerablemente, abriéndose paso entre acantilados y asperones, en medio de una vegetación espléndida en que domina el bello árbol de liquidámbar, los helechos arborescentes, las gesnerianas y las bignonias, en las tierras bajas cercanas al río, mientras que a medida que se asciende por la montaña, aparecen los pinares y varias especies de encinas y negundas, ofreciendo todo el paisaje encantador aspecto en la época de las lluvias: los campos cambian su tonalidad gris sucio que tienen a causa del polvo que esparcen fuertes vientos, por verdes de diversa intensidad, desde el obscuro de los encinos hasta el claro del suquinay, matizando prados y bosques variedad asombrosa de flores, entre las que sobresalen las helianteas, oxalis, chicorrias, amarylis y camomilas en los primeros, y en las otras, las clavellinas de la India, batatillas, hiponeas y clemátidas que prenden sus florescencias anaranjadas en las ramas de los arbustos, mientras que en lo alto de las rocas escarpadas asoman sus racimos morados, azules y lilas las glisyneas, entre multitud de helechos de diversas clases y coloraciones. En medio de tan prodigiosa naturaleza se encuentra la meseta en que está asentada la ciudad de Guatemala, siendo los valles que la rodean, de origen volcánico sumamente permeables, y por consiguiente, poco feraces.

Los dos grupos de montañas que se alzan sobre la meseta de la altura media a que nos hemos referido culminan al Sur, la Occidental en el majestuoso Volcán de Agua, que yergue su figura cónica al Poniente de la cuenca que recogió en época antiquísima las aguas de la laguna de Amatitlán; quedando al Sur de dicha laguna el sistema plutónico del Pacaya, por el que culmina el grupo orográfico oriental; alcanzando el primero en su cima la respetable altura de 3,752 metros sobre el nivel del mar, y los dos mogotes que forman el segundo, 2,544 y 2,514, respectivamente.

El cono del Volcán de Agua está incrustado, por decirlo así, en la plataforma media que, como hemos dicho, está a mil quinientos metros de altura, en subplataformas casi circulares y concéntricas, cuyos niveles pueden cerrarse a dos mil, dos mil quinientos y tres mil metros, desvaneciendo sus faldas sobre la meseta general en una área considerable, limitada al Oeste por la cañada abierta en las rocas por las altas vertientes del río Guacalate, y al Este por las del Michatoya, desagüe natural del Lago de Amatitlán. Dichas faldas, hasta una altura de dos mil metros se encuentran cubiertas de bosques de pinos y de encinales, de que los indígenas hacen leña y carbón, que venden por lo general en la ciudad capitalina.

El macizo de los montes de Sacatepéquez se prolonga de Norte a Sur en una extensión de 18 kilómetros, poco más o menos, por cinco de anchura, sobre la línea divisoria de ambos departamentos, correspondiendo al de Guatemala la vertiente oriental, por la que baja hacia el Este el río San Pedro, que atraviesa los antiguos ejidos del pueblo de ese nombre, situado a dos mil ciento noventa metros sobre el nivel del mar, y que es por consiguiente, el lugar habitado más alto del departamento. Esas montañas se levantan sobre los declives septentrionales del macizo medio, cuyas prolongaciones hacia el Norte llegan un poco más allá del pueblo de San Raimundo, inclinándose sus declives naturales también hacia el Oriente para contribuír a formar el valle del río de Las Vacas: y por el Norte hasta la cuenca del Motagua, que por esa región corre a mil metros de altura por término medio.

En la constitución física de esas montañas se encuentran asperorones y silicatos de cal, y las cortan profundas barrancas, como las denominadas Guacamaya, Pizote, Salayá, Pencós, Arenal, Chipatá y Yumar, de doscientos metros de profundidad algunas de ellas, en el municipio de Mixco; y el Barrancón en el de San Pedro. Esta última tiene la particularidad de que desde sus orillas se distinguen en partes inaccesibles piedras de raras figuras, que provocan supersticioso respeto entre los indígenas de la población. Existen en el municipio de San Juan Sacatepéquez, además, las serranías de Tuncaj y los cerros de Sajcavillá, denominados La Cumbre, Tierra Colorada y Loma Alta, descendiendo más el terreno al Norte de este municipio, ya en Chuarrancho y San Raimundo, colindante este último con la Baja Verapaz.

La meseta de mil quinientos metros de altura se introduce hacia el Norte, coronada por una serranía, entre los valles de los ríos Las Vacas y Las Cañas, en una extensión aproximada de diez y siete kilómetros, hasta el municipio de San Pedro Yampuc, por las cumbres del Apazote y los cerros de la Pedrosa, culminando al Norte de San José Nacahuil en un pico volcánico conocido con este nombre.

La porción montañosa del Este, formada por un macizo bastante regular, constituye la llamada montaña de Las Nubes, que llega a alcanzar una altura de dos mil quinientos metros, irradiando de sus faldas, escabrosas y casi siempre veladas por fría y espesa niebla, las primeras vertientes del río de Las Dantas, que afluye al de Los Plátanos; las del Agua Tibia al Este y las del Sombrerito y de Pinula al Sur, saliendo de sus faldas occidentales el río de Las Animas en la línea de nivelación, que alcanza dos mil metros de altura.

Al prolongarse hacia el Norte los macizos rocosos que sustentan a las montañas de Las Nubes, envían un pequeño ramal por entre los valles del Teocinte y del Canalitos, y otro más pequeño al Este, formando la especie de anfiteatro que circunda por el Sur el valle de Palencia y prolongando sus estribaciones por Plan Grande, Sanguayabá y Sansur, en donde lo tupido de la selva y lo escabroso del terreno, forman las casi impenetrables montañas de Palencia, que se prolongan en insensible

declive hasta el cerro del Pimiento, cerca de San Antonio La Paz, ya cuando la montaña ha descendido a mil metros para formar los bajos valles de los ríos Plátanos y Guastatoya, afluentes del Motagua.

En 1840 visitó el país el arqueólogo americano Mr. John L. Stephens, que refiriéndose a esta comarca, dice: "El camino está situado en una meseta elevada, verde y rica como un prado europeo, y sembrada de árboles con rasgos escénicos de la naturaleza peculiarmente ingleses; grupos de mulateros que habían salido de la ciudad la noche anterior, descansaban en el camino, habiendo ya rendido su jornada, yacían bajo la sombra de los árboles con sus monturas y cargas apiladas en forma de muros, y, cerca de ellos, las mulas pastando en el prado. A un lado y otro del camino, y de trecho en trecho, se veían algunas cabañas que, a no haber sido adornadas por la mano del hombre, podría calificarse el rincón en que estaban, una región de poética belleza.... Yo me hallaba ansioso de contemplar la ciudad antes del crepúsculo; adelantéme, pues, cuanto pude y lo permitió la cabalgadura, hasta que, ya bien avanzada la tarde, ascendiendo una pequeña eminencia, surgieron ante mi vista dos inmensos volcanes, que parecían despreciar la tierra y querer escalar los cielos: eran los grandes volcanes de Agua y de Fuego, como a cuarenta millas de distancia, y cerca de quince mil pies de altura, admirablemente grandes y bellos.

"A los pocos minutos la gran llanura de Guatemala apareció a mis ojos atónitos, rodeada de montañas y en el centro de ella, la ciudad como una simple mancha en la vasta extensión, con iglesias y conventos, numerosas torrecillas, cimborrios y cúpulas, tan tranquila como si el espíritu de la paz reinara en ella. (1) Desmontéme y até mi mula al tronco de un ábol. El sol iluminaba horizontalmente los techos y cúpulas dándoles unos reflejos tan deslumbrantes, que no podían soportarlos los ojos. Poco a poco el disco pareció tocar uno de los flancos del Volcán de Agua; en seguida fué hundiéndose majestuosamente el orbe inmenso tras del volcán, iluminando el fondo de los cielos con una atmósfera ardientemente encendida. Una nube de oro con filetes rojizos se deslizó hasta ir a coronar el volcán, mientras que yo, absorto, contemplaba la gloriosa escena, que fué apagándose paulatinamente entre el crepúsculo encantador".... (2)

---

(1) "El viajero llegó, precisamente, dos días después de que Carrera derrotara al General Morazán, el 19 de Marzo de 1840, día en que aquel bárbaro, inundó de sangre las calles de Ciudad, con las setecientas víctimas de sus perversos instintos". Nota del Dr. Ramón Salazar, al texto que tenemos a la vista.

(2) "Incidents of travel in Central América", London 1842.—Tomo I.—Pags. 188 y 189.

Datos sobre el Tribunal de la Inquisición en Guatemala

Por el socio correspondiente don
SISTO ALBERTO PADILLA

El Tribunal de la Inquisición ejercido en Guatemala por los familiares del Santo Oficio, era una dependencia del Tribunal de la Nueva España y tenía a su cargo la tramitación de las denuncias e iniciación de los procesos, con los cuales daban cuenta para su estudio y resolución, al Tribunal Superior establecido como queda apuntado, en México. En vista de radicar en Guatemala la Real Audiencia y tratando de evitar las demoras y dificultades que ofrecía una larga distancia para la remisión de los reos y tramitación de los procesos, se pensó en la creación de un Tribunal en Guatemala, abarcando en su jurisdicción, a las Provincias de Centro-América y, al efecto, en el año de 1738 se dirigió una instancia ante el Consejo de la Inquisición en México, a nombre de la Iglesia de León, Nicaragua, y de la capital de Guatemala, a fin de obtener la creación del mencionado Tribunal Centroamericano. Las razones invocadas en el Memorial, eran las siguientes: "La enorme distancia que había desde algunas partes del reino de México; la tardanza de los correos; las pocas facultades de los comisarios; la extraordinaria demora en la tramitación y resolución de las causas; que la Audiencia era pretorial y obraba con absoluta independencia de la de México; que en la ciudad de Guatemala había catedral Metropolitana con tres sufragáneas, Casa de Moneda, etc. Se proponía que los prebendados fuesen inquisidores; de esa suerte, se decía, se ocurrirá a los inconvenientes que se pulsan por no haberse fundado hasta ahora en aquella capital, este Tribunal; se castigarán los delitos que se perpetraren, sin las demoras y dilaciones que se experimentan—se evitará el peligro de la fuga de los reos—quedar más condecorados estos empleos por recaer en prebendados de aquella Metropolitana, concluyendo por efrecer que la ciudad costearía las casas del Tribunal y que de sus propios fondos suministraría lo necesario, hasta completar los gastos que demandase la erección del Tribunal".

Años más tarde, don Francisco Vega presentó en Madrid, en 26 de enero de 1776, un largo memorial, para pedir que se fundase un Tribunal del Santo Oficio en Guatemala, pero en el Consejo de Indias, en 9 de septiembre de ese año, considerando que la instancia no llenaba los requisitos necesarios, como ser el consentimiento del Obispo y Arzobispo de la ciudad, el de la Inquisición de México "a lo que se junta que en Provincias de mayores distancias están sujetos al de México" y en tal sentido, se negó rotundamente la instancia.

Existe en el Archivo General de la Nación datos muy valiosos sobre el funcionamiento del Tribunal de la Inquisición en México, en conexión con el Tribunal establecido en Guatemala, especialmente en

lo que se refiere a las causas instruídas, entre las cuales puede anotarse como célebre, dada la categoría del procesado, la que se instruyó en Guatemala el año de 1728, al señor Fiscal del Santo Oficio, Josehp de Villalobos de la Compañía de Jesús, Calificador de dicho Tribunal, Morador del Colegio de Guatemala, acusado por solicitante. Esta causa fué presentada al Tribunal de México, el 23 de junio de 1733 y en los autos aparece como encabezamiento, lo que sigue:

"El Inquisidor Fiscal ha visto las denuncias que han sobrevenido contra el P. Josehp de Villalobos, Rector actual del Colegio de la Cía. de Jesús de Goatemala y calificador de este Santo Oficio y dellas resulta aver solicitado para cosas torpes a Manuela de los Reyes—una vez en confesión y varias veces en confesionario con simulación de confesión—y a Manuela Rita de Cuernavaca solicitó asi mismo para cosas torpes *ocasione confesione* y le dió varias veces ósculos extra confirmación.—estas dos y la de Thomasa de los Angeles que esta referida con el antecedente escrito son verdaderamente solicitaciones.—formales comprendidas en el edicto General y Bula Universitaria *Domomici gregio* a que se añaden otras que aunque no son tan claras ni tan graves manifiestan bien el abuso que el dicho Presbítero ha hecho del Santo Sacramento de la Penitencia y sagrado lugar en que se administra, de donde se dexa conocer que siendo este sujeto comunmente tenido por de mucha literatura y virtud, avrá causado gravísimo daño a muchas mujeres que por ser en lo común sencillas y ignorantes, le creerán como oráculo".

Se desprende de los datos anteriores que el Tribunal establecido en Guatemala, fué hasta la extinción de esa institución en México, una dependencia del Tribunal del Santo Oficio de la Nueva España, habiendo fracasado las instancias hechas para establecer un Tribunl independiente con jurisdicción en las Provincias de Centro-América.

Templo de Santo Domingo.—Ciudad de Guatemala.

Narración de una Visita Oficial a Guatemala viniendo de México en el año 1825

Por G. A. Thompson, Esq., ex Secretario de la Comisión Mexicana de Su Majestad Británica y Comisionado para informar al gobierno británico sobre el estado de la República Central.—(Traducción de RICARDO FERNANDEZ GUARDIA, de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala-1925).

(Continúa)

CAPITULO XVIII

Gobierno y constitu ión de la Federación.—Origen y progreso de la revolución.—Relaciones exteriores e interiores.

El actual gobierno político de Guatemala, lo mismo que los de las otras Repúblicas del Hemisferio Occidental, se funda más o menos en los principios de la Constitución de los Estados Unidos del Norte. Es una República federal representativa. El Poder Legislativo de la Nación reside en el Congreso federal, compuesto de Representantes elegidos por el pueblo, y le corresponde hacer las leyes que interesan directamente a toda la República, así como la ordenanza general del Ejército nacional; fijar los gastos de la administración general; declarar la guerra o hacer la paz; emitir y arreglar las leyes comerciales y determinar el sistema monetario. Un Senado, compuesto de dos Senadores popularmente electos por cada uno de los Estados, sanciona las leyes y aconseja al Poder Ejecutivo en los asuntos de importancia. Tiene también la facultad de proponer para el nombramiento de los altos funcionarios de la Federación y vigila su conducta. El Presidente, electo por el pueblo, está investido del Poder Ejecutivo; cuida de que se observen las leyes; entabla, consultando al Senado, negociaciones y celebra tratados con las potencias extranjeras; dirige la fuerza armada y nombra los funcionarios federales. Un Vicepresidente también electo popularmente, hace las veces del Presidente en los casos que señala la ley. Una Corte Suprema de Justicia, compuesta de individuos igualmente electos por el pueblo, conoce en última instancia de los asuntos que expresa la Constitución y originariamente en las causas civiles del Presidente, los Senadores, Ministros diplomáticos acreditados en el extranjero, Secretarios de Estado y otros altos funcionarios. La República federal se compone de cinco Estados soberanos e independientes, (1) que son: Guatemala, Honduras, Sonsonate, (2) Nicaragua y Costa Rica. Cada uno de ellos tiene:

(1) Los Estados de la República Federal de Centro América no eran ni podían ser soberanos; y lo que a este respecto dice la constitución federal en su artículo 1º, es que cada uno de ellos era "libre e independiente en su gobierno y administración *interior*", y no podía ser de otro modo. N. del T.

(2) Léase San Salvador. N. del T.

1º—Una Asamblea de Diputados electa popularmente, que dicta leyes, ordenanzas y reglamentos; determina los gastos de su administración; decreta impuestos y fija el número de la fuerza armada, de acuerdo con el Congreso federal;

2º—Un consejo representativo nombrado por el pueblo, que concede o deniega su sanción a las leyes; aconseja al Poder Ejecutivo y le propone para el nombramiento de los altos funcionarios;

3º—Un jefe electo popularmente que ejecuta las leyes, nombra los empleados públicos y dispone de la fuerza armada;

4º—Un Jefe Político, (1) o Vicejefe, nombrado por el pueblo, que actúa en los casos previstos por la ley;.

5º—Una corte superior de justicia nombrada popularmente, que es el tribunal de última instancia.

Por lo que antecede se podrá ver que hay completa uniformidad, no sólo entre los gobiernos políticos de los diversos Estados, sino también entre cada uno de estos gobiernos y el sistema general de la Federación, de la que desde luego son un componente y una copia. ¿Hasta dónde conviene en la práctica esta clase de organización política? Es bastante difícil decir. Siendo así que el Congreso federal tiene su asiento en la capital de la nación, el del Estado de Guatemala tiene que reunirse en la Antigua. La autoridad del Presidente de la Federación y la del Jefe del Estado están tan cerca la una de la otra, que es difícil definirlos.

"Non bene conveniunt, noc in una sede morantur, Majestas et...." Majestas!

Esta circunstancia ha motivado en México algunas desavenencias entre dos autoridades colocadas en situación semejante, y era la verdadera causa de la frialdad política que a la sazón existía entre las de la misma clase en la República Central. Antes de referirme con mayor particularidad a los disturbios civiles que han sido por desgracia la consecuencia de haber atizado esa discordia y los que han impedido que el Gobierno británico haya entrado en relaciones con aquella República tan favorecida, y mientras me encuentro sentado en compañía del refractario Don Juan, Presidente del *Estado* de Guatemala, voy a causar a mis lectores una molestia poniendo ante sus ojos los siguientes y breves datos sobre la revolución de la República en general, que ha conducido a su independencia y a su actual sistema de gobierno. Así podrá verse cuáles son las fuentes de donde proceden las autoridades actuales y juzgar de las probabilidades de su consistencia y fuerza en último término.

Los primeros síntomas en favor de la independencia se manifestaron durante la invasión de España por los franceses. En aquel entonces las ideas revolucionarias empezaron a ser discutidas y a ganar terreno. En 1811, 1812 y 1813 hubo ciertos movimientos más positivos, favorables a la independencia, en los cuales la provincia de San Salvador tomó la

(1) El autor confunde el cargo de Vicejefe del Estado con el de Jefe Político. El Vicejefe era de elección popular y de derecho Presidente del Consejo representativo; los Jefes Políticos los nombraba el Poder Ejecutivo y sus funciones eran semejantes a las de los actuales Gobernadores de provincia en Costa Rica N. del T.

iniciativa. Sin embargo, no ocurrió nada importante hasta 1820, año en que habiendo sido restablecida la constitución española, se promulgó en Guatemala en julio del mismo año.

El 15 de septiembre de 1821, a instigación de varias provincias, especiamente la de San Salvador, e inducido después por la circunstancia de haberse emancipado Chiapa sobre la base del plan de Iguala, el gobernante español formó una junta compuesta de todas las autoridades para deliberar sobre las medidas que debían tomarse. Habiéndose declarado esta junta, por gran mayoría, en favor de la separación total de la madre patria, publicó una Acta General de Independencia. En seguida surgieron dos partidos: uno favorable a la independencia absoluta de México y de España, así como a una unión federal de los Estados guatemaltecos; el otro se inclinaba al plan de Iguala que, como es ben sabido, proponía el establecimiento de una monarquía y ofreció el trono a los Borbones.

El partido español, teniendo que escoger entre dificultades, optó por un término medio, abogando por el plan de Iguala. León, capital de Nicaragua y Comayagua, la de Honduras, se declararon también en favor de la misma forma de gobierno; pero la mayoría de las ciudades y pueblos de estas provincias proclamaron su adhesión al Acta General de Independencia formulada por la junta. El gobierno supremo se puso en manos de una junta privisional, bajo el sistema independiente o federal, hasta que el Congreso que estaba convocado al efecto estableciese una forma de gobierno más regular. Tal era el estado de cosas el 19 de octubre de 1821, fecha en que Iturbide lanzó su primer manifiesto a los guatemaltecos, en que después de felicitarlos por su independencia procuraba persuadirlos de que para apoyar tan saludable medida había enviado a Guatemala un ejército numeroso y bien equipado. Los independientes no juzgaron este acto tan benévolamente como Iturbide; pero los del partido español aclamaron a éste como a su protector, y desde entonces, en vez de *serviles,* (1) como los habían llamado antes tomaron el nombre de imperialistas.

El jefe de este partido, a la vez presidente de la junta y Jefe Político, era Filísola, el cual había sido uno de los promotores principales del plan de Iguala. Este individuo fué el que mostró mayor empeño, el 30 de noviembre de 1821, en hacer circular el susodicho manifiesto de Iturbide en las provincias. A este documento añadió otro firmado por él, indicándole al pueblo que no tenía más alternativa que unirse a México o sostener una guerra con este país, cuyas tropas ya venían marchando. Antes de que transcurriese el tiempo necesario para averiguar la opinión de las diferentes poblaciones, él y sus partido, que votó en favor de la unión de Guatemala a México, la proclamaron el 5 de enero de 1822. La provincia de Chiquimula intentó separarse inmediatamente. Costa Rica y Granada—la última forma parte de la provincia de Nicaragua—eran también adversas a la unión, y la total separación de San Salvador fué proclamada en el acta del 11 de enero de 1822.

(1) En español en el texto.

Entre tanto fué disuelta la junta provisional de Guatemala. Filísola marchó con sus tropas contra San Salvador, saliendo completamente derrotado en el combate del 3 de julio. El pueblo de esa provincia lo volvio a derrotar el 23 de febrero de 1823. Después de esto, habiendo regresado a Guatemala cuando se recibieron allí las primeras noticias de la revolución contra Iturbide, convino en que se convocara el Congreso como lo había establecido el Acta de Independencia. Así se hizo por otra del 29 de marzo, y el 2 de julio dicho Congreso decretó que las tropas mexicanas dobían evacuar el territorio guatemalteco. Al pasar éstas por la capital de la provincia de Chiapa, de la que Filísola era Comandante, surgieron algunas dificultades. Insistió éste en que la provincia se separase de la Federación guatemalteca, alegando que pertenecía al Gobierno de México; y mientras Chiapa parecía aceptar en silencio este arreglo, Filísola continuó su marcha dejando allí un destacamento de su división al mando del Coronel Codallos, que fué expulsado después por las fuerzas militares unidas de Tuxtla y Comitán.

A pesar de que los mexicanos hacen figurar actualmente a Chiapa en la lista de las provincias de su Federación y de no estar incluída en la de Guatemala, es lo cierto que desde el tiempo a que me refiero, el asunto se ha considerado como muy discutible y todavía van y vienen notas de carácter amistoso entre las dos Repúblicas, acerca del derecho de propiedad sobre ese territorio.

Como los disturbios ocurridos en San Salvador se calmaron con la deposición de Iturbide, terminando después, gracias a un acuerdo amistoso con el Gobierno de la capital, no es necesario relatar sus pormenores. Hubo también algunas escaramuzas en Nicaragua, pero no requieren comentarios por falta de interés. (1)

Rotas por la deposición de Iturbide las barreras que se oponían al establecimiento de un gobierno federal, el antiguo partido español, que fué después el imperialista se desconcertó y alarmó demasiado para seguir dando rienda suelta a sus opiniones. Por lo tanto, el 24 de junio del mismo año fué declarada la independencia por la Asamblea Constituyente y el 17 de diciembre se publicaron las bases de la constitución. Entretanto se había establecido un Supremo Poder Ejecutivo electo por la Asamblea y la nación tomó el nombre de *Provincias Unidas del Centro de América.*

Desde aquel entonces empezó Guatemala a actuar como Estado libre y soberano. El 9 de junio de 1824 su independencia fué reconocida por Colombia; el 3 de agosto su legación fué debidamente recibida por los Estados Unidos de Norte-América; el 20 de agosto México le otorgó su reconocimiento y el 3 de septiembre recibió a su embajador; el 6 del mismo mes la instalación del Congreso de Costa Rica vino a completar

(1) El autor no hace referencia al conflicto interno ocurrido en Costa Rica en la misma época, que terminó el 6 de abril de 1823 con el combate de Ochomogo entre imperialistas y republicanos y la victoria de los últimos. N. del T.

el sistema de federación; el 15 se instaló el Congreso federal; el 22 de noviembre firmaron los Diputados la Constitución, y el 6 de diciembre el Congreso aprobó el empréstito de los señores Barclay and Co., por valor de 7.142,047 pesos; pero, como es bien sabido, este empréstito, por motivo de la gran crisis monetaria ocurrida en nuestro país, nunca fué cubierto, salvo en muy pequeña parte. Si se hubiese logrado que lo fuese el Gobierno se habría fortalecido y los efectos perniciosos de las últimas disensiones se hubieran evitado muy probablemente. Tal como están las cosas y según puede verse ahora han sido sofocadas por la mano del Gobierno sin el auxilio pecuniario que había contratado y tenía el derecho de esperar. Es problemático que ninguno de los viejos gobiernos europeos hubiese podido mantener su dignidad y su poder después de semejante decepción.

En el año de 1825 se registraron también las siguientes circunstancias que abonan asimismo el honor y la estabilidad de la República:

El 25 de febrero llegó el Cónsul de los Estados Unidos y le fué otorgado su exequátur; el 15 de marzo (1) se firmó un tratado de alianza ofesiva y defensiva con Colombia; el 10 de abril las autoridades públicas juraron la Constitución; el 21 del mismo mes se efectuó la ceremonia de la toma de posesión del Presidente (esto fué el mismo día de mi salida de México), y el 23 de julio arribó a Izabal Mr. O'Reilley, el mismo domingo en que llegué a la costa para embarcarme con rumbo a la Gran Bretaña. (2)

Sin ninguna pedantería o afectación, confío en que estos comentarios no serán considerados como fuera de lugar. Siempre he hablado libremente en favor de la estabilidad de la federación de la República Central, y el público británico podrá juzgar por la anterior y sencilla exposición de los hechos, si he tenido o no motivos para hacerlo así. No puedo pretender decir lo que sucedió respecto de los sentimientos de D. Juan Barrundia, el Jefe Político, después de que me despedí de él en aquella ocasión; pero estoy tal vez autorizado para juzgar de este modo favorable el aspecto general de las cosas. Lo cierto es que el jefe manifestó los mejores deseos en favor de un acuerdo amistoso con el Gobierno británico y lo hizo con mucha cortesía y amabilidad para mí, única manera práctica que tenía de mostrar sus sentimientos. Y por el tenor de la conversación que después tuve con el Presidente de la República, en que éste pareció sonreír ante la probabilidad de que entre ellos pudiese ocurrir algún acto abiertamente hostil, creí justo llegar a la conclusión de que la República de Guatemala se encontraba probablemente, en aquel entonces, en debido estado de que la Gran Bretaña reconociese inmediatamente su independencia.

(1) El texto dice 25 de marzo por error. N. del T.

(2) Hacia el mismo tiempo llegó también un ministro de los Estados Unidos, pero murió a consecuencia del clima antes de llegar a la capital. N. del A.

CAPITULO XIX

Alegres fiestas familiares.

Al regresar para comer con doña Juanita encontré la casa llena de gente. Era también el día de su natalicio. En la sala principal habían colocado una gran mesa y nos sentamos a ella más de treinta personas. Resultó una de las mejores comidas españolas a que asistí en aquellos países. Presidía la mesa don J. Montúfar, Diputado por la Antigua al Congreso federal para quien llevaba yo cartas de presentación, además de haberle conocido íntimamente en México. Se pronunciaron muchos brindis en honor de Su Majestad Británica y del pueblo inglés, con tanto placer y regocijo que no juzgarlos sinceros equivaldría a creer—y esto me resulta imposible—que los guatemaltecos son los seres más falsos del mundo.

Después de comer, toda la concurrencia se fué a ver los festejos que se celebraban en la ciudad en honor del natalicio del Jefe Político. Grupos de vecinos bailaban en la calle y en medio de las descargas de los fuegos artificiales se oía la voz metálica de la trompeta guerrera, que se mezclaba con el pacífico tañido de la guitarra. Las iluminaciones contribuían a la brillantez del espectáculo; la noche estaba hermosa y tranquila; no se sentía un soplo de aire; las corpulentas arboledas que rodeaban la romántica ciudad con sus valles de un verde sempiterno se veían tan inmóviles como las montañas en que crecen. La luna aparecía en el centro del dosel azul del cielo sin nubes, y los objetos alumbrados por ella no proyectaban ninguna sombra perceptible; estaba suspendida en su cúpula aérea como una lámpara *sinumbra* (1) sobre el teatro de los festejos. Yo me había separado de mis compañeros para meditar sobre el bellísimo espectáculo. El lejano murmullo de la vida hacía un extraño contraste con la calma solemne de las tumbas ignotas holladas por mí. Cada paso parecía ser una advertencia de muerte; porque el suelo tenía ecos y el polvo estaba impregnado de los restos mortales de los que fueron sepultados en plena vida. Dos veces, en el término de medio siglo, los habitantes de aquel bellísimo y pavoroso lugar habían sido aplastados en medio de sus goces, tronchados de sus tallos como flores, y, salvo sus parientes que aún vivían, nadie parecía recordar su infortuno.

De nuevo había entrado en la ciudad. La plaza estaba todavía atestada de los que impulsados por la alegría, la indolencia o la curiosidad habían venido a presenciar los festejos. Los fuegos artificiales no estaban agotados, los faroles brillaban aún y la muchedumbre era todavía compacta. Dos de los costados opuestos de la plaza estaban ocupados, el uno por las casas consistoriales y las oficinas públicas, y el otro por una iglesia; los dos restantes por almacenes de comercio y tiendas de víveres, formando el conjunto un resumen de la Iglesia, el Estado, el comercio y la agricultura. Al propio tiempo que estos florecientes economistas polí-

(1) En latín en el texto.

ticos dicen que el pueblo ha de ser feliz, y aun cuando no lo digan, resulta que lo es algunas veces sin ellos. Las gentes runidas en aquella ocasión parecían estar tan alegres y despreocupadas como si nunca hubiesen meditado sobre tales asuntos. Las transiciones de la inquietud a la frivolidad, de la zozobra a la indiferencia son tan rápidas e imperceptibles, especialmente en el vulgo, que todo gobierno tiene la obligación de hacer lo posible porque el público se divierta Los privilegios para el establecimiento de las ferias en Inglaterra tuvieron esto como principal objeto; y el mantenimiento de derechos semejantes en favor de las clases bajas en las Repúblicas de la América del Sur, es quizás una de las principales causas de que hayan permanecido fieles a todas las dinastías a las cuales han estado sujetas.

Cuando iba pasando por la larga calle que conducía a la casa de doña Juanita, encontré una música compuesta de tres guitarras, un violín y un contrabajo. Como el baile de la plaza se estaba enfriando andaba en busca de alguna reunión particular donde pudiera emplearse. Al entrar por el zaguán del patio tropecé con un carruaje. No tenía caballos y era el único que había, no sólo en mi camino, sino también en toda la ciudad, según creo. ¿Por qué estaba allí? No lo sé. Era muy ancho, muy grande y ocupaba casi todo el zaguán. Me enteré de que allí se encontraba constantemente y parecía estar siempre listo para salir; pero a semejanza de una valiosa y magnífica obra de ebanistería que diese prestigio y honra a su dueño, se había convertido en un objeto estacionario, quedándose en su puesto para mantener la dignidad del establecimiento.

El gran salón presentaba un espectáculo muy animado al penetrar yo en él. Las cornucopias de las paredes estaban alumbradas con tantas velas como podían soportar y éstas no bajaban de una docena. Habían sacado las dos camas que estaban en la sala; los sirvientes se veían muy afanados y, como de costumbre, gentes de las clases populares más pobres se agrupaban en la espaciosa puerta. La concurrencia, que ya llegaba a cuarenta personas, estaba en gran parte mejor trajeada que a la hora de la comida, especialmente las señoritas, cuya animación traducía un placer más bien en cierne, pero que rara vez resulta tan grande como el que se tenían la esperanza de disfrutar. Era evidente que se trataba de los preparativos de un baile; y creo que son pocas las señoritas que al regreso de una fiesta de esa clase se sientan tan felices como a la ida. En la concurrencia vi a las tres primas de mi hospedadora, a quienes había visitado por equivocación. Salvo dos o tres excepciones, eran indudablemente las beldades del baile. Una de ellas tenía al parecer dos pretendientes, tan celosos ambos en sus cortejos que la pobre chica estaba enteramente azorada; de suerte que en vez de bailar muy agradablemente toda la noche, como lo esperaba, no lo hizo con ninguno de los dos para no ofenderlos; pero se afectó tanto con su situación, de verdad o de propósito, que tuvo que acostarse, haciéndolo muy cómodamente en una de las camas del cuarto siguiente. Como entre los dos aposentos no había más que un marco de puerta la acompañaban constantemente

sus pretendientes, los cuales le llevaron helados y las demás cosas que el caso requería. Sus amiguitas parecían sentir mucho la situación en que se encontraba y para ser justo diré que a menudo las vi mirándola con ansiedad por si podían prestarle algún auxilio. Una de ellas, no tan bien dotada como las otras en cuanto a personales atractivos, parecía ser la más juiciosa de todas; tenía también un carácter muy solícito; porque habiéndose sentado en el extremo del escaño que estaba cerca del marco de puerta, se quedó con los ojos clavados en el lecho de su infortunada compañera. ¡Qué amable es la compasión!

Ya fuese porque se apiadara de sus amigas o de sus enamorados, lo cierto es que la bella doliente relevó a las primeras de su vigilancia y a los segundos de sus cuidados antes de que terminase el baile. Entró en el salón con semblante alborozado y, lanzando de soslayo una larga mirada de consuelo a uno de sus novios, rodeó con el brazo el talle del otro, deslizándose con gracia a los compases del vals. Aquello era para mí un gran acertijo. Había estado verdaderamente indispuesta y ya estaba del todo bien; su desdicha se había trocado en felicidad; sus dos amantes, celosos ambos, se veían ahora contentos. Me senté al lado del que parecía menos favorecido, y estimulado por la curiosidad procuré orientar la conversación hacia el asunto de los afectos de la *señorita;* (1) pero no pude sacarle nada que me diese la clave del enigma.

—Siempre la he querido mucho—me dijo—y mi deseo ha sido verla casada con un *hombre de bien.* (2)

Luego añadió en tono muy bajo y confidencial:

—El señor con quien baila es un fracmasón.

—¡Cómo así!—le contesté.—¿Y por eso no es un hombre honrado?

Contrajo los labios hacia arriba como si hubiese dicho más de la cuenta, sacudió la ceniza de su cigarro con el dedo meñique de la mano en que lo tenía, y después de darle dos chupadas murmuró:

—¿Quién sabe?—(3)

Esta expresión no suele tomarse en su sentido literal, sino en el de "No sé"; y como un viajero rara vez encuentra en sus andanzas una persona capaz de darle los informes que le interesan, de cada diez preguntas que hace, nueve reciben por respuesta un *¿quién sabe?* (4) Sin embargo, algunas veces lo usan para expresar una duda, cuyo tamaño se mide por el del encogimiento de hombros del que responde y el tiempo que se queda en esta posición; además, la cabeza de éste se inclina de un lado y su mirada de dirige oblicuamente al suelo en sentido opuesto. Y como en aquella ocasión el *¿quién sabe?* (5) fué dicho con acompañamiento de todos estos gestos, sumamente característicos en cuanto al modo de hacerlos y el tiempo que duraron, era evitende que mi proposición originaba cuando menos muy serias dudas y que a juicio de mi apreciable compañero un fracmasón *podía* ser un un hombre de bien.

(1) En español en el texto.
(2) En español en el texto.
(3) En español en el texto.
(4) En español en el texto.
(5) En español en el texto.

Yo quería bailar el siguiente vals con mi amable hospedadora y andaba en su busca cuando el *señor* (1) del cual me acababa de separar vino a ofrecerme una pareja que resultó ser nada menos que la *señorita* (2) con quien había bailado su rival. Era tanta la generosidad platónica del ofrecimiento que no pude rehusar y me comprometí para el próximo vals, no obstante que las muchachas enamoradas suelen ser muy estúpidas en sociedad para todo el mundo, excepto para su novios. Mil cosas baladíes se pueden decir para divertir a una pareja que no esté dominada por un sentimiento tan imperioso; pero hacerse agradable cuando sí lo está resulta una tarea muy molesta y para llevarla a cabo se requiere mucha habilidad. Afortunadamente para mí éste no era el caso. Mi pareja era una de las muchachas más bonitas que estaban en el salón y además bailaba admirablemente. Era vivaracha y picotera; su delicada situación no parecía influír en ella; al parecer no sentía amor o estaba enteramente familiarizada con ese tierno sentimiento; más para decir la verdad no era ni una cosa ni otra.

—¡Ah—me dijo en respuesta a unas preguntas que le hice,— desde hace tres años estoy comprometida para casarme con D. Juan, y mi *hermano,* con quien estaba usted hablando, no ha dejado de oponerse a nuestra boda hasta esta noche!

He referido esta anécdota, porque no obstante ser de poca importancia puede servir para sincerar hasta cierto punto a las damas de aquellos países del oprobio que se ha hecho pesar sobre ellas tan sin rebozo. No cabe duda de que les gustan los galanteos y de que no se cuidan de ocultar su afición a ellos; pero en Guatemala, no menos que en cualquier otro país, hay muchas damas que son la excepción de la regla y además amables y virtuosas, a pesar de todas las apariencias. ¿Cuál es la reputación que está a salvo de las apariencias engañosas y de las deducciones injustificadas? Un observador armado de prejuicios habría escrito una historia divertida a propósito de la muchacha guatemalteca enemorada.

Los concurrentes habían formado grupos, poniéndose a tocar las guitarras y a cantar. Estaban sentados en los escaños en torno de la sala mientras disponían la cena. En ésta me tocó estar al lado de una viuda joven, hermana de don...., uno de los que antes habían formado el Poder Ejecutivo. Acababa de volverse a casar con un joven sin más recomendaciones que sus prendas personales y su reputación. La dama estimó que era suficiente, pero no así su familia, la cual le volvió las espaldas, según pude saber. A pesar de esto era considerada como una señora de alta categoría y ocupaba un lugar distinguido entre los convidados. Sin embargo, su situación doméstica parecía preocuparla y me refirió los pequeños proyectos que su marido y ella estaban haciendo para aumentar sus rentas. El principal era el cultivo de la cochinilla. Con un capital de unos 3,000 pesos habían sembrado ya 2,000 nopales que debían producir, después del primer año y siempre que la cosecha

(1) En español en el texto.
(2) En español en el texto.

no fuese mala, una ganancia anual equivalente a la totalidad del dinero invertido. Le expresé el deseo sincero de que el negocio tuviese buen éxito y por informes posteriores supe que sus cálculos no eran demasiado optimistas. Enfrente de nosotros estaban un viejo español rico que podía tener unos sesenta y cinco años y acababa de casarse en terceras nupcias con una chica de diez y siete, que se divertía en el extremo de la mesa con los más jóvenes de los galanteadores. Durante la comida había estado trinchando con mucha diligencia y era divertido ver el orden y la precisión con que hacía pasar los platos a los convidados. Igual actividad desplegó durante la cena, desempeñando su oficio como un hombre de negocios. Me dijeron que toda su vida lo había sido; pero ya estaba retirado y, según parece, dedicaba ahora a la mesa los cuidados que antes le merecía el mostrador. Con todo, al pobre viejo no le faltaban sinsabores. No había calculado, hasta después de su casamiento, que entre la edad de su mujer y la suya había una diferencia de medio siglo.

CAPITULO XX

Incidentes que me ocurrieron en la Antigua. — Regreso a la capital. — Voy al teatro.

Como mi estada en la Antigua tocaba a su fin, se convino antes de retirarse la concurrencia, en que dedicaríamos el siguiente día a visitar los más bellos lugares de los alrededores de la ciudad. Así fué que a eso de las ocho de la mañana todos estaban listos para salir. Muchos iban montados en sillas de doble asiento. Había una mula aperada en esa forma para doña Juanita y uno de sus criados. Se me insinuó que por cortesía yo debía proponerle llevarla en aquella mula. Hice la proposición y fué aceptada, pero no tuvo efecto. El criado montó en mi caballo, encontrándolo tan rebelde que tuvo que apearse, y yo me vi obligado a renunciar a mi galante ofrecimiento en su favor. Después de caminar una milla y media por la ciudad y los suburbios, penetramos en unos obscuros senderos tan sombreados por los follajes exuberantes que difícilmente podían caminar por ellos dos jinetes apareados. Una milla más allá, al mismo pie del volcán de Agua, llegamos a un gran edificio muy quebrantado por los terremotos, pero que permitía ver los restos de un palacio, porque efectivamente lo fué. Desde allí se abarcaba el hermoso panorama de la ciudad y bien valía la pena repararlo, siempre que alguno de los *incorregibles* (1) fuese bastante audaz para hacerlo. Pasamos por una *ranchería* (2) o hacienda pequeña en que estaban preparando vainilla, la substancia que da al chocolate español el buen aroma que le es peculiar. Las vainas de esta planta, que son más o menos del tamaño del dedo de un niño, después de ser expuestas al sol y frotadas con aceite las ponen en rollitos cubiertos con hojas de plátano. La planta

(1) En español en el texto.
(2) En español en el texto.

se parece a la vid y trepa hasta la copa de los árboles más altos; sus flores son blancas con mezcla de rojo y amarillo, y cuando éstas caen viene el fruto en forma de vainitas verdes, algo semejantes a los plátanos; luego se ponen amarillas y por último de color pardo. Se cosechan cuando están amarillas, antes de que empiecen a reventar; en seguida las dejan en montoncitos para que fermenten; después las ponen al sol, aplastándolas con la mano y frotándolas de vez en cuando con aceite de coco, de palmera o de otra clase. Como para la producción de la vainilla se requiere humedad, calor y sombra, la Antigua se presta para su cultivo; pero la cantidad producida es muy insignificante; sin embargo, puede llegar a ser un artículo de exportación lucrativo y no dudo de que así será tan pronto como el comercio del país se asiente sobre una base sólida.

Hacia el mediodía regresamos a casa para comer. Me fuí a la cocina a ver los preparativos a fin de observar la manera de guisar. Lo hacían todo en hornillas de carbón de leña; no había un fogón para los asados y una media docena de cazuelas de barro formaban toda la *batterie de cuisine.* (1) En el suelo estaba caído un pavo desmayado y otro lo miraba de pie con la mayor angustia. No recuerdo haber visto nunca a un animal mostrar tanto sentimiento como aquella ave desconsolada; su compañero, al cual habían propinado una dosis de aguardiente para pasmarlo, estaba destinado a morir en los paroxismos de la embriaguez, a fin de poderlo comer inmediatamente. Siempre había notado, tanto en aquel país como en México, que los pavos eran muy tiernos. Todos recordamos que Horacio receta un poco de vinagre para ablandar la carne; pero el procedimiento de la borrachera mortal no es quizás tan generalmente conocido. En una gran pieza contigua a la cocina estaban algunas criadas escogiendo cochinilla y metiéndola en saquitos para enviarla al mercado. La cantidad era considerable y podía valer de 4,000 a 5,000 pesos.

Por la tarde vino a verme una de aquellas damiselas para hacerme una consulta médica. Como lo he dicho ya en alguna parte, es inútil que un inglés manifieste su ignorancia o incapacidad en cuanto al arte de curar, porque el pueblo lo considera bien enterado de todo lo que a él se refiere. Consentí por lo tanto en recibir a la paciente. Era una joven robusta de unos diez y ocho años, regordeta y colorada; sus grandes ojos de un gris obscuro eran vivos y chispeantes y todo su aspecto revelaba una salud vigorosa. Cuando entró en mi cuarto acababa yo de descabezar un sueño en una de las dos camas que estaban en él; la otra la había ocupado D. José, mi compañero; pero se había ido después de terminada su siesta. Cuando un hombre sabe poco de un asunto, le resulta difícil juzgarlo aun estando bien despierto; y si está medio dormido, es casi imposible que se forme alguna opinión acertada. Luchando con estas dos dificultades me froté los ojos, y habiéndolos fijado en la enferma, me puse a pensar seriamente qué podría desear que yo le recetara.

(1) En francés en el texto.

Hay ciertos momentos y situaciones en que le es difícil al hombre más serio no ceder ante el sentimiento del ridículo; su displicencia es tomada por sorpresa, como penetra un rayo de luz en una habitación obscura, y se pone bruscamente alegre a pesar de sí mismo. He dicho que me estaba devanando los sesos por adivinar lo que pudiera tener la muchacha. Su aspecto podía ser todo menos el de una enferma, y como yo estaba lejos de ser experto en materia de flebotomía, me inquietaba la idea de que fuese pletórica y tuviese necesidad de una sangría. Me alegré de saber que no se trataba de eso y que solamente tenía un dolor de muelas.... Digo solamente, porque ya me he referido a un específico contra ese penosísimo mal y lo apliqué con buen resultado en aquella ocasión. En obsequio de los que lo padecen, repetiré con mayor amplitud la manera de aplicarlo. El paciente debe acostarse con la cabeza apoyada del lado que duele; el operador introduce un poco de alcohol—ron es lo que se cree ser lo mejor—en el oído situado encima, basta el tanto de una cucharada de sopa y se deja adentro hasta que desaparezca el dolor, lo que generalmente ocurre en el término de tres o cuatro minutos. La sensación que experimenta el paciente no es de ningún modo angustiosa; se parece al zumbido que produce la inmersión de la cabeza en el agua, pero aturde mucho más. La única vez que tuve que someterme a esta operación, no estoy enteramente seguro de no haber sentido un ligero aunque momentáneo desvanecimiento; pero sea como fuere, es lo cierto que no es peligroso y los que quieran hacer la prueba se aliviarán infaliblemente.

Por la mañana visité a D. Gregorio Salazar, el Jefe Político; y habiendo obtenido de él en esta entrevista algunos informes para añadirlos al acopio de datos estadísticos que ya tenía sobre aquella parte de la República, resolví regresar a la metrópoli al siguiente día con D. José. Tuvimos el placer de escoltar a doña María que regresaba también a la Nueva Guatemala para reunirse con su madre.

Salimos de la Antigua a las ocho de una de las mañanas más hermosas que he visto. Doña María iba en una silla de doble asiento al estilo del país, montada en una buena mula que guiaba un criado de la confianza de su familia. El día no tardó en ponerse sumamente caluroso y después de haber caminado unas dos leguas paramos para almorzar en una choza india. Separado de ésta había un cuartito cuadrado y en nuestra calidad de huéspedes nos acomodaron en él con el almuerzo que traíamos. Estaba muy bueno, gracias a la próvida hospitalidad de doña Juanita, nuestra ex hospedadora. Cuando hubimos terminado de tributarle el merecido honor, D. José se separó de nosotros para dormir la siesta a corta distancia de allí, debajo de una glorieta natural, en un extremo del jardín, porque nuestra conversación podía molestarlo. Yo fuí demasiado galante para ponerme a dormir y doña María suficientemente fina para declinar el ofrecimiento que le hice de dejarla sola en la choza. De suerte que seguimos charlando muy amigablemente hasta la hora de partir. Me alegré mucho de saber que a pesar de no haber dormido había tomado un buen descanso porque era de una constitución

delicada y sensible y su criado le había improsivado un lecho con su *manta* (1) y otros objetos peculiares del equipo ecuestre del país. Mis *armas de agua* (2) extendidas en el suelo me permitieron reposarme acostado. Frente a la puerta de entrada de aquel albergue rústico desprovisto de ventanas y a corta distancia de él había un naranjo con sus flores de color de perla y sus frutas doradas que brillaban al sol de mediodía; más allá estaba un seto de olivos cuyas hojas de plata se estremecían acariciadas por la brisa ligera. Visto por entre los follajes, el cielo parecía un reluciente manto azul, sin manchas ni nubes, y la línea de las Andes lejanos, suavemente esfumada en su borde, parecía un fleco aéreo salido de los mejores talleres de la Naturaleza. Pero es imposible describir la hermosura y sosiego del paisaje, o los sentimientos que en mí despertó su contemplación. Recuerdo una cosa y es que parecía no haber más seres animados en la creación que mi compañera y yo.

Los que sólo están acostumbrados a viajar como lo hacen las personas ricas y lujosas en Inglaterra, las cuales disfrutan de coches con muelles elípticos, cojines de crin con resortes metálicos, caballos de posta que llegan a la hora señalada y caminos macadamizados que las ponen a cubierto de un choque impremeditado contra una piedra o de un momento de retraso, difícilmente podrán apreciar el placer de una jornada en que a cada veinte yardas se presenta una nueva dificultad que vencer. Desde el lugar en que paramos el camino era de los de esa clase durante una legua; pero no la décima parte tan malo como algunos pedazos de los que recorrí en mi viaje de México a Veracruz, y podía considerarse en el lenguaje del país como *corriente,* (3) o muy pasable.

Pagué dos reales—alrededor de un chelín—por un sombrero lleno de duraznos a unos indios que los llevaban al mercado y supe que me habían costado mucho más de lo que valían. Eran bonitos y gustosos, pero de ningún modo como los que se cultivan en todos los jardines de Inglaterra, pareciéndose más a los albaricoques, así en el aspecto como en el gusto. Se ha exagerado muchísimo la deliciosa calidad de las que pudieran llamarse frutas europeas producidas en aquellos países. Al menos, a mí nunca me cupo en suerte comer alguna que fuese de un gusto igual al de las que en el viejo hemisferio alcanzan a la perfección por los efectos del cultivo.

Habiendo llegado a la capital hacia las dos, me fuí por la tarde a conocer la principal Escuela o Universidad. El número de los estudiantes era bastante limitado, no pasando de 300; pero una gran parte de la juventud de la metrópoli, así como de las provincias, recibe una enseñanza particular. En realidad cuesta trabajo creer que el total de los niños que concurrían a las escuelas públicas no pasase de 672, de acuerdo con un dato oficial. Esta deficiencia había llamado la atención del

(1) En español en el texto.
(2) En español en el texto.
(3) En español en el texto.

Gobierno, que estaba buscando un Profesor del sistema lancasteriano y había mandado publicar una traducción del nuevo método para estudiar la lengua latina últimamente establecida en Francia. También había propuesto a la Universidad la apertura de un curso de Historia, conforme al método de Strass, (1) y estudiado el plan de una nueva Escuela militar, habiendo establecido ya una Academia de matemáticas y una Escuela de botánica; pero lo que parecía deber llamar más la atención de las naciones europeas, lo mismo que de las otras, era el encargo que había dado a sus representantes en los países extranjeros de que tratasen de formar una expedición científica, compuesta de astrónomos, geógrafos y naturalistas, "con el propósito—decía el Gobierno—de tener nociones más exactas del vasto continente de que nuestra República es la parte central".

Domingo, 26 de junio.—Durante el día de hoy, además de las funciones religiosas de costumbre, hubo mucho ajetreo y muchas visitas. Estando yo leyendo sentado por la tarde en mi cuarto, el chino, mi criado, entró sin hacer ruido y deliberadamente se llevó todas las sillas, una a una, dejándome tan sólo la que yo ocupaba. Luego se plantó pacientemente detrás de mí, hasta que fastidiado yo de su intrusión me levanté de la silla, aprovechando él al instante la oportunidad para apoderarse de ella también. Me asomé a la ventana y vi dos indios cargados con los muebles que iban de prisa calle abajo. Yo estaba tan bien dispuesto en favor de aquel pobre hombre a causa de su ruda honradez, que rara vez intervenía en ninguna de las cosas que hacía, porque casi siempre resultaban en mí provecho y comodidad; pero dudando de que así fuese en el caso de que se trata, lo llamé para preguntarle qué se proponía hacer.

—*El coliseo, señor, el coliseo*—(2) me contestó.

La familia tenía el propósito de ir al teatro y él había hecho bien; porque como no hay asientos en los palcos, los concurrentes acostumbran llevar sus sillas. Mi buena hospedadora había pedido su coche y a eso de las cinco de la tarde partimos todos juntos en muy alegre compañía.

Teníamos un palco de proscenio. No habían levantado el telón, pero ya estaba llena más de la mitad de la sala. Unas dos docenas de velas alumbraban la orquesta y había otras tantas en los pilares que dividían los palcos y platea. La escasez del alumbrado la suplían algunos boquetes en el techo del edificio, por los cuales penetraba tan profusamente la luz del día que las velas resultaban un gasto superfluo.

La pieza era algo relativo a la "Gloria de la Independencia" y abundaba en alusiones de las que un público inglés calificaría de "añagazas de aplausos". (3) Sin embargo, los actores eran iguales a los mejores que yo había visto trabajar en México, y el auditorio, en su conjunto, manifestaba al parecer tanta indiferencia por las piezas representadas, como afecta sentirla el público mejor educado en cualquier teatro euro-

---

(1) Juan Federico Straus, escritor y pedagogo alemán natural de Grünberg (1765-1845). N. de T.
(2) En castellano en el texto.
(3) *Clap-Traps.*

peo. Con las señoritas comí *sucket,* (1) como lo trae el diccionario de Johnson, (2) y no me disgustó la función. Nos sirvieron también de vez en cuando copas de champaña, que creo provocaron la envidia de algunos caballeros de la platea que habían estado fumando sin cesar y por lo tanto debían de tener bastante sed.

Una decoración no mal dibujada representaba el templo del sol, y uno de los actores que describía la indestructible gloria del Anáhuac acababa de decir que su brillo no sería nunca obscurecido, cuando estalló un aguacero tremendo, acompañado de rayos y truenos. La lluvia caía a torrentes sobre el teatro destartalado, penetrando a chorros por los boquetes del techo. A los oyentes no les afectaban las palabras; pero reconociendo que los hechos eran cosas innegables, se juntaron al azar, formando grupos en la platea, o saltaron dentro de los palcos para librarse del aguacero. En Guatemala goza de poca protección el teatro; probablemente no mayor de la que disfrutaba en Inglaterra antes del tiempo de Isabel.

Me alegré de dejar aquel espectáculo de desolación, y habiendo tomado el coche con mis compañeros, me llevaron a casa. Yo abrigaba la esperanza de gozar de una buena cena y de las indescriptibles etcéteras de una estufa inglesa; esta esperanza fué defraudada en parte. Nos aguardaba una buena cena, mucho mejor que la que suelen tener en Inglaterra los que frecuentan los teatros; pero las etcéteras brillaban tristemente por su ausencia. El *comedor* (3) tenía dos puertas; una daba a un largo pasillo que comunicaba con la cocina y la otra al patio. Debí decir marcos de puertas, porque no las había. Los habitantes de aquel país suelen sufrir tanto del calor, que nunca se precaven contra la posibilidad de un tiempo frío o borrascoso; antes bien lo celebran como un cambio agradable y parecen "tiritar con deleite" siempre que lo sienten. No teniendo yo ese temperamento, ordené a mi chino que colgase una cortina en el marco de puerta que daba al patio, y con muchos encogimientos de hombros y escalofríos, de que no participaban mis compañeros, despaché mi cena; luego, cubriéndome con tres buenas mantas inglesas, no tardé en quedarme dormido, sin preocuparme del templo del sol ni ponerme a reflexionar sobre la gloria del indestructible Anáhuac.

CAPITULO XXI

La administración de correos. — Estado de los correos. — Diversiones. — La policía.—Mi opinión sobre la muerte lamentable de Mr. O'Reilley.

Al siguiente día, 27 de junio, visité a D. Antonio Batres, Director General de Correos. Habitaba uno de los mejores edificios de la ciudad, en el cual tenía también su oficina. Los aposentos eran hermosos y estaban bien amueblados; los pisos de mármol cubiertos aquí y allá de este-

(1) Melcochas.
(2) Samuel Johnson, eminente escritor y lexicógrafo (1709-1784). N. del T.
(3) En español en el texto.

ras y alfombras. Un gran armario, muy voluminoso y tosco, algunos escaños con cojines colocados contra las paredes y en forma de sofás, constituían los principales muebles.

Ninguna de las dependencias del Gobierno estaba mejor manejada que el ramo de correos, tomando en cuenta el estado de cosas. Las cartas se llevaban con bastante regularidad, no sólo a todas partes de la República, sino también a México. Los correos recorren por término medio de diez a veinte leguas diarias según las estaciones, que pueden dividirse en dos períodos: el verano o estación seca, que empieza hacia fines de noviembre y se prolonga hasta mayo, y la estación lluviosa que dura los otros seis meses del año, más o menos. Durante el segundo período, a pesar de que los caminos se ponen casi intransitables, los correos logran hacer sus jornadas tomando caballos de refresco en las diferentes etapas; de suerte que puede calcularse que llegan, desde los puntos más lejanos, con una diferencia de tres o cuatro días.

La mayor distancia que recorre el correo desde la capital, dentro de la República, es hasta Cartago, la capital de Costa Rica, o sean 397 leguas que equivalen a 990 millas; México está a 371 leguas y el puesto más cercano de la Mar del Sur a 31. Las distancias que hay a éste y otros lugares se encontrarán más adelante. (1) El total de leguas, dividido por diez, dará un buen promedio del número de días que se emplean en los viajes desde la capital a los puntos mencionados. De suerte que la jornada hasta Cartago, tal como la hace el correo, dura unos 39 días, y a México 37. Los viajeros harán bien en dividir la distancia por cinco; porque lo más probable es que necesiten doble número de días para hacer el viaje. Puede ser que valga la pena decir también que la distancia de la capital a San Juan de Nicaragua, (2) en cuya vecindad se proyecta abrir el canal por la Mar del Sur, es de 245 leguas, o sean 612 millas. Las comunicaciones entre el Gobierno y los Estados federales se hacen por medio de los correos ordinarios. Entendí que éstos habían sido organizados y funcionaban todos antes de mi salida del país; pero no sé hasta dónde pueden haberlos afectado los disturbios civiles que por desgracia han prevalecido después.

Cuando se restablezca la paz, los medios de correspondencia dichos bastarán para la rutina general de los intereses nacionales o particulares en lo que atañe a la simple comunicación; pero habrá que vencer muchas dificultades e introducir muchas mejoras antes de poder establecer, entre los puntos lejanos de la República, relaciones comerciales en gran escala y de modo general. El tráfico que actualmente existe entre los respectivos Estados no cuenta con ninguna de las facilidades necesarias para un comercio floreciente, o siquiera para el intercambio de productos que por sus necesidades recíprocas debieran establecer. Cierto es que tratándose de ciertos artículos europeos, como la cuchillería y los paños, el

---

(1) Véase el *Bosquejo Histórico y Estadístico* bajo el título *Comunicaciones interiores y exteriores.* N. del A.

(2) San Juan del Sur. N. del T.

espiritu aventurero ha inducido a los comerciantes de la capital a enviar a las provincias, en épocas fijas, surtidos de los artículos que les han quedado sin vender y que los tenderos de provincias se arrebatan.

Jueves, 28.—Por ser hoy día de fiesta fuimos otra vez al teatro. Durante la función no ocurrió nada que merezca mencionarse. En la pieza había muchas alusiones políticas que respiraban ideas exaltadas de libertad e independencia. Como de costumbre, llovió con periódica exactitud; pero no tan fuerte como la vez anterior. A una media milla de la ciudad hay una *plaza de toros.* (1) Estaba cerrada, porque las corridas siempre son por la tarde; y como era la estación lluviosa estaban suspendidas, como sucede en México, hasta la vuelta del tiempo seco. Los palcos están cubiertos con un techo ligero de madera suficiente para librarse del sol, pero muy penetrable a la lluvia; y como las graderías inferiores están enteramente expuestas a las dos cosas, es muy conveniente aplazar el espectáculo para una estación más propicia. De suerte que no hubo corridas durante mi estada en la capital. Los toros y el teatro son las únicas diversiones públicas que ofrece la ciudad; pero la deficiencia la suplen los paseos campestres o jiras a la moda gitana que ya he descrito. De vez en cuando hay también pequeñas *tertulias* (2) amenizadas con baile y música, pero rara vez con un dispendioso ambigú. El goce de la vida parecía consistir más bien en la indolencia que en el esfuerzo, en la comodidad que en la pompa. Esto no quiere decir que no haya, hasta en aquel pueblo primitivo, algunas de esas afectaciones de preeminencia de esas envidias exacerbadas, de esos pavoneos de la vanidad que penetran forzosamente en todas las sociedades, marchitando las más hermosas flores de la vida; pero la Naturaleza no hace diferencias: lo mismo ataca el tizón a la regia azucena que a la vellorita, y la pasión roe de igual modo el pecho de la aldeana y el de la princesa.

En la ciudad no había más que un vino bebible: un poco de champaña que vendían algunos mercaderes franceses establecidos en ella con un cargamento de mercaderías compuesto de esa bebida, jarrones de porcelana muy espléndidos y juegos de té, escritorios, cajas de tocador para señoras y otras chucherías, amén de encurtidos, salsas, mostaza preparada y otras golosinas. Mi criado había ido a comprar, entre otros de estos últimos artículos, dos docenas de botellas de champaña; las vendían al precio de diez y ocho pesos la docena, o sean setenta chelines, y él las pagó, contratando a un hombre en la plaza para que trajera toda la compra a la casa; pero infortunadamente lo perdió de vista en medio de la gente que era mucha por ser día de mercado. Después de hacer numerosas diligencias para encontrar al individuo tuvimos que resignarnos a perder el champaña.

Mi criado había cometido el disparate de emplear uno de los *léperos* (3) o mendigos del lugar. Menciono este incidente por ser la única picardía de que fuí testigo y aun de que oí hablar durante mi estada o mis viajes en Guatemala.

(1) En castellano en el texto.
(2) En castellano en el texto.
(3) En español en el texto.

Esos léperos son unos seres de los más viciosos y están lejos de ser muchos; y como son tan conocidos, porque se les ve parados en las esquinas de las calles, aun a medio día, con sus grandes sombreros gachos y sus mantas andrajosas que les sirven para abrigarse de día y dormir de noche, es verdaderamente asombroso que el Gobierno no haya tomado la precaución de quitarlos, o de proveer a su mantención mediante el trabajo forzado o cualquier otro sistema expurgatorio igualmente eficaz. Esto me hace recordar que la primera noche que pasé en Guatemala fuí a hacer una visita con D. Simón, el cual me previno que me cuidase de los malandrines; él tomó su *machete* (1) aconsejándome que llevase mis pistolas. Como era natural, acaté su consejo y seguí haciéndolo generalmente así. En México teníamos todos nosotros la costumbre de no salir nunca a la calle desarmados después de anochecido.

En el curso de mis viajes encontré que siempre era prudente manifestar la firme intención de defenderse; pero esto había que hacerlo con aire de indiferencia, como si el acto de hacer fuego contra un agresor fuese una cosa de cajón. También es prudente mostrar la facilidad y la precisión con que esto puede hacerse, tirando a menudo al blanco en presencia de los criados del país, de los holgazanes y otros pegotes en los lugares de parada. A esta práctica puede atribuírse la suerte que tuve de no verme nunca obligado a tirar de un gatillo en defensa propia, a pesar de no haber tenido otra cosa para protegerme de un ataque en muchísimas situaciones difíciles en que me encontré colocado.

Ignoro si el pobre Mr. O'Reilley, (2) el cual, como es bien sabido, fué asesinado en la cama por su sirviente, tenía la costumbre de dormir armado. Me temo que no tomaba la necesaria precaución de asegurar su puerta. Un pequeño cerrojo o la apariencia de la menor probabilidad de resistencia le habrían salvado posiblemente la vida; porque, como todos saben, la distancia que hay entre la tentación del crimen y su comisión es por desgracia tan corta, que tratándose de personas descuidadas es raro que no desaparezca.

Estoy muy lejos de querer filosofar sobre el acto execrable a que me refiero. Lo que me propongo es poner a otros en guardia contra la posibilidad de exponerse a una catástrofe tan espantosa. Quiero hacer otra insinuación y es la de que ese hecho no debería alegarse con justicia como una prueba del afrentoso estado social del pueblo en cuyo seno se perpetró. Menores tentaciones, nacidas de la codicia o del deseo de venganza han tenido consecuencias igualmente deplorables en los lugares más civilizados del mundo; pero ya sea que ese horrible acontecimiento se originara en motivos particulares o políticos, sus fatales resultados para la infortunada víctima y sus inconsolables deudos no permiten atenuarlo ni diferenciarlo. A las partes interesadas no les importa que la muerte de un hombre se deba al puñal de un asesino, al clima mortífero,

(1) En español en el texto.
(2) El Cónsul de Su Majestad Británica. N. del A.

a una bala de fusil o a la de un cañón de a veinticuatro. Pero morir en servicio del país, cualquiera que sea la causa, exige algo más que el solitario pesar de la familia.

De los que han prestado servicio en el asunto del "Reconocimiento de las nuevas Repúblicas de América", ¡cuántos han perecido víctimas del cumplimiento de su deber! Las relaciones escritas por personas desinteresadas demuestran los trabajos y fatigas que tuvieron que soportar en sólo sus viajes, sin contar los peligros del clima y de la odiosa venganza. (1) Sentiría aparecer bromeando sobre un asunto tan serio; pero a menudo he pensado que lo que tienen que hacer los embajadores en aquellos Estados ha abierto una nueva era en la diplomacia: deben desplegar tanto esfuerzo físico como mental; combinar la actividad de un correo con el reposo de un estadista; poseer un espíritu amplio y un occipucio sólido; un carácter flexible y una epidermis endurecida; una delicada sensibilidad y un estómago capaz de resistir el vómito negro.

CAPITULO XXII

Visito de nuevo al Presidente. — Dificultad de regresar a Inglaterra. — Las principales familias ricas. — Impedimento para las relaciones con la Gran Bretaña. — Las damas guatemaltecas. — Don José del Valle. — El Arzobispo. — Los sentimientos de un hombre.

Hice otra visita al Presidente. Me informó con amabilidad de que había ordenado pasar notas a las diferentes oficinas para que me diesen, tan pronto como fuera posible, los datos que yo había solicitado. Mi partida estaba dispuesta para mediados del siguiente mes, porque deseaba aprovechar uno de los barcos mercantes que debían salir convoyados de Belice para Inglaterra el 1º de agosto.

Me habían dicho que pasar por el golfo de Florida en esa época y en un barco solo, era exponerse casi seguramente a una piratería de las más sanguinarias; y como el viaje a la costa sería casi imposible si lo demoraba mayor tiempo durante la estación lluviosa, tenía que escoger entre regresar inmediatamente o quedarme en el país hasta fines del año. En aquel entonces la situación política era todo lo favorable que podía esperarse; por consiguiente me incliné a emprender el viaje, haciendo todos los preparativos del caso.

Al leer los informes recibidos, me puse a considerar el carácter y las pretensiones de las personas más influyentes de la sociedad; quiero decir las más ricas; y habiendo oído hablar por casualidad sobre el monto de las propiedades y capitales que se atribuyen a algunas de ellas, me tomé gran trabajo para averiguar qué bienes poseían las demás. Con este objeto hice un catálogo de los nombres de las principales familias del país, y después de recabar la opinión de las personas mejor infor-

(1) De las personas enviadas oficialmente por el Gobierno a visitar aquellos países, once por lo menos perecieron por efecto del clima o de manera violenta. N. del A.

madas sobre el asunto, añadí en él los datos relativos a las propiedades de aquéllas la naturaleza de éstas y las fuentes de donde proceden. Este catálogo se encontrará en el Apéndice; pero por motivos evidentes de delicadeza y prudencia sólo he puesto en él las iniciales y el *bout rimé* (1) de sus nombres.

De este documento aparece que el capital comercial de treinta y siete familias residentes en la ciudad porque todas tienen más o menos intereses comerciales alcanza a más de 1.500,000 libras esterlinas; y debe observarse que no se toma en consideración el valor del capital comercial de las demás ciudades y pueblos de la República, en los cuales hay algunas familias tan ricas como las de la metrópoli. No tuve los medios de averiguar el valor de esa propiedad; pero suponiendo que en cada uno de los otros cuatro Estados de la Federación el monto del capital comercial sea la cuarta parte del de la metrópoli, resultaría una suma de más de £3.000,000 aplicable directa o indirectamente a los fines del comercio exterior. Este capital tan sólo necesita de que se le ponga en movimiento, mediante el comercio exterior, para llegar a ser realmente útil a sus dueños y a los países que trafiquen con ellos. ¿Por qué no se ha hecho esto? En mi humilde opinión por el siguiente motivo. La principal nación hacia la cual volvió ansiosamente los ojos el Gobierno guatemalteco para obtener el reconocimiento de su independencia fué la Gran Bretaña; pero como ésta no recibió a su Ministro con este carácter, se suspendieron todas las proposiciones para celebrar un tratado. ¿Cuál ha sido la consecuencia? Un espíritu levantisco de ambición interna, que había permanecido oculto ante el peligro del grandioso imperio recientemente creado en México y que amenazaba esclavizar al país, ardió súbitamente. El Presidente y su partido fueron atacados y estalló la guerra civil. En Guatemala, el agente diplomático de cualquier potencia de prestigio habría podido apaciguar probablemente la querella con un poco de tacto. Sin embargo, esto no pasa de ser una humilde opinión, resultado de un convencimiento sincero, y, espero que no podrá ofender a las muchas personas a quienes la delicadeza del asunto afecta tan profundamente en Guatemala. Hay una cosa enteramente cierta y es que durante los primeros ocho meses posteriores a mi llegada con mi informe, la Gran Bretaña no tenía la posibilidad de reconocer la independencia de Guatemala, debido a algunas dificultades insuperables de carácter importante y confidencial que surgieron, y los informes posteriormente recibidos sobre el estado de desorganización del país, debido a las circunstancias existentes, han hecho que la inclinación a tratar, de parte del Gobierno británico, esté muy lejos de ser aconsejable, para decir lo menos. Por consiguiente no puede hacerse a nuestro país el menor cargo por la infortunada demora; y si el resultado de ella ha sido una calamidad para Guatemala, se debe tener la esperanza de que una reciprocidad de amistosas intenciones se establezca de nuevo cuando de

(1) En francés en el texto.

las circunstancias aparezca que dicha República merece de parte de la Gran Bretaña esta consideración que tan ardientemente codició al principio y es de esperar que tenga el buen juicio de desear todavía.

Sábado, 2 de julio.—Habiendo empleado los últimos cuatro días, que fueron muy lluviosos, en compilar y arreglar los datos para mi informe, comí al día siguiente, domingo, con D. Mariano Aycinena, hermano del marqués. Tuve la ocasión de ver una comida del mejor estilo guatemalteco. La señora de D. Mariano y dos primas jóvenes de éste amenizaron la fiesta que terminó sin embargo a las seis de la tarde, hora en que la mayor parte de los concurrentes se retiraron, presumo que a dormir la siesta de que se habían visto infortunadamente privados por el largo tiempo que duró la comida y la circunstancia de haberse fijado para ésta una hora más tardía que la de costumbre. Las señoritas Piñol, las jóvenes a quienes aludo, tienen una tez de las más blancas y se parecen más a las mujeres inglesas en el aspecto general de sus personas que todas las que ví en aquellos países. Hay otras jóvenes de la familia, las Pavones, que también son lindisimas y de apariencia europea. Antes de mi partida todas ellas habían adquirido el título de *las inglesas,* (1) que parecía gustarles mucho. Al hacer estas observaciones particulares no pretendo dar a entender que las damas mencionadas sean las únicas beldades de la ciudad. Tendría que consignar los nombres de muchas otras si quisiese hacer una lista de ellas; pero esto seria una simpleza y por lo tanto lo único que debo decir es que la mayor parte de las mujeres guatemaltecas serían consideradas como bellas en cualquier parte del mundo.

Lunes, 4 de julio.—Visité a Valle para pedirle explicaciones sobre algunos asuntos comerciales y estadísticos tratados en el último informe de la junta de comercio en tiempo del Gobierno español. Es un documento útil, porque permite ver lo que probablemente será el valor del comercio de la República una vez que ésta se tranquilice y asiente sobre una base sólida.

Al siguiente día, 5, el pobre Beteta, Ministro de Hacienda (ha muerto ya), me entregó el informe sobre el comercio actual, vertido por la comisión nombrada por el Presidente. Ese día me ocupé también en alquilar mulas para mi viaje. El *arriero* (2) pretendía que le pagase todo el dinero por adelantado. Convine en tomarle diez mulas a razón de diez y seis pesos cada una y lo hice conformarse con un adelanto de cien pesos, porque yo deseaba reservarme una garantía del buen cumplimiento de sus compromisos; pero me equivoqué en esto. Dos días después vino a verme y me dió a entender, con algunos circunloquios, que si no le pagaba inmediatamente los sesenta pesos restantes, no me alquilaría las mulas. No me quedaba por supuesto más recurso que aceptar y me alegré de saber que la costumbre era adelantar a los arrieros su dinero. No puedo menos de decir que a pesar de tener de este modo la sartén por el mango, rara vez abusan de esta ventaja.

(1) En castellano en el texto.
(2) En español en el texto.

Sábado, 9 de julio.—Por el deseo de procurarme un mapa de las delimitaciones de los cinco Estados recientemente establecidos, me fuí a ver a Valle, la persona más llamada a ayudarme en este asunto; pero no fué pequeña mi decepción. Cierto es que se había hecho el deslinde por acto legislativo, pero aún no se había levantado un mapa para ilustrarlo. De suerte que tomamos uno de los de Arrowsmith (1) que yo llevaba y trazamos en él con lápiz las divisiones. (2)

Domingo, 10.—Fuí a despedirme del Arzobispo, el cual me dió amablemente una carta circular de recomendación para obtener la hospitalidad y buenos oficios de los curas por cuyos pueblos debía pasar. Nunca olvidaré la bondad para conmigo de este prelado excelente. A pesar de haberme visto casi obligado a hospedarme en su casa, tan calurosa fué su invitación, tengo el sentimiento de decir que solamente lo ví tres veces durante mi estada en la capital. Al despedirme de él me expresó bondadosamente el deseo de que mi viaje a Inglaterra fuese feliz y de que regresara pronto a Guatemala.

De allí me fuí al Palacio a despedirme oficialmente del Presidente. Pude ver que estaba ansioso de adivinar cuál era mi impresión general, es decir, si ésta era favorable o no al estado en que se encontraba la República. El único asunto que podía dar lugar a una duda racional a ese respecto era el que se relacionaba con San Salvador, Estado en que habían surgido algunas dificultades acerca del nombramiento de un Obispo. El pueblo de San Salvador, considerando necesaria la creación de un obispado, nombró para desempeñarlo al padre Delgado sin anuencia del Arzobispo. Habiendo rehusado éste sancionar el nombramiento y por lo tanto consagrarlo, el asunto fué sometido al Cabildo Eclesiástico, el cual informó que la elección era ilegal. Discutido después el asunto en el Congreso, se convino en la necesidad de aguardar la resolución de la sede pontificia. Tal era el estado del asunto cuando salí del país. Yo no le habría atribuído ninguna importancia si no hubiese visto que aquella dificultad tenía algo preocupando al Presidente, por cuanto se creía que él había apoyado el partido del padre Delgado contra el de los eclesiásticos en general.

Como quiera que sea, los disturbios que han agitado posteriormente al país se pueden atribuír principalmente a los hechos referidos, y yo los he mencionado en esta ocasión, porque al salir de la capital me pareció que eran el único asunto acerca del cual cabía decir que existiese una diferencia de opinión. La desconfianza contra el Presidente y sus adeptos, entre los cuales figuraba la mayoría de las familias más antiguas y respetables, era pública y notoria; pero como los caudillos del partido de oposición hablaban tanto de liberalismo y de amor a la patria y hasta aquel entonces habían dado tan pocas pruebas reales de su hostilidad, no se podía temer con razón que hubiese malos resultados. Además, la

(1) Barón Arrowsmith, geógrafo inglés (1750-1824) que publicó más de cien mapas muy notables. N. del T.

(2) Véase el mapa inserto al principio. N. del A.

alianza que el Gobierno tenía la grata esperanza de celebrar en breve, parecía deber asegurarlo contra cualquer ataque peligroso de sus enemigos internos, los cuales no se habían atrevido aún a declarar abiertamente su hostilidad.

El Presidente se tomó la molestia de convencerme de que las diferencias entre los clérigos de San Salvador y el Cabildo Eclesiástico de la capital, no podían traer consecuencias que destruyesen la pública armonía. En ocasión anterior se había servido pedirme mi parecer acerca de la conveniencia de enviar un Ministro a la Gran Bretaña, y ahora parecía estar resuelto a llegar a una resolución definitiva sobre el asunto. Como no era de mi incumbencia entablar negociaciones de tanta importancia, las insinuaciones amistosas fueron por lo tanto suprimidas *in límine.* (1) A Valle le habían ofrecido el cargo, pero lo había rehusado en acatamiento del principio, según me dijo, "de que podía ser más útil en su país". Debo hacerle la justicia de decir que esta observación fué la respuesta que dió a la cita que hice de uno de sus escritos en el cual ensalza "el sacrificio de sí mismo en aras del bien público", insistiendo en que por lo tanto debía aceptar el nombramiento. Se quedó en su patria y los futuros historiadores tendrán que discernir hasta dónde le fué útil a ésta por haberlo hecho así. Yo lo creo sinceramente consagrado a los intereses de su país, conforme a ese principio del *sacrificio de sí mismo* que le ha servido de norma, y sólo me toca expresar la esperanza de que por el *bien público* no rehuse en lo venidero ninguno de los cargos que le puedan ofrecer, así sea el solio presidencial.

CAPITULO XXIII

Preparativos de viaje. — Me hago de un compañero o attaché. — Salgo de la capital.

El Jefe Político de la Nueva Guatemala D. Gregorio Salazar me devolvió hoy (2) la visita que le hice en la Antigua. Como yo había resuelto salir para la costa el martes, empleé el lunes en mis preparativos de viaje. En medio de esta tarea se me ocurrió que nunca había pensado en que estaba para emprender un viaje arduo y tal vez difícil sin llevar un solo asistente; y considerando la naturaleza de mi empleo, empezó a preocuparme seriamente la idea de buscar alguna persona respetable para que me ocompañase y pudiera hacerse cargo de mis papeles en el caso de que me ocurriese algún accidente imprevisto o de que me muriera.

Durante los últimos quince días había estado viviendo con la familia un joven de unos diez y nueve años de edad llamado D. Eugenio. Era el menor de los hijos de doña Vicenta, mi muy bondadosa y hospitalaria amiga, el cual acababa de regresar de San Blas a donde había ido, por encargo de su madre y en asuntos comerciales a ver a su hermano

(1) En latín en el texto.
(2) El domingo 10 de julio. N. del T.

mayor, Director de la Aduana de aquel puerto mexicano, el cual vino también a Guatemala con Eugenio. Habiendo averiguado yo que a este joven lo iban a dedicar al comercio, se me ocurrió que llevándomelo a Inglaterra podría hacerle un favor y beneficiarme yo también con su compañía en el viaje, porque había pasado ya dos veces por el puerto de Izabal y era en todos sentidos un joven inteligente y activo.

La proposición que hice de llevármelo fué recibida con mucha gratitud por su madre y la demás familia, que se había aumentado recientemente con la llegada de doña Gertrudis, la Penélope de Sonsonate; porque no obstante que sus dos hermanos habían regresado, su marido estaba todavía en el puerto de San Blas. Aceptado mi ofrecimiento, tuve que demorar un día más mi salida para que pudiese alistar las cosas necesarias para el viaje del joven, lo que fué fácil, porque en todas las casas de alguna respetabilidad hay costureras casi constantemente, las cuales suelen estar arrodajadas en el piso de los corredores interiores. Desde hacía varios días, tres o cuatro más que las de costumbre fueron contratadas para que me hiciesen muestras de algunos de los más curiosos bordados y trabajos de ornamentación peculiares del país. Entre estos últimos había pajaritos, monos y otros animales lindamente imitados en seda con mucha naturalidad. Para alistar la ropa que necesitaba mi compañero se llamaron unas seis costureras más y el grupo que formaban todas ellas tenía un aspecto muy curioso y original. Además, todas las criadas y otras muchas que se habían traído para ayudarles trabajaban en los preparativos del viaje: unas haciendo grandes cantidades de pastillas de chocolate, otras *dulces* (1) o fiambres, tales como pollos, lenguas y jampnes que pusieron en dos grandes cestas, rellenando los intersticios con bollos de pan fresco de que hicieron una gran hornada. En el patio interior los criados estaban atareados alistando las sillas y los arreos de las mulas, que formaban un gran montón y parecían suficiente carga para los pobres animales, sin la adición de los pesados bultos que estaban condenados a llevar también. Al contar mis paquetes, dispuestos en cargas, resultó que se necesitaban por lo menos seis mulas más para transportarlos.

Al salir de México me había desembarazado de todo lo que no me era absolutamente necesario. Todas mis ropas usadas las había distribuído entre mis criados o regalado a amigos mexicanos, mereciéndoles a éstos mucho aprecio por su hechura y calidad y tal vez más por ser ambas cosas genuinamente inglesas. Lo único de que realmente sentía la pérdida era un galápago inglés, el último que me quedaba y que obsequié por la tarde del día de mi salida a mi estimado amigo D. Domingo Saviñón, el cual como puede recordarse, me acompañó en mi primera jornada desde San Cosme. Algunos meses antes me había hecho aceptarle un caballo muy hermoso, tan sólo por haberlo yo admirado en un paseo que hicimos juntos; y creo que de buena gana me habría dejado escoger otro de sus mejores caballos a cambio del recuerdo insignificante que le dejé. Me alegro de que le gustase tanto mi regalito; pero estoy seguro

(1) En español en el texto.

de que será la última vez que me despoje así de algo tan necesario al emprender una jornada de mil millas a caballo. He dicho ya que no había conservado nada superfluo, viajando con lo menos posible. Mi tren se componía de tres mulas para el transporte de mi cama y las de mis asistentes; cuatro para las provisiones, una cocina portátil y sus utensilios; tres que montaban los asistentes y seis más para el equipaje; en total diez y seis. Cuatro eran realmente suficientes para mis bagages; pero quise llevar dos más para el caso de un accidente, precaución que debiera tomar todo viajero deseoso de llegar a su destino en determinada fecha; porque de lo contrario se expone a tener grandes atrasos y por último a mayor gasto que el que representa el alquiler de las bestias.

Martes, 12 de julio.—El ajetreo causado por mi viaje aumentó hoy por la circunstancia, ya conocida, de que D. Eugenio debía acompañarme. Muchas personas de las más respetables de la ciudad vinieron a despedirse de él y a felicitar al pobre muchacho (no había de qué) por su buena suerte. Su afligida madre las invitó a todas a una gran cena, cuyos preparativos vinieron a aumentar las tareas de la servidumbre que ya eran muchas. Pedí una nueva remesa de vino de Champaña con este motivo y llegó felizmente a la casa; pero aun cuando no desapareció del mismo modo que el otro, tuvo una muy desagradable transformación, porque lo convirtieron casi todo en un ponche muy dulce. La cena fué muy abundante y excelente. Unas setenta personas tomaron asiento en el *comedor,* (1) todas las que podían caber en él; las demás o sean las gentes jóvenes, se acomodaron en grupos, sentándose en el piso de las habitaciones y comiendo a lo gitano. Las carcajadas y el regocijo de aquellos grupos no armonizaban con la ceremoniosa gravedad que reinaba en la mesa. Por desgracia me habían puesto en la cabecera y tenía que estar gastando amabilidades con abuelas cubiertas de alhajas y hombres de consideración. Creo que Colman (2) dice que es triste, aunque muy honroso, estar sentado debajo de laureles; y confieso que de muy buena gana habría trocado mi puesto por un asiento en el piso de cualquiera de las otras habitaciones. Yo me había forjado la ilusión de tener una cena muy alegre; pero me resultó muy triste.

Cuando se hubieron retirado los convidados a la una de la mañana, hora sin precedentes en las fiestas guatemaltecas, me tomé la libertad de quejarme a una de las compañeras de mi amiguita doña María de que ésta hubiese dividido la concurrencia de modo tan desagradable, llevándose toda la parte alegre. Me contestó en broma:

—Supongo que doña María pensó que la presencia de un *gran señor* (3) nos habría asustado.

A las seis de la mañana me despertó el ruido que metían los arrieros cargando las mulas. Ví la larga y enjuta figura del chino plantada en el marco de la puerta, tan inmóvil como una estatua. Estaba aguardando que yo despertase; porque como toda la vida había servido a españoles,

(1) En español en el texto.
(2) George Colman, autor cómico inglés (1762-1836). N. del T.
(3) En castellano en el texto.

temía turbar mi sueño. Allí estaba ocioso y fijo como el meridiano de Greenwich y tan indefinible como su longitud. Lo consideré como mi punto de partida y me salí de la cama inmediatamente, muy preocupado por mi viaje y las disposiciones que debía dar para llevarlo a efecto.

A las nueve de la mañana cuatro de las mulas estaban cargadas y todo parecía listo para salir, excepto mi criado. Las noches frías y lluviosas que habíamos tenido durante las últimas tres semanas, lo habían afectado mucho. Nunca había vivido fuera de las costas orientales de China y las occidentales de México y en ninguna parte gozó de tan buena salud como en Acapulco. El clima de Guatemala en aquella estación era casi mortal para él, porque rara vez marcaba el termómetro durante la noche más de 88 grados. El pobre hombre había pesado todas estas circunstancias en su mente y las había sentido en el cuerpo, y con alguna vacilación me suplicó que no lo llevase a ningún sitio más frío que Guatemala. Al insistir yo en que viniese conmigo a Inglaterra su cara cobriza se puso pálida, y para no dejarse ablandar, me aseguró resueltamente que no iría nunca allí. Tuve que conformarme con aprovechar sus servicios hasta la costa, a lo cual no hizo objeción, y diez minutos después ya estaba listo para emprender la jornada.

Sentía el chino gran desprecio por las ropas de todas clases y en aquella ocasión, además de los calzoncillos y de la camisa de algodón en que consistía habitualmente todo su indumento, se puso un par de botas de cordones a la Wellington y unos zahones celestes de tela de algodón delgada a la Wellington también. Por lo general usaba un sombrero viejo inglés de ala muy angosta y que había perdido completamente el pelo, pero le quedaba el fieltro, permitiéndole gozar de lo que tanto le gustaba, de toda la fuerza del sol. Yo me había comprado un sombrero de Guayaquil, hecho con una hebra fina peculiar de aquel país, tan fina como la de Liorna y mucho más durable; de suerte que le di uno de paja adquirido en la isla de Madera, muy liviano y con una ala de unas siete pulgadas. Se quedó pensando un minuto lo que debía hacer; luego miró a su viejo compañero con cierto cariño escrutador, y tirándolo de pronto adoptó resueltamente al sucesor con las ligeras pretensiones de éste a esa preferencia capital, completando así su vestimenta.

Había llegado el triste momento de la partida. Las últimas mulas desfilaban a paso lento pero firme por la puerta, sin necesidad de arrearlas, siguiendo instintivamente a sus compañeras y el sonido del cencerro colgado del cuello de la bestia que guiaba la recua.

Don Eugenio había recibido las reiteradas bendiciones y los repetidos abrazos de su madre y de sus hermanas y ya estaba montado en su mula para emprender la jornada. Yo me había despedido también de aquella hospitalaria familia. Al salir por la puerta cochera, me encontré con algo inesperado. A un lado de ella estaba doña María con la cabeza erecta, los brazos extendidos, los ojos llenos de lágrimas; y como su cabellera medio desgreñada le caía en desorden sobre la nuca y los hombros, parecía una de esas imágenes de *María Dolorosa* (1) que adornan

(1) En español en el texto.

con tanta frecuencia las iglesias y las casas de aquellos países. Vanas fueron todas las palabras de consuelo que le dije; no pude sacarla del estupor en que la tenía sumida su pena. En respuesta a todas mis reflexiones murmuraba vagamente: *"Mi hermano".* (1) Seguía inmóvil, y como el espectáculo era ya demasiado doloroso, me apresuré a salir de la puerta y me fuí caminando lentamente por la calle. La casa se extendía a lo largo de ella en una distancia considerable; tenía cinco ventanas en la fachada, y al pasar frente a la última que era la de mi alcoba y cuyos postigos estaban abiertos, miré hacia dentro y tuve el dolor de volver a ver a la pobre muchacha en la misma actitud y de oírla exclamar: *"¡Mi hermano!"* (2) al seguir yo adelante paso a paso. Comparando su aspecto con el de la noche anterior, en que su vivacidad y alegría dieron mayor brillo a la fiesta que celebró con sus amigas, no pude menos de ponerme a considerar lo inestable de la humana felicidad y me compadecí sinceramente de su dolor.

Al pasar por la plaza principal me encontré con el Arzobispo que andaba tomando el aire en su carruaje. Creo que no sale nunca a pie; y aunque se le tiene por un firme defensor de la causa de la Independencia, no pude menos de pensar que aquello era un resto de la grandeza del partido a que había renunciado.

Como yo iba enteramente solo ignoraba el camino que debía tomar para salir de la ciudad, pero lo adiviné por la posición del sol y el aspecto del paisaje que a menudo había contemplado desde la *azotea* (3) de la casa en que residía. No habiendo nunca andado por allí, tuve la agradable sorpresa de encontrar un pueblecito risueño y compuesto de algunas chozas en una alegre pradera, entre dos caminos llanos, pero sin huellas de tráfico, y todo rodeado de setos y postigos toscos. Lo abrigaban hermosos árboles, entre los cuales había naranjos que ofrecían la frescura de sus frutas y la de su sombra. Cerdos, niños y gansos andaban dispersos en el césped; debajo de uno de los árboles más corpulentos había una vaca y un asno mirándose el uno al otro como si estuviesen sumidos en mutua admiración, esperando tranquilamente el pincel de un Morland. (4) El paisaje me hizo recordar las aldeas que en mi niñez había visto en Inglaterra en las cercanías de su metrópoli y que ahora se encuentran en un nuevo pero espléndido cautiverio babilónico.

Habiendo soltado la rienda a mi caballito árabe, en diez minutos me reuní con los rezagados de la comitiva. El primero a quien encontré fué D. Domingo, el hermano mayor de mi *attaché* (5) D. Eugenio. Se había quedado atrás para hablarme de sus proyectos acerca de este joven, que era el *cadet* (6) de la familia. Yo sabía que su difunto padre era un español peninsular, el cual se había casado con una señora guatemalteca, doña Vicenta, cuya familia había acumulado grandes riquezas en *ha-*

---

(1) En español en el texto.
(2) En español en el texto.
(3) En español en el texto.
(4) George Marland, famoso pintor inglés de animales y paisajes (1763-1840). N. del T.
(5) En francés en el texto.
(6) En francés en el texto. Hijo menor de una familia.

ciendas (1) en que criaba innumerables recuas de mulas para el negocio de transportes que habían enriquecido grandemente a la familia, además del caudal que mediante privilegios exclusivos adquirió el padre en el comercio, gracias a su calidad de español. No obstante ser D. Domingo el jefe de la familia por causa de los disturbios civiles que habían destruido los antiguos privilegios de su casa había aceptado el cargo de Administrador de la Aduana de San Blas que le dió el Gobierno mexicano. Estaba por lo tanto bien enterado de los beneficios más sólidos que ofrece el comercio, y el colmo de sus deseos era que yo colocase a su hermano en alguna respetable casa mercantil en Inglaterra, a fin de que más tarde pudiese dirigir los negocios de su familia en el país y aprovecharse de las relaciones y de los conocimientos que lograse adquirir durante su permanencia en Inglaterra.

Cerca de las cuatro de la tarde se despidió de mí para regresar a la capital. Al igual de su hermana doña María quiso manifestar sus sentimientos; pero la Naturaleza predominó aún en el sexo fuerte y todo lo que pudo decir, a la vez que cedía inconscientemente a la impaciencia de su mula que al parecer participaba de su emoción y seguía avanzando, fué: *"Mi hermanito"*. (2) Dí alcance a mi criado chino; pero me costó trabajo reconocerle, porque se había quitado el sombrero, colgándolo detrás de la silla, y se había liado un pañuelo en la cabeza. El sol se estaba poniendo y probablemente quería gozar de sus últimos rayos.

CAPITULO XXIV

Descripción del camino. — Tropiezo con D. Francisco Salazar. — La hacienda de Morales.

Al cabo de media hora de cabalgar, el camino se puso escabroso y escarpado. Serpenteando falda arriba de una montaña llegamos a una altura de 800 pies; pasamos por un punto desde el cual se tenía una vista deliciosa de toda la ciudad y del paisaje que la rodea; y no obstante que tardamos dos horas en llegar allí, la población no parecía estar a más de dos millas de distancia en línea recta. Podíamos ver muy claramente, por supuesto, todas las calles y las iglesias, y por la situación de las últimas me parecía poder distinguir el punto preciso en que estaba la hospitalaria vivienda que yo había dejado.

Por los tres lados más cercanos, la ciudad estaba rodeada de abundante vegetación, y en el más lejano se extendían las llanuras ondulantes por las cuales pasé viniendo de Sonsonate. La vista de que ahora gozaba era superior a la primera que tuve por ser más clara y comprensible. El *yeso* (3) o cemento blanco con que están enlucidos todos los edificios que no son de piedra, les daba un aspecto nítido y animado, y al brillar al sol contrastaban vigorosamente con los verdes follajes de los contornos.

(1) En español en el texto.
(2) En español en el texto.
(3) En español en el texto.

En aquel punto el camino se desvía de pronto de la ciudad, la cual no se vuelve a ver durante el viaje. Siguiendo adelante aparece a mano izquierda una extensión considerable de tierras cultivadas, y lo mismo a la derecha un poco más allá; pero a medida que avanzábamos ya no se veían ningunas y el país tomó un aspecto más agreste y escabroso. Recuerdo que en mí imaginación lo comparé a un campo arado de Brobdingnag (1) y nosotros a Gulliveres que se abrían paso por los terrones, representados por los cerros abruptos que ahora ocupaban toda la superficie del paisaje.

Hacia las cinco de la tarde empezó a caer una llovizna que me indujo a cubrirme con una capa encerada traída de México y que me había resultado muy útil en las diversas excursiones que hice después de haber entrado la estación lluviosa. Era de una tela de seda muy delgada y por lo tanto sumamente liviana y compacta. Me costó una onza de oro (£3 y 17 chelines); pero era el más barato de todos los objetos que compré para mi viaje, tomando en cuenta su utilidad.

Al cabo de una hora de caminar bajo la lluvia llegamos a una pequeña planicie descampada, a la derecha de la cual había dos o tres casitas en un corral con valladares rústicos. A un lado estaba la principal de aquellas viviendas; tenía al frente una galería abierta, sostenida por dos pilares de madera. Estaba ya ocupada con una cama en la cual se veía reclinado un viajero recién llegado, mientras su criado le preparaba un poco de chocolate. Eché pie a tierra; y como estaba mojado y tenía frío y hambre, me puse a pensar dónde podría acomodarme. Don Francisco Salazar (tal era el nombre del viajero) me ofreció entonces cortésmente un asiento en su cama, insistiendo asimismo en compartir conmigo el chocolate que le habían preparado. Trajeron después un plato de pollo admirablemente aderezado con una salsa de chiles verdes; un poco de vino y de coñac, procedentes también de la cantina de D. Francisco, completaron una comida muy confortable. Cerca de las ocho de la noche llegó mi equipaje; la cama, no obstante venir empacada en una caja grande de cuero hecha a propósito se había mojado, inflándose las piezas de madera que ya no podían pasar por los ojales de las fajas de cuero, siendo esto parte de la complicada operación necesaria para armarla.

Como siempre tuve buen tiempo durante mí viaje a Acapulco, no había necesitado nunca de aquel mueble tosco fabricado en México; y ahora que sí me era indispensable, resultó totalmente inadecuado para el objeto. Don Eugenio insistió bondadosamente en que yo tomase su cama, que él mismo ayudó a armar, conformándose con el pedazo de cotí que en unión de los sostenes y fajas debía formar la mía. El aire estaba frío y húmedo, y habiéndonos resguardado en parte con una estera que colgamos en la parte exterior de la galería, dormimos bastante bien hasta las seis de la mañana, reanudando nuestro viaje.

(1) Como todos saben, Brobdingnag es el país de los gigantes en la obra inmortal de Swift.—N. del T.

El caballero a quien debía agradecer la hospitalidad tan oportuna de la víspera era el hermano menor de D. Gregorio Salazar, el Jefe Político, y tuve motivos para seguir felicitándome de haber hecho una gran adquisición con tan respetable compañero de viaje. Se dirigía a Belize para negocios de comercio. Podía tener unos veinte años y era alto, varonil y muy juicioso; sus movimientos eran puntuales como los de un reloj y sus palabras tan precisas como decorosas. Hablaba poco; pero con tanta cortesía y amabilidad y siempre tan al grano, que era lástima que no fuese más sociable y comunicativo. En suma era muy caballeroso y discreto.

Ayer caminamos nueve leguas y hoy, 14 de julio, hacia las seis de la tarde, llegamos a Omohita, una regular *hacienda* (1) perteneciente a una señora Morales. Allí nos quedamos por supuesto para pasar la noche, armando nuestras camas en la sala grande después de que se llevaron los restos de la cena, en la cual tomaron parte todos los habitantes de la casa sucesivamente, desde la dueña hasta los principales criados. En una de las puertas de la sala estaba colgado un almanaque en que se leían los más importantes acontecimientos de la revolución guatemalteca y la fecha de la independencia de todas las Repúblicas del Nuevo Mundo. Como yo no había visto antes este documento, lo transcribo aquí:

ÍNDICE DE LA CONQUISTA Y LIBERTAD DE AMÉRICA

Nombres de los Estados	Año de la Conquista	Día en que proclamaron su libertad	Duración de la esclavitud
Venezuela	1526	19 de abril de 1810	283
Buenos Aires	1516	25 de mayo de 1810	293
Santa Fé	1538	20 de julio de 1810	271
Cartagena	1520	18 de agosto de 1810	289
Chile	1535	18 de septiembre de 1810	274
Perú	1531	15 de julio de 1821	289
Méjico	1520	24 de agosto de 1821	300
Guatemala	1524	15 de septiembre de 1821	297
Panamá	1518	28 de noviembre de 1821	302

Dos cosas notables aparecen en este documento: una de ellas es que tantos de aquellos países se emanciparan de España en dos períodos diferentes, como obedeciendo a un impulso espontáneo; la otra es el sentimiento que revelan el tono y la intención con que está redactado, al aplicar al período de la dominación española la oprobiosa frase de "Duración de la esclavitud". Un documento de esta clase, expuesto en

(1) En español en el texto.

el comedor de las haciendas de los países de la América del Sur, basta para revolucionar cualquier parte de ellos. Por supuesto que no puede colgarse sin la aprobación del cura párroco, el cual, en nueve casos de diez, es el llamado a interpretarlo también.

Unas dos leguas antes de llegar a aquella hacienda, al pasar por un bellísimo bosque de árboles corpulentos, divisé a un lado del camino un pequeño tronco, recién desbastado con el hacha, de una yarda de largo y de un pie de diámetro. Suponiendo que lo habían dejado allí por olvido, eché pie a tierra para examinarlo. La fibra era tan dura y compacta que resistió a todos los esfuerzos que hice con mi cortaplumas para cortarla, como si fuese de hierro. Era de un color muy obscuro, pero tenía vetas muy caprichosas y variadas. Considerando que se podían hacer con esa madera muy lindas papeleras, resolví traerla a Inglaterra como una muestra de las muchas y muy finas que hay en el país y de obsequiarla al Foreign Office. Dije a D. Eugenio que deseaba muchísimo llevarme aquel pedazo de palo a mi tierra y él se ofreció bondadosamente a ponerlo en su mula y a seguir a pie hasta el sitio en que debíamos parar. Con inmenso trabajo lo colocamos sobre la mula y fué todavía más difícil obligarla a llevarlo a la hacienda. Dos o tres veces estuvimos a punto de renunciar a la empresa; porque no teniendo lo necesario para sujetar debidamente el palo, rodaba sobre el lomo del pobre animal que parecía estar aún más dispuesto que nosotros a separarse de él.

A la mañana siguiente cuando estábamos ya para salir, me dijo el mayordomo que sentía que me hubiese tomado la molestia de llevar el palo; pernetecía a la señora Morales, pero lo encontraron demasiado pesado para transportarlo sin el auxilio de una rastra. Habiéndole contestado que yo lo había traído para mí, se fué a consultar el asunto con la dueña y luego me dijo que valía ocho pesos. Estaba destinado para hacer una de las mazas del trapiche de la finca; por consiguiente había llegado a su verdadero destino y me alegré de salir de él con tan plausible pretexto.

Antes de mi partida de la capital, D. José del Valle me había recomendado que llevase muestras de las diferentes maderas del país. De consiguiente encargué una papelera hecha con esas maderas, que eran diez y siete; pero el ebanista estaba oupado en la fabricación de un nuevo púlpito y no pudo dar cumplimiento al encargo antes de mi viaje. El recuerdo de este chasco era lo que me había decidido a llevarme el palo.

CAPITULO XXV

Me entero de la llegada de un cónsul británico. — Corro peligro al vadear el río situado entre Omohita y Guastatoya.

Viernes, 11.—(1) en un punto situado a dos leguas de Guastatoya y a diez de Omohita encontramos a un español llamado el *señor* (2) Valdero, que venía de la costa. Nos informó de la llegada a Belize de

(1) Debiera decir viernes, 15. N. del T.
(2) En español en el texto.

un barco de guerra británico trayendo a un cónsul del Gobierno de Su Majestad, así como a tres comisionados y un secretario. La noticia me alarmó mucho, y cuando mis amigos se hubieron despedido de aquel *señor,* (1) me devolví y anduve con éste una media legua para ver si era posible sonsacarle algo más sobre los fines de aquella comisión; porque sus asertosime hacían temer, no sin buenas razones, que el objeto de la mía había s do enteramente descartado y esto por alguna causa del todo inexplicable para mí. Me separé de él a la orilla de un río de corriente rápida que yo había vadeado con dificultad poco antes de encontrarle y regresé para reunirme con mis compañeros que ya iban muy adelante.

Sin embargo, dando vueltas a aquella misteriosa circunstancia y meditando sobre la situación tirante que había entre las gentes de Belize y el Gobierno guatemalteco, con motivo de los esclavos pertenecientes a súbditos británicos que se habían fugado refugiándose en territorio de la República; y sabiendo que el señor Valdero llevaba para Mr. Baylley cartas que podían dar alguna luz sobre estos asuntos interesantes, me devolví otra vez para darle alcance y rogar por su medio a Mr. Bayley que me enviase con un *extraordinario* (2) todas las noticias que de Inglaterra le diesen en sus cartas sobre dichos asuntos y cualesquiera otros a que pudiera referirse el envío de la comisión. También deseaba tener los últimos informes sobre el negocio de los esclavos.

Sumido en estas reflexiones no tomé por inadvertencia el vado bueno y a unas veinte yardas de la orilla del río se hundió de pronto mi caballo en agua profunda; y como iba nadando contra la corriente, sumamente fuerte, y debilitándose con el esfuerzo, mi situación se hizo algo peligrosa. Al cabo de cinco minutos el caballo volvió a tocar el fondo; pero luego perdió pie dos o tres veces más. Por último y a causa de la inconsistencia y desigualdad del lecho del río, sembrado de muchas piedras grandes y tan áspero como una cantera, el pobre animal cayó y nos sumergimos los dos. Habiéndome desenredado de la silla, estaba resuelto a no soltar la rienda por temor de que el caballo me pasase nadando por encima, o, lo que era peor, que se me escapara, porque en este caso no me quedaba ningún recurso en aquella corriente tan impetuosa. Me colgué de la rienda hasta que el caballo volvió a tocar el fondo; monté de nuevo y seguimos adelante con la mayor resolución, hasta que habiendo tropezado el caballo en un fragmento de roca se fué de cabeza en el agua y yo con él. Pude sin embargo conservar la rienda; pero el animal, en el esfuerzo que hizo para levantarse, me dió tal golpe en la sien con uno de los cascos delanteros, que me dejó casi sin sentido. Con todo, no me solté por fortuna y cuando volví en mí estaba de nuevo en la silla. El agua que me caía de la cabeza me molestaba tanto que me puse a quitármela con las mangas. Al hacer esto comprendí mejor el peligro en que me encontraba, porque me enteré de que aquellos arroyos que me salían de la cabeza no eran de agua sino de sangre; y eran tan copiosos que me alarmé seriamente pensando que la herida no podía ser leve

(1) En español en el texto.
(2) En español en el texto.

y que debía haber interesado la arteria temporal. Habíamos llegado a un lugar poco profundo y vi después que era el verdadero vado; pero sus orillas se parecían tanto a las del otro en que me había metido que me quedé algunos momentos dudando de que lo fuese; pero pronto salimos del agua y seguí galopando en pos del señor Valdero para darle alcance antes de sentirme demasiado débil, porque me seguía corriendo la sangre en gran cantidad. Topé dos indios que a juzgar por sus exclamaciones deben de haber creído que me habían atacado los salteadores y que iba huyendo de ellos; y mientras estaba pensando si me devolvía para pedir a aquellos infelices que me diesen los auxilios quirúrgicos que estuviesen a su alcance, a falta de otros mejores, oí que me llamaban dos o tres pesonas y tuve el gusto de ver que eran el señor Valdero y los de su comitiva.

Se habían alojado en una cabaña situada a corta distancia del camino y salieron al ruido del galope de mi caballo que iba a revienta cinchas. La primera cosa que pedí al echar pie a tierra fué un espejo, pero no lo había en aquella humilde vivienda; sin embargo, yo lo pedía con tal afán que el señor Valdero tuvo la bondad de abrir uno de sus baúles —cosa no poco molesta por la manera como se arreglan para viajar en aquellas tierras—y sacó de él un espejito ajustado en una cartera. Entretanto me habían lavado las sienes con aguardiente y agua y estaba tan desfallecido que me hicieron tragar una gran cantidad de alcohol puro y estuve a punto de ahogarme. Como yo lo suponía, el golpe lo recibí exactamente arriba de la arteria temporal; pero me aplicaron una venda con un tapón duro que hice yo mismo, apretándola tanto como se pudo, y la sangre fué estancándose poco a poco. Al cabo de una hora ya me encontraba bastante bien para reanudar mi viaje. Me fijé muchísimo en el vado antes de atreverme a volver a pasar aquel río falaz, y mi caballito temblaba a cada paso; su valor, siempre indómito, se había enfriado en aquella ocasión, y se le podía gobernar con un hilo, como dicen los *jockies.* Al llegar a la margen opuesta me alegré de ver que todavía estaba fuerte y brioso; y como ya había escrito la carta que deseaba enviar a Mr. Bayley, así como una nota para el Gobierno, me lancé al galope para reunirme con mis compañeros antes de que cerrase la noche, tocándome de vez en cuando la sien para cerciorarme de que no había novedad. La herida seguía sangrando ligeramente y llegué antes del anochecer a Guastatoya, aldea de unas 400 almas. En el centro de ella había una casa grande con la galería externa de costumbre y en ella pusieron el equipaje. Después de la cena, que preparon antes de mí llegada, sentí vértigo y dolor de cabeza pero no tardé en quedarme profundamente dormido.

No obstante que rara vez me falta el ánimo al día siguiente me sentí demasiado enfermo para seguir adelante, y por consejo de D. Francisco y de mi joven *attaché* (1) resolví demorar mi salida hasta la tarde. Nunca olvidaré los bondadosos cuidados de la mujer criolla de aquel establecimiento. Mató una de sus mejores gallinas para prepararme un

(1) En francés en el texto.

caldo; me hizo *panada* o atole de varias clases, me dió su mejor cama y envió al pueblo sus numerosos niños para que no turbasen mi reposo. Esto y una rigurosa abstinencia me aliviaron la fiebre que me había entrado, y a las dos de la tarde, dos horas después de enviar el equipaje bajo la vigilancia de D. Francisco, salimos D. Eugenio y yo caminando despacio.

CAPITULO XXVI

Nos sorprende la noche y casi nos perdemos D. Eugenio y yo en mitad del río Chimalapán. — Despachos traídos de la capital por Murillo. — Lo tomo en calidad de criado. — Llego a la ciudad de Zacapa.

Los campos por donde pasamos estaban extensamente cultivados. El país era una mezcla de feraces llanuras y selvas exuberantes, y al llegar al borde de una de las últimas nos encontramos en la margen de un ancho río. Había huellas de ganados en ella, pero no podíamos saber si aquello era un abrevadero o el vado; porque habíamos bajado hasta allí por un zanjón profundo o barranco, coronado a un lado y otro de árboles corpulentos y espesos matorrales. Teníamos que escoger entre pasar la noche en aquel sitio sin camas ni víveres, o intentar el paso. De suerte que nos fuimos vadeando cuidadosamente el río y a partir de unas treinta yardas éste era cada vez menos profundo, hasta salir a una isleta. Allí tuvimos el pesar de ver que para alcanzar la margen opuesta teníamos que atravesar un trecho tres veces más ancho que el primero, y que el agua era obscura y mansa, terrible pronóstico de su profundidad. Más allá, río arriba, parecía ser menos honda, y más lejos, en la otra orilla, había un descampado que podía ser la salida del vado. Atravesamos despacio, con el agua rara vez más abajo de las cinchas, llegando a un banco de arena. Desde allí el agua parecía ser aun más honda. Era evidente que todavía nos faltaba cruzar el lecho principal del río y de común acuerdo nos devolvimos inmediatamente.

Para hacerlo nos guiamos por unos árboles grandes de la orilla que acabábamos de dejar y en los cuales nos habíamos fijado adrede; pero la noche iba cayendo rápidamente y cuando llegamos al zanjón estaba tan obscuro, debido a la sombra intensa, que no podíamos distinguir el paso. Mi joven amigo a quien empecé a embromar por el modo como me había guiado, echó pie a tierra, metiéndose en el bosque a tientas. Al cabo de largo rato regresó para decirme que había encontrado el camino. Me hizo regresar con él al sitio donde habíamos entrado en el río, y volviendo su mula a la derecha trepó por un talud escarpado. Después de andar algunos pasos nos metimos otra vez en la selva por un camino de herradura en que podían verse huellas de cascos bastante frescos.

Habiendo cabalgado media hora por cañadas sombrías y verdes prados, divisamos una luz. Era un pueblecito de indios y en él nos hicimos de dos guías, los cuales se vinieron precediéndonos con teas de pino que daban una luz deslumbrante. Bajando del pueblo llegamos en un cuarto de hora al vado que buscábamos. Fué mucha dicha que no nos

hubiésemos arriesgado a pasar el río por el otro punto, porque era muy hondo y no se podía salir a tierra por lo abrupto de la orilla y la tupida maleza que allí había. En caso de haberlo hecho, nos hubiéramos ahogado probablemente todos, hombres y bestias. El punto por donde atravesamos el Chimalapán era bastante hondo, porque las aguas estaban muy crecidas a causa de los recientes aguaceros y era lo probable que después de algunas noches más de lluvia no sería ya visible el banco de arena al cual habíamos salido.

Al llegar a la orilla opuesta encontramos un camino tan estrecho, por motivo de la excesiva vegetación, que apenas podíamos pasar a la deshilada, y con dificultad lograban los peones apartar las ramas para que no pegasen en ellas sus teas. A un cuarto de milla del otro lado del río estaba otro pueblecito de indios y allí nos detuvimos mientras nuestros guías se proveían de nuevas teas. Pensando en las situaciones peligrosas en que habíamos estado, nuestro nuevo modo de viajar nos parecía perfectamente confortable y seguro y seguimos adelante a paso lento hasta llegar a nuestro destino, la aldea de Chimalapán.

En el centro del pueblo había un tinglado abierto por todas partes, amén de un boquete en el techo. Como llovió bastante durante la noche, esto nos causó mucha molestia, porque apenas había sitio seco para nuestras camas y el equipaje. Tuve allí el placer de recibir una carta de doña María, traída por uno de los criados de confianza de la familia. Se llamaba Murillo y tenía sangre africana. Era nacido y criado en la casa y se ocupaba en llevar las cargas de los productos de las haciendas de la familia a la capital y de traer el dinero de la venta o las mercaderías europeas que daban a trueque, llevándolas luego a los expendedores al por menor en las diferentes provincias. Con este motivo se le confiaban a menudo grandes sumas de dinero y no pude menos de agradecer altamente a sus amos que me lo hubiesen enviado para acompañarme, no sólo a la costa, sino también hasta Inglaterra en caso de estimarlo yo necesaro. Aquel hombre, que había hecho el viaje muy rápidamente, recorriendo en dos días y a pie las treinta y cinco leguas, era un varonil y buen ejemplar de la casta de indio y negro. Era fuerte, sano y atlético; y habiendo sabido por D. Eugenio, su joven amo, la buena reputación de que gozaba, me aproveché con mucho gusto de sus servicios, sobre todo porque el chino iba a dejarnos pronto en el puerto. Murillo estaba entendido de que debía acompañarnos hasta allí; pero al salir de su casa no tenía idea de que probablemente tendría que embarcarse. De suerte que le dije:

—Murillo, quiero llevármelo a usted a Inglaterra.

—*Sí, señor, me voy (1)*—me contestó inmediatamente con una sonrisa muy placentera.

Nada estipulamos sobre salario. En cuanto a la ropa no había nada que hablar, porque sólo traía unos calzoncillos y un par de sandalias.

---

(1) En español en el texto.

Tuve el pesar de saber que el dolor y la angustia de doña María por el viaje de su hermano eran tan grandes en realidad como en apariencia. Su delicada constitución no había podido resistir las últimas emociones y estaba en cama desde nuestra salida. Recordé entonces algunas historias que oí referir acerca de la violencia de los afectos de la señorita. Cuando los españoles peninsulares creyeron necesario huir del país para ponerse en salvo, hace pocos años, su padre se fué a la costa; pero allí le dió la fiebre, tuvieron que traerlo a la capital en camilla y murió al cabo de quince días. Durante toda su enfermedad, que se había convertido en una especie de tifo, no fué posible impedir que la amable niña estuviese constantemente a su lado. Asistió a su padre moribundo con la mayor abnegación y se abrazó con tal frenesí a su cadáver que fué difícil separarla de él. Como podía temerse, se contagió del mal, pero la salvaron afortunadamente.

A la mañana siguiente salimos para Zacapa, que según pude ver en mi itinerario goza del título honroso de ciudad. Esta ciudad a siete leguas de Chimalapán y a medio camino entre la costa y la capital; de modo que puede decirse que es en Guatemala lo que Jalapa en México.

Antes de llegar a la ciudad tuvimos que descargar todas nuestras mulas y pasar el equipaje en una barca por el río torrencial que seguía cortándonos el camino. Aquel sitio era el paso común y los barqueros nos llevaron a la otra orilla sirviéndose de pértigas; las bestias las hicieron pasar a nado. En la barca, que podía tener unos quince pies de largo, se acomodaron otros pasajeros, entre éstos cuatro mujeres que al llegar al otro lado del río se fueron a unas veinte yardas de donde estábamos para bañarse. Eran muy buenas nadadoras y trataban de sumergirse las unas a las otras, retozando de todos modos en el agua, con la mira evidente de llamarnos la atención sobre su agilidad y sus hazañas. Mis compañeros y asistentes se cuidaron tanto de ellas como si hubiesen sido otros tantos patos chapoteando; pero para mí el espectáculo era tan curioso como nuevo, y, dadas las costumbres del país, muy decente.

Nos alojamos en casa del *alcalde,* (1) habiendo llegado a la ciudad a las cuatro de la tarde. Mientras preparaban la cena, nos fuimos a pasear por las calles. Con los suburbios la población alcanza a 8,000 almas. Los víveres y artículos de primera necesidad son muy baratos; todo hombre tiene su caballo; hay dos iglesias, un cura y un coadjutor; la ciudad está hermosamente situada a unas treinta y cuatro leguas de Izabal. El alcalde, hombre de alguna instrucción, había estada hablando mucho con extranjeros en los últimos tiempos. Era un compañero sumamente jovial y sus ideas de liberalismo eran tan generales como podrían desearlo los más diversos defensores de la emancipación moral. Me dijo que los señores Wright y Pistock, de Belice, habían levantado un plano del camino de Izabal a Guatemala hacía próximamente un año.

A la mañana siguiente, antes de partir, me fuí con D. Eugenio a visitar a un joven español que iba de paso para la capital procedente de la costa, con el objeto de enviar con él cartas a la familia de D. Eugenio,

(1) En español en el texto.

noticiándola de haber llegado las que nos trajo nuestro nuevo sirviente. Encontramos a las tres hijas de la casa en que se alojaba sentadas a las seis de la mañana, ante una mesa de cocina, haciendo *papelillos* (1) o cigarrillos de papel.

CAPITULO XXVII

Salgo de Zacapa para Gualán y de allí sigo para Encuentros.

A cuatro leguas de Zacapa paramos para dormir en un pueblecillo miserable llamado San Pablo en donde vivían en chozas de cañas unos 300 indios notoriamente estúpidos, mal formados y muy peoueños de cuerpo. Entré en algunas de aquellas cabañas, sentándome a charlar con los habitantes; pero no pude sacarles nada. Conocían poco de la capital de Guatemala y nunca habían oído hablar de sus actuales gobernantes; sabían hacer *tortillas,* (2) o tortas de maíz, y beber *aguardiente;* (3) no porque fuera cosa común entre ellos la ebriedad, pero en la preparación de estos dos artículos parecía consistir todos sus goces de la vida. Nuestro alojamiento en aquel sitio fué por supuesto muy infeliz. Al reanudar el viaje, una mujer borracha nos pidió con mucha importunidad medio real para comprar aguardiente. Una petición tan poco juiciosa no fué por supuesto atendida, y a las seis de la mañana tuvimos la satisfacción de ver que ya íbamos caminando. Nos detuvimos en un pueblo llamado Zinzín para almorzar. La posada en que nos alojamos la manejaba una familia muy numerosa compuesta de la madre y seis hijas, la menor de las cuales tenía cinco años. Mientras la madre cocinaba en una choza aparte, sus hijas estaban tendidas en las hamacas o las camas de la vivienda principal. Estas niñas eran al parecer tan inocentes como bonitas; pero no seguirían siéndolo probablemente, porque su madre estaba lejos de tener una conducta ejemplar.

Continuamos nuestro viaje por un país poblado de grandes bosques y sumamente pintoresco, y después de caminar once leguas durante el día paramos en Gualán, alojándonos en casa de doña Santa María Zafra. Se juzgó conveniente renovar allí nuestras provisiones. Habían empacado el pan estando todavía caliente y se fermentó poniéndose ácido y duro. Hasta aquel lugar lo habíamos aprovechado bastante bien; pero como rara vez encontrábamos algo, salvo *tortillas,* (4) y era todavía menos probable que pudiésemos hallar pan en el resto del viaje, la señora se cuidó, no sólo de proveernos de ese alimento, sino también de los demás que pudiéramos necesitar.

Contiguo a la *gran sala* (5) había un cuarto donde estaban cuatro o cinco mujeres cosiendo u ocupadas en otros oficios ligeros como el de hacer *puros* (6) y cigarrillos. Las agradé mucho comprándoles gran can-

(1) En español en el texto.
(2) En español en el texto.
(3) En español en el texto.
(4) En español en el texto.
(5) En español en el texto.
(6) En español en el texto.

tidad de estas cosas, y supongo que el precio que les pagué por ellas debe de haberles hecho concebir una idea bastante alta de la generosidad del carácter inglés y esto era lo que yo deseaba. Me felicitaron por el gran cargamento de *tintas,* (1) o índigo, que llevaba a mi país; y al decirles yo que mis baúles no contenían ninguna clase de mercaderías, parecieron muy sorprendidas y ansiosas de saber lo que había en ellos. La hija de la casa, doña Francisca, una chica plácida, de buen carácter y casera, vino a cenar con nosotros, cedió su cama, que estaba en la sala y parecía servirnos con tanto placer como molestia habían sentido otras en iguales circunstancias. Entretanto nos enteramos de que tenía muchas relaciones en el pueblo y de que por alguna extraña coincidencia todas ellas habían resuelto visitarla al mismo tiempo. Señoras viejas y jóvenes vinieron a ver a la pequeña doña Francisca. Al principio parecía muy sorprendida de recibir tantas visitas inesperadas; sin embargo soportó su intrusión con mucha paciencia, al notar que tenían más curiosidad de ver al *león* que a la *oveja.*

A la mañana siguiente doña Francisca, se mostró también curiosa al ver los pocos objetos corrientes que contenía mi estuche de viaje, reducidos entonces a lo indispensable, porque en el curso de mis viajes me había costado poco trabajo inducir a los admiradores de esos adminículos a aceptar algunos. Con todo, le obsequié un peinecito que pareció gustarle particularmente y me honró con el encargo de traerle, cuando regresase al país, unas tijeras de las más finas que se fabriquen en Inglaterra. Ojalá que no se quede esperándolas.

Habiendo visto al siguiente día, 20 de julio, a D. Juan Atondo, corresponsal de Mr. Bayley, de la casa de los señores Barclay, y también al cura D. Miguel Reyna, el único *padre* (2) a quien encontré en su puesto en mi viaje desde Guatemala, salimos a las cuatro de la tarde, y pasando por una región que parecía un parque llegamos a unos tinglados que estaban en una altura en campo abierto, rodeados de grandes arboledas y matorrales; allí nos quedamos para pasar la noche. Aquel sitio de parada, situado a cuatro leguas de Gualán, se llama el Rancho de Iguana. Se soltaron las mulas para que aprovechasen el buen pasto durante la noche, y, como yo me lo temía, se demoró nuestra salida una o dos horas por la mañana, mientras fué posible reunirlas. Una de ellas se había extraviado y los peones, después de explorar el sitio en media legua a la redonda lograron traerla al fin, valiéndose de la *yegua* (3) que guiaba las mulas. A este animal lo educan para desempeñar este oficio y es enteramente necesario tener uno para cada recua. La joven guía (siempre se da la preferencia a una potranca de color claro para que la distingan mejor las bestias de carga), se acostumbra a acompañar a su madre y después toma instintivamente la cabeza de la arria, haciéndolo con tanta más facilidad cuanto que sólo lleva la insignia de su oficio: un cencerro al cuello para atraer y mantener juntas a sus compañeras. Las

(1) En español en el texto.
(2) En español en el texto.
(3) En español en el texto.

mulas perciben el sonido de este cencerro cuando no lo puede hacer el oído humano, y por temor de perderlo lo siguen, a un trote rápido, cuando se han quedado atrás pereceando. Dada la abundancia del pasto, la demora que nos causó la mula no tenía más excusa que la juventud de ésta. Después de satisfacer ampliamente su apetito debe de haberse alejado en busca de golosinas, o se le pegarían las sábanas a consecuencia del hartazgo. Es probable que su pecado fuese alguno de éstos, porque los peones castigaron con dureza a la joven delincuente por la molestia que les causó; pero al mismo tiempo tuvieron la satisfacción positiva de poderme asegurar que era imposible llegar ese día más allá de Encuentros, que sólo estaba a cinco leguas de allí.

En esa distancia el paisaje era como el de un parque inglés en magnífica escala: verdes prados de una milla de largo y tan planos como una bolera, cortados por colinas ondulantes por cuyas faldas pasaba el camino; espléndidos árboles adornaban el conjunto. En las cumbres de algunas de aquellas eminencias había robles, pinos y otros árboles peculiares de regiones más frías, pero que crecen con la mayor exuberancia en un clima templado. Al pasar por la cima de una de las montañitas vimos una barranca profunda al través de la cual había caído uno de aquellos hermosos árboles, como para indicar lo factible que era unir las veredas que los viajeros tienen que seguir de cada lado de ella, obligándolos a dar un rodeo de dos millas por lo menos, sumamente escarpado y escabroso. Nosotros empleamos en esto una hora de duro batallar. Cerca del árbol caído crecen otros igualmente hermosos, y son tantas las facilidades naturales, que veinte hombres podrían hacer en un día un puente sólido sobre aquella barranca. En otros puntos es también posible acortar el camino con el mismo procedimiento sencillo. Durante las últimas dos leguas de aquella jornada se baja tan precipitadamente como se sube en las anteriores. Se sigue caminando cuesta abajo hasta llegar al pueblecillo de Encuentros, que debe su nombre a la confluencia del Motagua y el Mancegua, dos bellos ríos caudalosos. El viajero se encuentra de pronto en pleno clima tropical. La vegetación se hace tan espesa que cuesta trabajo abrirse paso. Las palmeras, los plátanos y otras plantas de los trópicos bordean el angosto sendero, hasta que al fin se ven, cuando se llega a sus mismas puertas, las pocas chozas de cañas de la aldea de Encuentros.

CAPITULO XXVIII

La atmósfera cálida y húmeda de Encuentros. — Modo de pasar el río. — Llego a Mico

Los habitantes de Encuentros no pasan de cien y son pobres y míseros. El lugar es sumamente malsano y a no ser por el ancho y hermoso río que corre por uno de sus lados dando alguna idea de espacio y animación, podría uno creerse en el fondo de un pozo verde. No hay iglesia y sólo se dice misa una vez al año. La vecina principal, en cuya

casa se alojan todos los viajeros, es doña María Barnes. Tiene una *posada* (1) donde encontramos a un peninsular llamado D. Miguel Español, amigo de mi compañero D. Francisco y comerciante acaudalado. Acababa de salir de Belize y confirmó la noticia de la llegada de Mr. O'Reilley, pero sin dar ninguna luz sobre el carácter de la Comisión. Don Miguel era un hombre caballeroso e instruído y cenamos con él en una especie de *table d'hóte,* (2) sentándonos tres en una cama; los demás se acomodaron sobre cajas y otros bultos de equipaje, arreglo que nos proporcionó también una mesa. Llovía mucho y así siguió sin tregua durante toda la noche. No tardó en llenarse el cuarto de ranas que croaban sin parar, contestándoles sus compañeras desde fuera. El ruido era tan ensordecedor que con trabajo podíamos oír lo que se hablaba, porque millares de croantes voces repetían la palabra *agua;* (3) y aunque aquellos anfibios pedían más líquido con tanto afán nosotros opinábamos que había de sobra. A pesar de la continua lluvia hacía un calor sofocante y tuvimos que dejar la choza abierta, de suerte que el agua no sólo penetraba a chorros por la puerta, sino que también nos envolvía la neblina colándose por entre las cañas de las paredes. Si alguna vez ha habido una atmósfera excesivamente cálida y húmeda, tuvimos aquella noche la ocasión de experimentarlo. Nos levantamos al salir el sol, pero se habría dicho que nos movíamos en un baño de vapor. Habían tapado el equipaje y estaba pasablemente seco. Lo metieron en una de las barcas para pasarnos a la otra orilla del río.

Llevaron las mulas por entre la selva a un lugar situado a una milla río arriba para que pudiesen salir a tierra en el propio vado, lo que no habrían podido hacer sin esta precaución, porque era necesario contrarrestar la fuerza de la corriente que tenía una velocidad de cerca de cinco nudos por hora.

Nos embarcamos con el equipaje en dos botes; el más grande llevaba además todos los arreos de las mulas. Estando en medio río vimos que no había modo de hacer entrar las mulas en el agua. En la orilla opuesta un hombre agitaba el cencerro de la guía; pero las mulas tenían bastante entendimiento para ver que ésta estaba con ellas y no hacían ningún caso de las llamadas. Podíamos ver a los arrieros empujando la yegua al río y lograron hacerla entrar en él más de una vez; pero el animal salía estrepitosamente a la margen más cercana, a la misma que había dejado Viendo aquel dilema, Murillo pidió que lo volviesen a llevar a la otra orilla, porque decía tener la seguridad de hacer pasar todas las mulas. De suerte que se lo llevaron en la barca en que nos pasaron a nosotros. Al llegar al punto donde estaban las bestias, ató una cuerda al cuello de la yegua y ésta lo siguió tranquilamente al río y se fué nadando tras él; las mulas la siguieron por supuesto, pero tenían que bregar rudamente contra la coriente, y al igual de la guía, nadaban manteniendo la cabeza casi río arriba; pero aun haciendo este esfuerzo contra la corriente, algunos de los animales más débiles salieron a con-

(1) En español en el texto.
(2) En francés en el texto.
(3) En castellano en el texto.

siderable distancia del punto a que se proponían llegar, aguas abajo. En una hora se volvieron a cargar y entretanto pasamos por un zanjón, que era la salida del vado, y llegamos a una choza en la cima de la cuesta; y siendo la hora de comer aprovechamos el tiempo y lo que allí había.

El chino, que entre sus numerosas habilidades se preciaba de saber cocinar, tenía ya bastante adelantada la preparación de un *curry,* reemplazando el chile con este polvo. Probó ser un artista competente y nos reaprovisionó de pollos vivos, colgándolos despiadadamente por las patas de las pistoleras y la baticola de su silla, a extremo de que parecía montado en un lecho de plumas. Como las aves se quejaban de su situación, él les decía muchos aforismos originales, muy del gusto de los arrieros. Ya había sentado entre ellos plaza de gracioso y en su aspecto había algo tan grotesco que la mayor parte de los que formaban la comitiva apenas podían contener la risa al verlo. De suerte que todo lo que decía, por sandio que fuese, resultaba un buen chiste.

Habiendo tardado en el camino dos días más de lo que esperaba, temía que la *goleta* (1) que el General Codd, intendente de Belice, había tenido la amabilidad de enviar a Izabal regresase sin mí, al ver que yo no había llegado en la fecha señalada. Por este motivo D. Eugenio se adelantó para informar al capitán de mi próxima llegada; pero al llegar nosotros a Mico, la penúltima etapa hacia la costa, tuve la sorpresa de hallarlo allí, charlando muy alegremente con la sobrina del posadero. Muy acertadamente se había enviado a un indio a desempeñar la comisión, por consejo del dueño de la venta, el cual dijo que el joven no podría pasar la montaña antes del anochecer, porque su mula no era muy buena y la selva estaba llena de pantanos y barrancos peligrosos. Me alegré de saber que el posadero había mostrado tanto acierto y discreción y nos preparamos para pasar cómodamente la noche.

La joven, que se llamaba doña Juana Toribia Samaya, era la vida y ornamento de aquel sitio lúgubre pero pintoresco. Había llamado la atención de otros viajeros europeos y me mostró una Biblia que le había obsequiado el Cónsul de los Estados Unidos, en la cual estaba escrito su nombre completo, tal como lo he copiado, junto con el del donante. Parecía encantada del regalo, aunque no le era de mucha utilidad, porque, según creo, me dijo que no sabía leer. De su conversación con D. Eugenio resultó que dos años antes habían tenido el gusto de conocerse. Nadie podía verla sin admirar su belleza; era también muy prudente y me dió un consejo personal que desde luego me desconcertó, causándome sorpresa. Me dijo que después del anochecer no saliese descalzo, porque había serpientes que algunas veces trepaban a los postes del marco de la puerta y cuya mordedura causaba una muerte instantánea.

El dueño de aquella *posada* (2) se llama D. Manuel Manzano y todos los que arriban a Izabal y desean seguir tierra adentro, deben dirigirse a él con el objeto de conseguir mulas para el viaje.

(Continuará).

---

(1) En español en el texto.
(2) En español en el texto.

SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA

NOMINA DE LOS MIEMBROS

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	Licenciado don Antonio Batres Jáuregui
Vicepresidente	Licenciado don Virgilio Rodríguez Beteta
Primer Vocal	Licenciado don Salvador Falla
Segundo Vocal	Licenciado don J. Antonio Villacorta C.
Tercer Vocal	Profesor don Flavio Guillén
Primer Secretario	Don Carlos L. Luna
Segundo Secretario	General don Pedro Zamora Castellanos
Tesorero	Don David E. Sapper

SOCIOS HONORARIOS:

Doctor don Karl Sapper	Universitaet Wuerzburg, Alemania.
Doctor don Sylvanus G. Morley	Carnegie Institution, Washington, D C.
Profesor don William Gates	New York Ciy, U. S. A.
Doctor don Manuel Gamio	México, D. F.
Doctor don J. Toribio Medina	Santiago de Chile.
Profesor don Herbert J. Spinden	Universidad de Harvard, Cambridge, Mass. U. S A.

SOCIOS ACTIVOS:

Sra. doña Natalia Górriz v. de Morales
Sra. doña Lily de Jongh Osborne
Señorita Ana R. Espinosa
Ingeniero don Félix Castellanos B.
Licenciado don Adrián Recinos
Doctor don José Matos
General don José Víctor Mejía
Lic. don Rafael Montúfar
Doctor don Fernando Iglesias
Ingeniero don Fernando Cruz
Licenciado don José Rodríguez Cerna
Licenciado don José A. Beteta
Doctor don Ezequiel Soza
Ingeniero don Lisandro Sandoval
Ingeniero don Claudio Urrutia
Doctor don Luis Toledo Herrarte
Don J. Fernando Juárez Muñoz
Doctor don Manuel Y. Arriola
Don Francisco Fernández Hall
Ingeniero don Carlos F. Novella
Profesor don Santiago W. Barberena
Don Nicolás Reyes O.
Doctor don Francisco Asturias
Don Ernesto Schaeffer
Don Juan I. de Jongh
Profesor don Flavio Rodas N.
Don Víctor Miguel Díaz
Profesor don Ulises Rojas
Lic. don Jorge García Granados
Don Guillermo F. Hall
Lic. don Bernardo Alvarado Tello
Lic. don Salomon Carrillo Ramírez
Profesor don Miguel Morazán
Doctor don Roque Vilardell Arteaga
Don Carlos Mérida
Don Rafael Yela Günther
Licenciado don Mariano Zeceña

Don Carlos Wyld Ospina	Cobán, Guatemala.
Ingeniero don Ventura Nuila	Cobán, Guatemala.
Don Erwin P. Diesseldorff	Cobán, Guatemala.
Profesor don Jesús Castillo	Quezaltenango, Guatemala.
Don Godofredo Hurter	Quezaltenango, Guatemala.
Don Manfredo L. Deleón	Quezaltenango, Guatemala.

SOCIOS CORRESPONDIENTES:

Profesor don José Lentz	Berlín, Alemania.
Frau Caecilie Seler-Sachs	Berlín, Alemania.
Profesor don Walter Lehmann	Berlín, Alemania.
Doctor don Phil. Franz Termer	Berlín, Alemania.
Lic. don Cleto González Víquez	San José, Costa Rica
Don Ricardo Fernández Guardia	San José, Costa Rica.
Profesor don Miguel Obregón L.	San José, Costa Rica.
Profesor don J. Fidel Tristán	San José, Costa Rica.
Don Anastasio Alfaro	San José, Costa Rica.
Don Máximo Soto Hall	Buenos Aires, República Argentina.
Doctor don Martiniano Leguisamón	Buenos Aires, República Argentina.
Doctor don Arturo Capdevilla	Buenos Aires, República Argentina.
Doctor don Coriolano Alberini	Buenos Aires, República Argentina.
Don José Manuel Eizaguirre	Buenos Aires, República Argentina.
Don Ernesto Quezada	Buenos Aires, República Argentina.
Profesor don R. Lehmann Nistche	La Plata, República Argentina
Profesor don Jorge Lardé	San Salvador, El Salvador.
Ingeniero don Pedro S. Fonseca	San Salvador, El Salvador.
Profesor don José Lino Molina	San Salvador, El Salvador.
Doctor don Juan Ramón Uriarte	San Salvador, El Salvador.
Doctor don Salvador Castro Ramírez	San Salvador, El Salvador.
Doctor don Francisco Gavidia	San Salvador, El Salvador.
Doctor don Víctor Jerez	San Salvador, El Salvador.
Doctor don Emilio Merlos	San Salvador, El Salvador.
Doctor don Victorino Ayala	San Salvador, El Salvador.
Doctor don Arturo Ambrogi	San Salvador, El Salvador.
Doctor don Alberto Masferrer	San Salvador, El Salvador.
Doctor don Antonio Machón Villanova	San Salvador, El Salvador.
Doctor don Atilio Pecorini	San Miguel, El Salvador.
Doctor don Manuel Barba	Santa Tecla, El Salvador.
Doctor don Sisto Alberto Padilla	Ahuachapán, El Salvador.
Ingeniero don Julio P. García y García	Madrid, España.
Don Francisco Sánchez Latour	Washington, D. C.
Profesor don Leo S. Rowe	Washington, D. C.
Don Robert Lansing	Washington, D. C.
Lic. don Enrique Martníez Sobral	Washington, D. C.
Don Alfred M. Tozzer	Harvard University, Mass., U. S. A.
Monsieur H. F. Arrigoni B.	Paris, Francia.
Lic. don Miguel Angel Asturias	París, Francia.
Don José Arzú H.	París, Francia.
Don Rafael Heliodoro Valle	México, D. F.
Don Enrique M. Martín	Montevideo, República del Uruguay.
Don Juan Zorrilla de San Martín	Montevideo, República del Uruguay.

SOCIOS FALLECIDOS:

Ingeniero don Juan Arzú Batres.
Ingeniero don Gustavo A. Novella.
Don Máximo Obst.
Doctor don David Joaquín Guzmán.